MARINA
PEREDA

LA OBRA

AGUILAR

MARINA
PEREDA

LA OBRA

Memorias divinas
y humanas de una chica
en el Opus Dei

AGUILAR

A mis amigas,
desde la infancia hasta hoy

ENTRE BAMBALINAS

[Interior. Salón de casa, en Barcelona. Día. Marina, en pijama, se recoge el pelo en un moño. Respira. Abre el ordenador y comienza a escribir].

Es un domingo de diciembre, por la mañana. Hace frío y el sol brilla. Termino de repasar el texto de mi próxima obra. He dado forma a un alter ego tan real como yo misma y tan ficticio como pueden serlo un puñado de recuerdos. Me pregunto si, al terminar este libro, el lector tendrá las herramientas para ser capaz de reconocer a un actor inconsciente de su actuación o si escribir estas líneas no se interpretará como una *performance*.

«Basado en hechos reales» es una fórmula común en las películas, poniendo la verdad en el centro de la historia, pero cuando la identidad de una persona está moldeada para adecuarse al rol designado por una autoridad, como fue mi caso, puede que uno no sea consciente de qué es propio y qué es inoculado, qué es real y qué está alterado. Varios yoes conviven y se superponen.

Como le sucede al espectador de teatro, el lector quizá no sepa identificar qué es actuación y qué es auténtico, si el personaje se comporta así porque tiene el perverso propósito de ocultar la verdad, si está protegiendo sus intereses o si es que ha aprendido a sobrevivir de esa manera. Hay actitudes y gestos que quizá chirrían desde fuera, pero, observar a una persona consumida por su

personaje nos adentra en un valle inquietante de extrañeza e irrealidad.

Sacar a la luz todos mis yoes en estas páginas me ha obligado a hacerme preguntas acerca de mi pasado y mi presente. ¿Era libre, autónoma e independiente? ¿Lo soy ahora? «Hay que entrar en el personaje», dicen los actores, cada uno siguiendo su método. El director de mi obra durante muchos años, el Opus Dei, tiene un mensaje que parece sencillo y claro. En apariencia, no resulta un papel difícil de interpretar: santidad en la vida cotidiana. Pero esa idea puede convertirse en una máscara asfixiante tras la que los miembros abandonan su individualidad y acaban *performando* una vida normal y corriente donde comen, trabajan y rezan predicando una fe doméstica en circunstancias muy poco habituales, que rayan el absurdo. Mirando mi historia y la de tantas personas que he conocido a lo largo de estas décadas, me pregunto en qué momento el personaje se come a la persona, corroyéndola desde dentro, hasta dejarla vacía.

En esta obra he sido y aún soy cada uno de sus personajes: protagonista, secundaria y antagonista, amiga y enemiga. Como tantos otros, llevé mi actuación hasta el final, fui fiel. Luché por mi santidad, el Oscar de los católicos. Hice todo lo que había que hacer, de la mejor manera que fui capaz. Seguí las indicaciones estipuladas y arrastré mi corazón y mi fe hasta el límite, eso lo tengo claro. No puedo adivinar lo que pasa por la cabeza de los miles de personas que siguen vinculadas a la organización ni puedo saber qué sienten los líderes y sus departamentos de comunicación institucional cuando la institución recibe denuncias públicas. Muchas veces, los que hemos pasado por ahí solo podemos mascullar «seguí mi camino hasta que ya no pude más», y no queremos continuar con el tema ni dar explicaciones.

Los exmiembros del Opus Dei seguimos adelante, con más o menos heridas, con el relato que nos hace sentirnos felices y libres. Salimos de ahí y construimos un nuevo sentido, cada uno el suyo. Y, aunque hable ahora en plural, no espero que mi vivencia represente a nadie más que a mí misma, porque es ahí hasta donde alcanza mi voz. Esta es mi obra.

Dejar el papel por unos segundos y quitarse la máscara, aunque sea para hacer una mínima crítica, no es tan fácil como puede parecer desde fuera. Tomar conciencia de tu propio drama y estar abierta a la posibilidad de la mentira y el autoengaño puede llevar décadas, e incluso acompañarte toda la vida. Muchos serían capaces de morir y matar por sus ideas, antes que admitir la posibilidad de haber caído en un error o en una estafa. Pasa en las mejores familias. Por eso, no pretendo desentrañar las intenciones ajenas ni señalar a personas concretas. Tampoco considero que mi verdad sea incuestionable. Hablo en primera persona, desde la claridad que tengo hoy y sabiendo que, lo que un día consideré inamovible, de hecho, se ha movido.

Escribir siempre ha sido para mí una tabla de salvación. Llevo haciéndolo mucho tiempo, desde mi infancia, y quizá las palabras me han ayudado a construir un mundo posible, igual que un investigador busca los indicios y reconstruye los hechos abriéndose a múltiples interpretaciones hasta determinar cuál es la más probable. Intento recuperar y dar forma a la voz real que se esconde detrás de la actuación: doy coherencia a unos actos que puedo confirmar que sucedieron y que yo misma ejecuté. Quizá esta obra que tienes en las manos se convierte en un monólogo.

[Marina se quita la máscara y guiña un ojo al público].

Como suele pasar en los monólogos tragicómicos, la verdad se asoma detrás del humor; los recuerdos aparecen distorsionados y fragmentados y la fiabilidad del narrador se pone en entredicho, pero, al final —algunos más, otros menos— el público sonríe si el monologuista es bueno. La ironía nos permite dar la vuelta al tapiz, la paradoja muestra las contradicciones entre el actor y el personaje, entre la voz impostada y la real, y nos conocemos un poco más a nosotros mismos. Uno sale del espectáculo sintiendo que el cómico puso palabras a lo que otros no se atrevían —o no sabían, o no querían— decir en voz alta.

La broma, en mi caso, se ha transformado en el único espacio de libertad, denuncia y aire puro que me queda. La carcajada

irreverente y la sonrisa triste de los bufones es mi bombona de oxígeno, a la que me aferro para seguir adelante. Algunos experimentados esgrimistas blanden la espada del «soy feliz, respétame» para desarmar a cualquier voz crítica, y yo les invito a que tomen asiento en esta representación, que dejen sus defensas a un lado y puedan leer con calma mis palabras antes de restregarme su felicidad y su libertad sin fisuras.

Me gustaría que, sentados en las butacas de este escenario que es el mundo, podamos reírnos de las mismas situaciones reconociendo nuestra humanidad, nuestros fallos y vulnerabilidades. Espero que, en lugar de adjudicarme la maldad, infelicidad y amargura que suelen achacar a las mujeres agnósticas, enfadadas y sin hijos, puedan otorgarme el beneficio de la duda. Ojalá me presupongan una bondad equiparable a la que concederían a un miembro célibe del Opus Dei, por ejemplo. Ni más ni menos. El mismo beneficio que yo doy con gusto a quienes siguen encima del escenario, personas a las que considero listas y responsables, que defienden su papel en la obra de la que yo renegué.

Si no creyera en la libertad, no me prestaría al debate. Si no confiara en el poder de las palabras, habría perdido la esperanza. De ser así, jamás me hubiera sentado ante la página en blanco y no sería capaz de mostrar mi cara, mis ojos, mi voz y mi cuerpo. Me considero afortunada porque aún puedo reconocerme en otros, cuando observo con distancia y prudencia su pantomima silenciosa. A veces, incluso, rompo el embrujo de la ficción con una risotada o una lágrima. Que nadie se ofenda, por favor, solo soy un mimo. Solo cuento una historia.

[Captatio benevolentiae. Marina enseña sus cartas].

Mi papel dentro del grupo estaba claro: fui una soldado raso durante los diez años de mi pertenencia al Opus Dei. Yo era una mindundi, un peón, para entendernos. Pero era una mindundi muy comprometida y, como he visto hacer siempre a los miembros y simpatizantes del Opus Dei, jamás utilicé el apelativo «Opus» para referirme a ello porque, en el marco del lenguaje de la organización,

este se considera un término despectivo y propio de un «rebotado» (*hater)*. Decir «fui del Opus» levanta todas las alarmas: por la connotación negativa y por el verbo en pasado. Siempre usé una acepción más cariñosa y familiar, que se recomienda utilizar a las personas externas a la organización para no caer en la ofensa: *la Obra*. «Soy de la Obra». Eso sí es políticamente correcto y adecuado a oídos del opusdeísta. Entre los miembros, se dice «soy de Casa», expresión que dejaría desconcertada a una persona del mundo exterior. Cada palabra importa y nada se deja al azar.

La norma no escrita sobre cómo debe denominarse al grupo en público y en privado, la praxis aceptada e inculcada entre los miembros y sus amigos, que separa a los buenos de los malos y establece jerarquías de vínculos afectivos con una cuidada y específica jerga propia (*Opus*, *Obra, Casa*), no ha cambiado hoy en día, como tantos otros usos y costumbres de la organización. Hay personas a las que aún les tiembla el labio superior con culpa, dolor y miedo cuando dicen «Opus», a secas, como si estuvieran profiriendo un insulto o una blasfemia y, a otros, les sangran los oídos y les inunda la ira y la tristeza cuando lo oyen.

Saquemos el bisturí. Diseccionemos el lenguaje por unos segundos. «Opus» y «obra» son exactamente lo mismo: la segunda es la traducción literal del latín al castellano. El significado es el mismo, sí, pero donde unos ven odio, otros ven amor. Una simple palabra hace que donde unos se ríen, otros lloren y donde unos suspiran con alivio, otros se indignen. Para mí, ambas palabras son intercambiables, aunque conozco de sobra las connotaciones y los matices. He utilizado «Obra», sobre todo porque considero que el Opus Dei es como una tramoya colocada entre las bambalinas del gran teatro del mundo. Una estructura con grandes actores que ejecutan su rol y que tiene unos directores sin rostro que han perfeccionado su técnica con la experiencia de los años. Obra, Opus, Casa… son sinónimos. La realidad es la misma.

Bienvenidos sean, conocidos y desconocidos, a *La Obra*.

[Marina hace mutis por el foro. Se abre el telón].

ACTO I

ZAPATOS RELUCIENTES

Los fines de semana, siguiendo un ritual, papá ponía un banquito en la cocina y se sentaba. Con cuidado, abría la caja donde guardaba el abrillantador, los trapos y la cera. «¿Tenéis zapatos para limpiar?», gritaba, y uno a uno, los siete íbamos dejándolos a sus pies, en una versión más práctica y con menos magia que en el día de Reyes. Papá frotaba el calzado con esmero, quitando hasta la última mancha. Yo le había visto fregar los cacharros de la comida con la misma concentración y secaba los cubiertos hasta sacarles brillo. Siendo nueve en casa, nunca tuvimos lavavajillas. ¿Para qué? Era muy caro. Además, Dios nos había dado un par de manos con las que trabajar y papá tenía claro que mantener la casa a punto era cuestión de repartir encargos, con orden y disciplina. Acompañado por Federico Jiménez Losantos y otros presentadores de la Cope, que supervisaban y bendecían todas sus labores, papá cumplía con pequeñas tareas domésticas como barrer y hacer la compra: dos packs de seis cajas de leche por semana, una montaña de paquetes de galletas, media decena de envases de embutido en lonchas. También se responsabilizaba de que nosotros, como él, ayudáramos a mamá en casa. No podías estar de brazos cruzados, no podías estar sin hacer nada, sobre todo si eras mujer. Te caía una bronca, en el mejor de los casos, o una colleja. «Marina, ¿qué haces tirada en el sofá como un chicazo? Levántate para ayudar a tu madre». Cuando vives en una casa con nueve personas, siempre hay

quehaceres. Mamá cocinaba, planchaba, ponía lavadoras y cuidaba de nosotros mientras papá estaba en el trabajo. Cuando llegaba de la oficina o era fin de semana, papá, por lo menos, hacía recados.

Los lunes por la noche, papá y mamá nos dejaban ver la *Gala de Operación Triunfo*, antes de irnos a dormir. Yo rezaba para que ganara Alejandro Parreño, mi favorito. No he cambiado tanto desde los doce años: sigo apostando por el caballo perdedor y rescatando a los olvidados.

La vida familiar que recuerdo es muy diferente a la de los hombres célibes del Opus Dei, como mi hermano Rubén, por ejemplo, que vive en una casa de numerarios donde no limpia, ni cocina, ni hace la compra, ni recoge la mesa, ni pone la lavadora, ni barre, ni friega, ni siquiera pasa una gamuza por encima de la mesa después de comer, ni tiene que calcular cuánto dinero le queda para fin de mes y si esa semana comerá arroz o puede permitirse un filete de ternera. Mi hermano, siendo hombre y del Opus Dei como mi padre, pertenece a otra clase, una clase diferente dentro de la organización, llena de empollones vírgenes entregados a Dios, chicos responsables y orgullosos de sí mismos, con doctorados y pelo engominado, que tienen a sus espaldas un ejército de mujeres que hacen todas estas tareas por ellos. Argumentan que son una familia; una familia en la que los hombres adultos, hechos y derechos, no limpian ni hacen la compra ni preparan el café del desayuno. Tampoco hacen *zapping* un martes por la noche para ver qué echan en la tele. Aunque mi hermano se sintiera culpable por no hacer estas tareas, aunque quisiera pasar la mopa o quedarse hasta las tantas viendo una película de serie B a medio empezar, los directores no se lo permitirían. Al menos, tendría que pedir permiso. En esta organización rige el orden y la disciplina.

Papá colabora en casa, mejor o peor, como tantos otros padres. Los centros del Opus Dei son otra cosa. Los hombres que mandan en el grupo no deben hacer ninguna labor doméstica, siguiendo una norma interna de la organización. Por lo general, son mujeres del Opus Dei las que limpian para los numerarios. Sin embargo, en aquellos centros y casas donde no hay mujeres de la institución disponibles, contratan a externas para que lo hagan. La norma de no

limpiar aplica a ciertas mujeres de la organización, pero para los varones es tan estricta, que prefieren pagar a una mujer, incluso aunque no pertenezca a su familia divina, antes que fregar un plato. Los hombres tampoco tienen permitido hablar con las mujeres que limpian para ellos ni pueden entrar en la cocina a cualquier hora y comerse un yogur sin el consentimiento del director.

Cuando papá me devolvía los zapatos, siempre decía orgulloso: «están impolutos». Le encantan las palabras largas y rimbombantes, más aún si son palabras de pueblo que designan objetos que ya no existen y acciones que no entendemos. Nos regaña diciendo: «no dejes el bote abierto, que se *esvarcia*» y pronuncia la palabra «taxi» con un sonido exacto «kˑs», como en un esfuerzo constante por ser tan correcto y adecuado a las normas, que resulta excesivo. Él diría «ekˑscesivo».

Aunque los zapatos fueran viejos, heredados o comprados en el mercadillo, papá los lustraba y los dejaba como nuevos. Al vestirse, papá entraba en el salón y nos preguntaba a mi hermana y a mí: «¿Qué corbata va mejor con esta camisa?». Yo me encogía de hombros porque no veía la diferencia entre una y otra, pero mi hermana Irene, la pequeña, contestaba de inmediato. Irene siempre tenía una opinión contundente sobre la ropa, que no admitía discusión pero que tampoco estaba muy razonada: «esa corbata no pega». Era pura intuición, talento y gusto con un toque de desagrado y negatividad. Si le preguntabas por qué no quedaba bien, se encogía de hombros y te miraba con desprecio «¿no ves que no pega *ni con cola*?», como diciendo «¡hay que estar ciega para no verlo!». Pues no, no lo veía, pero papá ya tenía su respuesta, la solución que buscaba, y sonreía agradecido. Nunca he sabido qué combina con qué. Se suponía que, como mujer, debería encantarme la moda, tener un gusto refinado y una sensibilidad especial para estos temas, pero no es el caso.

Lo que sí tenía clarísimo es que venir de familia pobre no implica salir a la calle hecho un cuadro. Éramos nueve en casa, no teníamos mucho dinero, pero no éramos unos zarrapastrosos. De un vistazo, evaluábamos y regulábamos cómo nos vestíamos. «¿Adónde vas con esas pintas?», o «¿Tengo que llevar camisa para los oficios de

Semana Santa?». Dentro de casa podíamos llevar camisetas con anuncios de propaganda, pantalones con algún que otro agujero o los típicos jerséis con pelotillas, como la familia residente en una vivienda de protección oficial que éramos, pero había que arreglarse para el mundo exterior. Eso sí. Uno tenía que ir bien a la calle. Para eso, lo mejor era echar mano de la «ropa de bolsa».

La ropa de bolsa llegaba de vez en cuando, sin una periodicidad específica, porque dependía de la buena voluntad de las amigas de mi madre. Un día, igual que Mary Poppins se presentaba ante la puerta de los Banks para mejorar su vida, subía a casa una señora-amiga-de-mamá acarreando un par de bolsas grandes, de rafia, con estampado de cuadros y una larga cremallera. A veces, incluso traía un carro de la compra lleno hasta los topes. Mamá le daba las gracias con educación, charlaban un buen rato, y luego se despedía de ella con la misma celeridad que don Pantuflo, doña Jaimita y los hijos Zipi y Zape Zapatilla se despedían de los Plómez en los cómics de mi infancia. Mamá cerraba la puerta con un golpe suave y entonces lanzaba el grito de guerra: «¡Hay bolsa!». Salíamos raudos de las habitaciones como ratoncitos de su ratonera dispuestos a devorar el queso.

El botín se abría en medio del salón y sacábamos toda la ropa, prenda por prenda, en una imitación barata y aspiracional de la escena del probador de *Pretty Woman*. Tener ropa de bolsa era como ir de compras, pero sin gastar dinero. Después de haber seleccionado nuestras galas, devolvíamos los descartes a la bolsa original y añadíamos la ropa que ya no nos servía de nuestro propio armario. Economía circular.

Papá cargaba la nueva bolsa llena de nuestras prendas desechadas en el maletero de la Nissan Vanette roja y se apostaba en el asiento del conductor, encendía la radio para seguir escuchando a Jiménez Losantos y conducía hasta Miranda de Ebro. Yo le acompañé algunas veces. Iba hasta la zona de las torres, donde solían poner las barracas durante las fiestas y el mercadillo los sábados. Se acercaba a uno de los portales de ladrillo verde y llamaba al timbre. Subíamos en ascensor y, con la misma sonrisa que la señora-amiga-de-mamá nos había dado las bolsas, ahora él

daba las bolsas a la Josefa, una gitana enorme que, con una sonrisa de oreja a oreja, las aceptaba gustosa. Seguro que las ponía en el centro del salón de su casa para sus siete hijos.

Mi familia era como la de la Josefa, pero no igual. En aquel momento no hubiera sido capaz de resolver el acertijo de los pasatiempos que tanto le gustan a mamá: «Descubra las siete diferencias». Solo podría decir que la Josefa no llevaba zapatos relucientes como los nuestros. Sospecho que muchas veces salía de casa con las zapatillas de cuadros, como había visto hacer a otras señoras en Miranda cuando iban a comprar al mercado de abastos o a recoger a sus hijos al colegio público donde estudiaban. Y mi familia nunca haría algo así.

Papá se preparaba rápido y era puntual. Siempre llegábamos tarde, según sus estándares, y nos atemorizaba con gritos y castigos para meternos prisa. Mamá tenía que dejar la comida hecha con antelación, así que acababa acicalándose a última hora. Los dos habían hecho su correspondiente lectura espiritual y ofrecimiento de obras por la mañana. La homilía de la misa dominical convalidaba la media hora de oración matutina estipulada para los miembros del Opus Dei. Antes de salir, papá ponía a prueba por enésima vez la corbata y la camisa con Irene y, tras su aprobación final, corríamos en tropel camino a la parroquia, después de superar las discusiones por las colas en el baño y la pereza que da levantarse un domingo para ir a misa. La misa era el acontecimiento de la semana que nos permitía la vanidad, un toque de lujo y glamour que rompía con la rutina del día a día. Después de misa íbamos a tomar el vermú. La encarnación, muerte y resurrección del hijo de Dios parecía ser la única excusa permitida para comer fuera de casa, hacer un plan diferente todos juntos y gastar dinero en caprichos como unas patatas bravas y una Coca-Cola.

Para mí, ir bien vestida era importante, pero no tanto como para Irene, que empezó a maquillarse antes que yo a pesar de ser dos años menor. En el fondo, yo estaba convencida de que, además de embucharme unos buenos calamares, lo más importante de la misa era comulgar y recibir a Dios en mi corazón. Quería ser santa, como me habían enseñado en el club, y renunciar a toda vanidad. Mamá

no es presumida, apenas se maquilla, pero sí le preocupaba que no fuéramos bien vestidas a los eventos religiosos, ya fuera la misa dominical o los centros del Opus Dei. Mi sudadera negra de imitación de Quiksilver y mi camiseta favorita (con un dragón naranja estampado en el centro) no eran apropiadas. Esas mismas prendas sí podían servir, en cambio, para ir al mercadillo de los sábados, donde comprabas una cebolleta de veinticinco pesetas en el puesto de los encurtidos, regateabas el precio de los zapatos de polipiel a los vendedores y leías los carteles: «Calzoncillos 2 × 3 €. ¡Jesús ha resucitado!».

En la casa de Miranda teníamos tres habitaciones: una para papá y mamá, otra para los chicos y otra para las chicas. En la habitación de las chicas estábamos mi hermana Marta, la mayor; Irene, la menor, y yo, que soy la sexta. En la de los chicos estaban los cuatro, seguidos, pun, pun, pun, pun, uno detrás de otro. Los cuatro chicos formaban un bloque difuso e informe que se intercalaba cronológicamente entre mi hermana Marta y yo. Me intrigaba saber qué hacían mis hermanos en su habitación, en el club, con sus amigos, qué vida llevaban y por qué siempre me apartaban con la mano como quien se deshace de una mosca pesada. Cuando yo me iba a dormir, veía un rayo de luz que se escapaba de su habitación por el marco de la puerta. No me atrevía a entrar. Me hubieran echado diciendo «lárgate, Marina» o «no vengas a molestar». Les espiaba, estando atenta a alguna posible bronca de papá. Algunas noches, durante el fin de semana, se levantaba enfadado a medianoche y yo, desde mi cama, oía que les regañaba con voz atronadora. «¿Qué horas son estas? Ya está bien con el rol. Dejad de jugar ahora mismo. Todos a dormir».

Creo que fue mi primo el que regaló un libro de *Dungeons & Dragons* a mi hermano Álvaro, y Álvaro se lo enseñó a mis hermanos Rubén y Diego, más pequeños que él. Pregunto a Álvaro y me confirma que sí, que fueron los primos los que introdujeron el rol en la familia. Después, mis hermanos compraron unos dados que guardaban en un pequeño estuche negro e imprimieron unas fichas y se inventaron unos personajes con determinados poderes, debilidades y una breve historia personal con algunas notas sobre

sus dones, trapicheos y trayectoria vital hasta la fecha. Al principio, como el personaje de Calogero en *Una historia del Bronx*, yo podía ver cómo jugaban si estaba callada y quieta, como una mosca en la pared. Me dejaban tirar los dados de vez en cuando por si les traía suerte. Disfrutaba viendo cómo la fantasía se iba creando ante mí y el relato iba tomando forma, despertándome a un mundo desconocido que se construía con palabras y una tirada de dados. Aquel universo del rol me recordaba un poco a *El Hobbit*, pero mucho mejor: es más divertido vivir dentro de una fantasía que leerla.

Las partidas de rol se alargaban durante horas y horas. Gracias a mi buen comportamiento, silencio y discreción, pude ascender del puesto de tiradora de dados a tener un pequeño personaje en la partida. Me tocaba ser la hechicera (me encantaba), o la ladrona (no me gustaba tanto, prefería ser buena). El mío, solía ser un personaje astuto o sabio, pero no fuerte, violento ni con armadura. Me tocaba representar a una mujer que tenía poderes mágicos por su conexión con la tierra y con la sabiduría, o que destacaba por su agilidad al ser pequeña y tener manos rápidas y dedos largos. Rubén dirigía la partida, era el Master. Decidía los ataques, cuántos trolls nos acechaban y, según el puntaje de los dados, la historia tomaba un rumbo u otro guiada por una combinación entre el azar y los designios del Master. Por aquel entonces, yo no sabía que los juegos de rol eran de frikis, y tampoco conocía la palabra friki. En aquel momento, el rol era un juego genial, porque lo que tocaban mis hermanos mayores se convertía en lo mejor del mundo y cuando todos hacemos lo mismo, juntos y a la vez, nadie está solo ni es raro.

Cuando mis hermanos ya no vivían en casa y ya no se escapaba la luz por debajo de la puerta, quise instalarme en su habitación. Deseaba con todas mis fuerzas tener un cuarto para mí sola y no discutir con Irene porque dejaba sus cosas en mi lado del pupitre o porque no me concentraba para estudiar o porque, «¡ya soy mayor! Pronto cumpliré quince años —la edad de mis sueños cuando tenía doce— y necesito mi espacio». Por fin lo conseguí, pude vivir un tiempo en aquella habitación acompañada por los objetos que

pertenecieron a mis predecesores, abandonados en estanterías y al fondo de los armarios: sus libros y fichas de rol, algunos CD de grupos como Barricada o casetes de AC/DC y pequeños rosarios de dedo. Con los restos fui reconstruyendo los personajes de mis hermanos con sus dones y debilidades, fortalezas e historias, basándome en lo que dejaron al salir corriendo, como una arqueóloga que limpia los fósiles tratando de encontrar pistas para construir un relato.

Antes de cumplir la mayoría de edad, Raúl llevaba varios años interno en el seminario diocesano preparándose para ser sacerdote y los demás ya habían pedido la admisión como miembros célibes en el Opus Dei, su otra familia.

EL CLUB

Papá conduce la Nissan Vanette roja, mamá va en el asiento del copiloto y detrás estamos Irene y yo, sentadas sin hablar en la primera fila de asientos. Es de noche. El trayecto de Vitoria a Miranda es de unos veinte minutos, pero se hace eterno. Observo hipnotizada las gotas que resbalan por la ventanilla haciendo carreras para acabar desapareciendo. A lo lejos, veo un fulgor rosa de neón, una llamarada fucsia que brilla en la oscuridad. Supongo que así deben de comenzar las apariciones de la Virgen a los niños pobres. Tengo seis o siete años, miopía y astigmatismo, así que me ajusto las gafas redondas atadas con una cuerdecita en la nuca y fuerzo la vista. La luz va tomando forma. ¡Son letras! Mamá me enseñó a leer en el hospital cuando tenía cuatro años y estaba ingresada con neumonía por tercera vez. Estuve quince días tumbada, con el gotero enchufado por vía intravenosa y no paraba de pedir cuentos, así que mamá, cansada de mi insistencia, decidió enseñarme a leer. Desde entonces, leo lo que encuentro, incluido un grafiti enfrente de casa que decía «Felipe miente, PSOE chorizos», anécdota que a papá le hizo mucha gracia y, por qué ocultarlo, un poco de ilusión. Ahora uso mi don de lectura precoz en cualquier circunstancia. Agudizo la vista a través del cristal de la ventana y las ráfagas de lluvia, deseosa de saber qué o quién emite esa luz.

Las grandes letras rosas color flúor se van desvelando ante mí. Deletreo: la C con la L, la L con la U, la U con la B. Club. ¡Pone

«club»! Era la primera vez que veía escrita la palabra club con letras tan grandes. Pero ese club… parece diferente. No es como el club de Vitoria, el centro del Opus Dei donde van las niñas a pasar el rato, la asociación que dirigen las numerarias y donde hemos estado ese mismo día haciendo una yincana y rezando un ratito en el oratorio. La palabra «Club» en color rosa se ve desde cualquier punto de la carretera, incluso en las noches de lluvia, porque resplandece. En cambio, en el club de Vitoria no hay letras, ni carteles, ni luces que lo señalen. Solo yo sé que hay un club ahí, y mis padres, y las niñas que van, pero nadie más. Es un club secreto si lo comparamos con el club de carretera.

Al lado de las grandes letras de color, me sorprende aún más ver la silueta de una chica tumbada, descansando y tomando lo que parece ser un refresco con una sombrilla. La intriga me corroe. Necesito explicaciones y las necesito ya. Pregunto a mis padres si ese club es como el club de Vitoria, porque la palabra es la misma, pero parece un lugar distinto. Si es un club, ¿por qué el club de Vitoria no tiene ninguna señal ni símbolo externo, ni cartel ni chica tumbada, por qué no queda claro que es un club? Antes de dejar que mis padres respondan, me lanzo a soltar argumentos y posibles explicaciones, costumbre que seguiré replicando en mi vida adulta: preguntar y responderme a mí misma. «Si la gente no sabe que el club de Vitoria es un club, ¿cómo van a ir más niñas?», argumento. Cojo carrerilla y sigo diciendo, emocionada, que si el club de Vitoria tuviera grandes luces de neón rosas, seguro que los padres podrían apuntar a sus hijas para que hagan actividades divertidas. «Así todos irán al cielo. No solo las niñas, también sus padres. El club estaría lleno de gente. ¿Verdad, mamá?».

Papá sigue conduciendo con la mirada al frente. Está serio y parece aliviado de que yo haya dirigido mi pregunta final a mamá. Insisto: «¿Verdad, mamá, verdad?», Mamá comprueba si Irene está escuchando, pero mi hermana se ha quedado dormida en cuanto he abierto la boca. «No es lo mismo, Marina. Es un club diferente». Y así zanja la conversación. ¿Qué significa diferente? ¿Por qué no da explicaciones? Tendré que inventarme una historia.

Las numerarias del club me animaban a rezar por aquellas niñas que no habían tenido la oportunidad de tener una «buena formación como la nuestra» y me enseñaban que cruzar las piernas al sentarse en la capilla es un detalle que demuestra falta de respeto a Dios. Como yo era obediente y me llevaba muy bien con mis compañeras de clase, me preguntaban si alguna amiguita del cole no querría venir a las actividades del club y aprender ese tipo de cosas, para amar mejor a Jesús, nuestro amigo. «Animar» es una palabra que se usa en la organización como sinónimo de invitar, presionar, insistir, convencer. «¡Anímate!» es un mantra que se utiliza tanto cuando estás en depresión clínica como cuando no te apetece ir a un plan al que te invitan por decimoctava vez.

Entonces, yo iba a clase e invitaba a mis amigas del colegio público de Miranda. Alguna se *animó* a venir a clases de cocina algún viernes o a mi celebración de cumpleaños. Una vez nos dejaron saltar encima de las butacas y nos reímos mucho, pero mis amigas veían que solo iban chicas al club, que aquellas «actividades superchulas» acababan en una charla de formación católica y se percataban de lo sosas que eran las numerarias en comparación con su otro mundo, así que dejaban de venir. Puede sonar extraño, pero a las niñas de los 2000 de Miranda de Ebro no les atraía en absoluto pasar su fin de semana jugando a la casa del terror con un puñado de numerarias. Seguro que con trece o catorce años alguna de mis amigas perdió la virginidad mientras yo horneaba galletas un viernes. Dos universos en un mismo mundo.

La numeraria te anima a que animes a tus amigas a que vayan al club y te anima a rezar más, luchar más, esforzarte más y apuntar tus pecados de niña en una libreta. Las numerarias y los sacerdotes hablan en susurros que hipnotizan. El tono persuasivo característico y las expresiones de su jerga propia —«es conveniente», «rézalo», «pásalo por la oración», «haz pequeños propósitos»— se pegan a la piel. Apunto todo en un cuaderno de anillas, para no perderme nada y planificar mi salvación eterna.

Mi agendita de los diez u once años tiene a Winnie The Pooh con su famoso tarro de miel en la portada. Me encanta ver la serie *Winnie The Pooh* al llegar del colegio y seguir las aventuras de

Puerquito el miedoso, Igor el deprimido y Tigger el impulsivo. Me doy cuenta de que cada personaje es diferente, y mi favorito es Winnie, porque siempre está comiendo. Cuando papá trae miel de Ahedo del Butrón, el pueblo de Burgos donde pasamos los veranos, me relamo como Winnie. Luego, hago el examen de conciencia de la noche sentada en mi cama y anoto que «he tenido gula» porque me he comido tres panes con miel para merendar en lugar de los dos que le había prometido a Jesús. No solo voy a engordar, que no es tan importante (al fin y al cabo, eso sería vanidad), sino que le he fallado a Dios en esa pequeña, tan pequeña mortificación que podría haber hecho a mis diez años para colaborar con la redención.

Las numerarias del club no eran terroríficas, ni mucho menos. Eran chicas de entre veinte y treinta años, célibes y pizpiretas, que dedicaban sus tardes a hacer planes para nosotras: eran lo que yo aspiraba a ser, eran lo que Dios les había pedido que fueran y, aunque habían entregado su vida a Dios, no se parecían a las monjas, sino que su estilo era más bien como el de María Pombo. Algunas de ellas no disfrutaban de organizar actividades con niñas, y se les notaba. Era evidente que aquellas tareas formaban parte de su vocación, un contrato divino, un pacto con Dios a través de los notarios celestiales del Opus. Algunas numerarias me caían fatal y otras no tanto. No las odiaba y, si las hubiera odiado, tampoco me habría dado cuenta porque yo no me creía capaz de odiar, esa era una palabra fuerte, de gente mayor y amargada. Odiar es horrible, es un pecado y Dios es amor, amor, amor. Cualquier aspecto del club debía estar rodeado de sonrisas y amor. No se puede odiar el Opus Dei ni a las numerarias que hacen todo por amor.

Las niñas que íbamos al club los viernes por la tarde y los sábados por la mañana enseguida comprendimos que el rol de las numerarias era el de corregirnos, controlarnos y educarnos, así que nuestro rol de niñas era el de escondernos y ser traviesas. Huíamos de las charlas con el sacerdote, de las catequesis de las numerarias y de las conversaciones a solas a puerta cerrada en una salita. La *numeraria pesada* quedó para siempre en nuestra memoria como el arquetipo de numeraria que te perseguía, que te acosaba, que te buscaba en todas las salas de las tres plantas del club hasta dar

contigo y agarrarte del codo mientras te preguntaba —entre susurros, con una sonrisa de oreja a oreja— si habías hecho el ofrecimiento de obras por la mañana, si ibas a ir a la convivencia de Semana Santa, si ibas a ir al campamento de verano y si ibas a invitar a alguna amiguita para que conozca el club. Si cedías, eras buena. Te convertías en material adecuado para entrar en la organización. Si te rebelabas, eras una oveja negra. Nunca quise ser una oveja negra, porque yo quería ser buena, muy buena, y no podía soportar la tensión de la rebeldía y la maldad. La culpa, esa lombriz en el anzuelo.

Las monitoras en los campamentos de verano se dirigían a las niñas por nombre y apellido. Pronto me di cuenta de que tener un apellido largo o compuesto te hacía especial. Algunos de los hermanos mayores de mis amigas de las convivencias conocían a mis hermanos mayores, los hermanos pequeños de las familias numerosas coincidían con los pequeños de las otras familias numerosas, y casi todas las niñas que íbamos al club y a las convivencias teníamos hermanas numerarias y hermanos numerarios, tíos sacerdotes, hermanas numerarias auxiliares y algún familiar agregado, aunque no se hablaba mucho de los agregados porque es un tipo de miembro de la organización que nadie sabía definir. En esos campamentos me daba cuenta de que, fuera de Miranda, mi familia era de lo más normal, ¡incluso era una familia modélica! En ese contexto, ser normal consistía en tener seis hermanos, varios ya admitidos en la organización y padres que iban a misa cada día. Ser normal entre las niñas del Opus Dei era ser rara en el otro mundo y hacía que la gente abriera mucho los ojos y exclamara «¡¿Siete hijos?!» para proceder a dar su opinión no solicitada.

Recuerdo una conversación incómoda en la que una monitora empezó a preguntarnos a todas las chicas cuántos hermanos teníamos y, cuando una niña dijo que eran *solo* dos, o quizá hubiera cometido la osadía de ser hija única, la numeraria espetó: «Tus padres deberían ser más generosos», y se hizo un silencio en la mesa. Intenté que no se me notara, pero suspiré aliviada: era una tranquilidad saber que mis padres sí habían sido generosos y que

iríamos al cielo. Pensé que la Josefa también había cumplido y me alegré por ella, porque me caía bien. Me hubiera gustado confirmar con la numeraria si la generosidad aplicaba a los gitanos o si era una virtud exclusiva de las familias opusinas, pero el gesto de superioridad de la monitora me desalentó. Daba un poco de miedo. Intuía que me iba a contestar de manera cortante. Sería mejor pensar mi propia respuesta o quedarme con la duda rondando, como había hecho tantas veces. De reojo, vi la reacción de la niña cuya familia acababa de ser desterrada junto al clan de los egoístas de un plumazo. Me dio un poco de pena su desconcierto, esa cara apesadumbrada del que ha pasado de tener una conversación coloquial a ser objeto de un juicio aplastante. Su estirpe acababa de ser maldecida, desde sus ancestros hasta su descendencia: hija de padres egoístas, a ver qué haces tú ahora con eso.

Durante el resto de los días de campamento, esa misma numeraria me enseñó a nadar y yo obedecía sus indicaciones con temor a que me dijera que era «perezosa» o «torpe». No temí por mi vida ni pensé que quisiera ahogarme, por supuesto, pero había algo que me daba casi tanto miedo como enfrentarme al agua: que alguna de aquellas mujeres, en especial las más estrictas, me hicieran sentir mediocre y diferente. Todo el mundo sabe que para una niña de diez años gorda y con asma que ha pasado varias veces por largos y complicados ingresos hospitalarios, solo hay una cosa peor que la muerte: el ridículo. Al menos ya sabía que la muerte podría llevarme antes al cielo con santa María Goretti, Montse Grases y otras niñas santas a las que rezaba, pero vivir toda la vida con culpa por no ser suficientemente buena, generosa o hábil, y acarrear el sambenito de «mediocre», era una condena sin beneficio en el mundo Opus.

Los campamentos permiten a los niños conocer los secretos de otros chicos de su edad: cómo duermen, cómo es su pijama, si huelen raro y a qué tienen miedo. El secreto mejor guardado es que los campamentos permiten conocer a los adultos, más aún cuando estos adultos tienen un poquito de poder sobre las almas de los niños. Yo vivía aquel teatrito de las numerarias-monitoras-directoras-de-almas como una dinámica normal e inocente, un juego al estilo

del gato y el ratón donde las adultas ojeadoras de vocaciones nos observaban, nos juzgaban y nos perseguían, claro que nos perseguían, mientras envolvían la persecución en una familiaridad colectiva, rodeada de amor y sonrisas y donde las niñas como yo (incapaces de resistirnos al dulce, el caramelito de la salvación eterna y la atención de las numerarias), acabamos cayendo como moscas en la miel. Supongo que, siguiendo la narrativa opusina inculcada en mi cerebro infantil, que no permite odiar ni expresar rabia ni denuncia, debería buscar lo positivo de toda esta experiencia. Por supuesto, hubo cosas positivas: aquel verano aprendí a nadar. No me ahogué.

THERE IS NO PLACE LIKE HOME

En el colegio público hay una niña pobre que tiene piojos y es adoptada, o está en acogida, o no tiene padres. Mamá me lo explica, pero no lo entiendo. El caso es que tengo que ser buena con ella y ayudarla en lo que pueda. Es una niña muy maja pero siempre está sola en el patio, por el tema de los piojos, así que suelo buscarla con la mirada y me la encuentro con su hermano pequeño, que no se separa de ella en los dos recreos. Sé detectar quién está solo y necesita compañía. Quizá porque yo me siento a veces un poco sola o porque una de mis destrezas de personaje es hacer que la gente que está triste sonría un poco.

Aunque todas mis amigas del colegio son simpáticas y me lo paso genial con ellas, hay una distancia, una sensación de irrealidad, una línea que separa nuestras vidas. Yo tengo un secreto y no sé si puedo contárselo. Lo intento, pero sospecho que no lo entenderían. La niña que no tiene padres tiene secretos, como yo. Me atraen los niños con secretos, misterios profundos que no nos contamos entre nosotros pero que hacen que nos entendamos, que vivamos al otro lado del espejo. Quizá, como con los piojos, los demás saben mi secreto aunque no lo digan, pero ¿cuánto saben?, ¿saben todo o solo una parte?, ¿intuyen que hay algo raro en mí o tienen toda la información? Ni los adultos, ni los profesores, ni los otros niños, quieren asomarse a ese océano profundo y complejo de los secretos infantiles, de sus tabúes y de su aislamiento.

Pienso que lo que a mí me pasa no le sucede a nadie más, y que el mundo no lo comprendería. En mi caso, lo que no he dicho es que tengo un Ángel de la Guarda. Se llama Santiago, pero yo le llamo Santi y hablo con él cada día, cada segundo. No es un amigo invisible, porque los amigos invisibles no existen. El Ángel de la Guarda sí. El sacerdote y la numeraria del club me dicen que debo hablar con él, y me enseñan oraciones al Ángel de la Guarda. No es un ángel genérico, sino que es mi ángel, mío, solo para mí. Me sigue, me acompaña, ve lo que hago y toma notas para declarar en mi favor cuando me enfrente cara a cara con Dios en el juicio final.

Sé que todas las personas tienen un ángel, pero no todas hablan con él. Mi secreto es supersecreto, es casi como tener poderes mágicos, porque hay alguien siempre ahí conmigo, a mi lado. Nunca estoy sola. No puedo sentirme sola ni triste porque Santi está conmigo. Pido cosas al Ángel de la Guarda sin parar: estudiar mejor, concentrarme más, le pido algún pequeño milagro, como, por ejemplo, que se ponga el semáforo en verde para poder cruzar rápido cuando llego tarde a clase, o que papá encuentre un sitio para aparcar la Vanette y así no se enfade ni grite porque llegamos tarde a misa o a la romería de las familias del club.

Santi está siempre conmigo, hablo con él cuando estoy en clase. Le digo: «Santi, cuida de la niña que no tiene padres», o «Santi, ayúdame con este ejercicio de Matemáticas». Aun así suspendo Matemáticas, pero no es culpa de Santi, claro, es culpa mía. Santi me ayuda. Yo tengo que esforzarme más. La profesora de Inglés a veces me riñe porque estoy distraída mirando por la ventana, pero yo no puedo explicarle que estoy hablando con Santi. Ella no me entendería. Los adultos no entienden la fe de los niños. Es demasiado complicado explicarle a la profesora que los milagros y los ángeles existen, existen de verdad y suceden en el día a día, en las pequeñas cosas. No son grandes milagros, como tener una visión de Jesús (aunque me encantaría), sino que son pequeños milagros como no ahogarme en clase de Gimnasia corriendo por el patio. La vida es el primer milagro divino y el más cotidiano, por eso —me recuerdan en el club— el aborto es un crimen atroz y un pecado que se paga con las penas del infierno.

A veces no me doy cuenta y me olvido de Santi porque estoy jugando con los chicos al fútbol. Me encanta jugar con los chicos y me encanta el fútbol. Antes de volver a casa, mi hermano Raúl y su amigo David me enseñan a chutar la pelota con el empeine, girando el tobillo y golpeando con la parte delantera. Practico mucho y me sale bien. David, Raúl y yo siempre vamos y volvemos juntos del colegio. Un tiempo después de enseñarme a hacer pases con el empeine, Raúl se va al seminario menor, como alumno interno, para ser sacerdote. Tiene once años y aunque me da pena que se vaya, mamá me explica que Dios le ha elegido. El personaje de rol de Raúl tiene un don tan tan grande que tenemos que estar contentos. Ser sacerdote es una suerte, papá y mamá están exultantes. Pregunto a mamá si yo puedo ser sacerdote, pero me dice que no, porque ser sacerdote es solo para los chicos. Ser chica significa que no puedes ni estar tumbada en el sofá cuando es la hora de comer ni predicar en el púlpito. Una lástima. «¿Entonces puedo ser monja?», sigo preguntando a mamá. «Si quieres, sí —responde mamá—, pero tendrías que esperar un poco». Claro, Raúl ya es mayor, tiene once años. Quizá dentro de tres años yo pueda irme de casa y estar siempre con Santi, Jesús y la Virgen. La vida de monja me parece un poco aburrida, prefiero estar con mis amigos de clase y sueño con recorrer el mundo. Me lo pensaré un poco mejor.

David, el amigo de Raúl, sigue pasando por casa para buscarme cada mañana y llevarme al colegio. El colegio está lejos, pero como es público nos sale gratis. Por suerte Dios nos ha dado un par de piernas fuertes. El camino se hace largo, aunque con David es mejor. David es alto y rubio, tiene once años y me escucha, creo que no le parezco una pesada. Además, su madre trabaja en una pastelería cerca de la biblioteca y, cuando paso por delante, siempre me da un dulce. Eso me anima a pasar muchas veces, y además me encanta ir a la biblioteca. Como cualquier niña, no sé diferenciar si es que su madre es muy simpática o si es que me gustan mucho los dulces. Sería como intentar descifrar si una numeraria de treinta años es mi amiga de verdad o solo soy parte de su trabajo vocacional. Para los niños, solo hay tres tipos de adultos: los que te dan cosas, los que te quitan cosas y los que te son indiferentes. La madre de David es una

adulta que me da chuches y las numerarias, las pautas para llegar a la salvación eterna. Son igual de buenas.

A medida que pasan los días, me carcome pensar que cuando estoy con David, me olvido de Santi y me olvido de que Raúl no está. Cuando me divierto, o juego o charlo, no hablo con mi ángel. Luego me siento mal, como si le hubiera sustituido, como si hubiera fallado por no estar siempre pensando en Dios. Es difícil vivir con los pies en la tierra y la cabeza en el cielo. Algo se empieza a desgarrar dentro de mí y tendré que tomar decisiones.

Es un martes o un jueves cualquiera, papá me pone la bata de cuadros encima de la ropa. Ya estoy lista para ir al colegio, pero no encuentro mis gafas. Siempre pierdo las gafas por la mañana y, como estoy cegata, las busco a tientas. Meto el Pulmicort, el Ventolín y el Flixotide en la mochila, por si acaso. Me miro al espejo y me veo un poco gorda. Mamá dice que es por la medicación, que no estoy gorda, sino que estoy «hinchada» por los corticoides. El año pasado estuve unos meses sin comer pan, con un objetivo: poder reutilizar el vestido de la prima María para hacer la comunión. Yo quería hacer la comunión con pantalones vaqueros o con chándal, pero no me dejaron. Los niños sí pueden ir con pantalón, pero las niñas no. Las niñas hacen la comunión con vestido, y no iban a comprar uno nuevo para mí solo porque odiaba las faldas. Tenía que adelgazar para entrar en el vestido de prima María. Lo conseguí. Suelo conseguir lo que me propongo. La fuerza de voluntad puede hacer que ahorres mucho dinero y que alcances tus objetivos. El día de la comunión mis tíos me regalaron una minicadena con reproductor de CD que me encantó, aunque seguí sin saber por qué no podía ir en chándal a comulgar. Hay normas que se deben aceptar, y punto. Si pasas por el aro, puedes llevarte un regalo. Vale más estar agradecida.

Lo que no consigo es encontrar mis malditas gafas, justo antes de que empiecen las clases. Inspecciono el baño, pero necesito ayuda, no veo más que manchas borrosas. Lanzo el grito que pondrá a todo el mundo en alerta: «¡¿Alguien ha visto mis gafas?!».

Mamá resopla. Papá pregunta irritado: «¿Son estas?». Niego con la cabeza: «Esas son de Diego». Mi hermana Irene busca. Mi hermano Diego busca. Mi hermano Raúl ya no vive en casa. Las gafas no aparecen, papá tiene que ir al trabajo, Diego al instituto. Suena el timbre y me desespero. Es David, que viene a buscarme para ir juntos al cole. «David, no estoy preparada para salir. Vete sin mí». Hago una pausa. Estoy a punto de tomar una decisión drástica. No puedo explicar los motivos, porque yo misma tampoco los tengo demasiado claros, solo sé que cuando estoy con David, me alejo de Santi, y que estoy muy enfadada conmigo misma porque soy un desastre y los demás llegan tarde por mi culpa, porque me despisto y no estoy pendiente de las cosas importantes. Hay una bola dentro de mí que se deshará en un momento, si tomo decisiones, si cambio mi vida y elimino elementos distractores: «David, no hace falta que vengas a buscarme más. A partir de ahora, iré sola al colegio». Cuelgo el telefonillo, enfadada. No estoy enfadada con David, pero estoy enfadada y me doy cuenta de que cortar y arrancar lo que me molesta me hace más fuerte, más libre e independiente. Cuando me giro, veo la mirada sorprendida de mamá, con mis gafas en la mano.

—Gracias, mamá, ya puedo irme.

Cojo mi mochila y voy sola al colegio. Con Santi de mi lado tengo lo que necesito. Somos un equipo. Solo Dios basta.

LOS OTROS PADRES

Hace dos días que ha fallecido el papa Francisco. Enciendo la televisión y los noticiarios no paran de hablar del tema, me escriben exmiembros del Opus Dei para saber qué pasará con los nuevos estatutos pendientes de aprobación. Francisco ha recortado poder a la institución y, ahora que se ha muerto, el trabajo ha quedado a medio hacer. *Bad timing*. Al fundador de la organización le sucedieron otros prelados, llamados genéricamente «el Padre», que continúan su liderazgo y se aseguran de que el espíritu siga intacto, de que las estrategias gatopardianas garanticen que todo cambia para que todo siga igual. La sensación entre muchos exmiembros y críticos del Opus Dei es que son intocables, y Francisco ha dado esperanzas de que eso no sea así al limitar el poder de la organización. La muerte de Francisco levanta dudas sobre el futuro de la Obra. Veo los rostros de los fieles en San Pedro, las monjas rezando ante el Gemelli en las noticias. Mi novio, aún en calzoncillos, cruza frente al televisor.

—¡Aparta, cariño! No me dejas ver. —Doy un sorbo al café, que se está quedando frío.

—Marina, ya se ha muerto. Ya está. No creo que resucite en directo.

Recuerdo cuando murió Juan Pablo II. Lloré y recé arrodillada ante el televisor, con el corazón desgarrado. En parte, me da pena no sentir nada ahora. Es como si se muriera el abuelo de una familia

que no es la tuya pero que un día sentiste cercana. El bisabuelo de un ex de hace quince años. Aunque sea por quedar bien y por aparentar, me gustaría sentir tristeza, pero no. Solo siento inquietud y me pregunto qué va a pasar ahora con los miembros que siguen dentro de la organización.

Juan Pablo II era muy querido en el Opus Dei porque fue el pontífice que les dio la estructura jurídica, en un régimen particular llamado *prelatura*, y eso es lo que Francisco ahora ha deshecho. Gracias a este papa, la Obra no tenía demasiada supervisión; podía hacer y deshacer, sin rendir cuentas a nadie. Además, Juan Pablo II fue el responsable de la canonización de Escrivá, el fundador, cuyas fotos inundaban mi casa de Miranda. Sí, lloré mucho cuando se murió Juan-Pablo-Segundo-te-quiere-todo-el-mundo.

Cumplí trece años exactos el día de la canonización de Escrivá, en la plaza del Vaticano: era el 6 de octubre de 2002. Que la fecha de canonización coincidiera con mi cumpleaños era una señal inequívoca de que debía ir a Roma, al corazón de la Iglesia católica, para celebrar la santificación de uno de los hombres de los que más había oído hablar en mi vida. Había oído hablar de él más aún que de Aznar y Bush, y eso era mucho decir. Incluso había visto películas de dibujos animados sobre su vida santa y perfecta. En el club había cómics y tebeos. Sentía verdadera devoción por los líderes de la organización, los sacerdotes con alzacuellos y los papas anticomunistas.

Así que me planté en Roma de la mano de mi hermana Marta, que ya había estado antes en la Ciudad Eterna y cuya visita al pontífice había quedado inmortalizada en una foto de la que mi madre hizo mil copias que repartió a toda la familia. Viajamos en autobús con varias niñas del club de Vitoria y de otros clubes de ciudades cercanas. Recorrimos el camino desde Bilbao hasta Roma en un autocar repleto de adolescentes mayores que yo y numerarias que se las ingeniaban para dormir unas horas y organizar el viaje. Los conductores se turnaban cada cuatro horas, se veían obligados a

hacer paradas para que fuéramos a misa y bajaban el volumen de la radio del autobús cuando rezábamos el ángelus a las doce.

En el camino de ida a Roma, me vino la regla. Por suerte no era la primera vez, pero quizá fuera la segunda o la tercera. Aún no estaba muy ducha en el arte de la compresa y me agobié. Me daba la sensación de que ninguna otra chica en ese autobús tenía la regla o, si la tenían, la llevaban con mucha elegancia. Mis reglas eran abundantes, incómodas, problemáticas: nunca tenía suficientes compresas, necesitaba ponerme dos juntas en forma de pañal y, aun así, manchaba el pantalón, se traspasaba al asiento y las gotas se escurrían por el interior del muslo. Trataba de que no se me notara, pero miraba mi entrepierna de manera obsesiva para detectar cualquier manchita minúscula que pudiera delatar mi menstruación. Me preocupaba tanto que lo hacía incluso los días en que no estaba con la regla. Esta podía aparecer en cualquier momento, como una numeraria invitándote a un superplan de fin de semana.

«Marta, necesito ir al baño, por favor». Qué vergüenza. En la siguiente parada, en la ciudad de Pisa, fuimos a un baño. Tardé bastante, tardé mucho. Tardé tanto que mi hermana dijo al resto de chicas que fueran al autobús sin nosotras. Intentamos volver a toda prisa y mientras recorríamos las calles de noche buscando el autobús, yo solo podía pensar: «Maldita regla. ¿Por qué me ha tocado a mí? ¿Por qué los chicos no tienen la regla?», volviendo al sentimiento de indefensión, complot cósmico y angustia existencial que me acompañaría durante los días de la regla del resto de mi vida. Pero no era momento de hacer dramas sino de encontrar soluciones. Mi hermana no dejaba de andar, desesperada, buscando el autobús. Yo estaba a punto de cumplir trece años, así que Marta tenía veintitrés. Siempre hay que calcular así las edades en las familias numerosas: en función de tu posición respecto a tus hermanos, porque sois tantos que llega un momento en el que solo tú misma puedes ser el punto de referencia si quieres sacar alguna conclusión en claro. Menos mal que tenía una hermana mayor. Estaba perdida pero no estaba sola.

Marta encontró a un grupo de españoles que viajaban en autobús. Me sorprendió mucho que viajaran chicos y chicas juntos.

Nosotras éramos solo chicas porque en el Opus no se hacen actividades mixtas. Me sorprendió porque iban a Roma. Empecé a sospechar que igual no todos los seguidores de Escrivá se dividían en hombres y mujeres, sino que algunos hacían planes mixtos, pero era un mal momento para hacer preguntas a Marta, que acababa de conseguir un teléfono móvil y estaba llamando a la directora, con una cara que me resultaba familiar. Hay otra cosa que también aprendes pronto en una familia numerosa: cuándo toca no hacer preguntas porque se avecina una bronca.

El autobús vino a recogernos y Marta, con una sonrisa, devolvió el teléfono móvil a los españoles que nos habían echado una mano. Subió furibunda al autobús. Se enfadó con la directora bajo la mirada de todas las adolescentes con pendientes de perlas. En el Opus Dei no es habitual ver a gente enfadada, y mucho menos con la directora, pero para mí no era tan raro ver a Marta hecha una furia. Aún no sabía que enfadarse está mal visto entre las mujeres de la Obra. El contraste entre mi hermana y las numerarias sonrientes e impasibles era evidente. «No eches más leña al fuego», susurró la directora a mi hermana, y me pareció que era una respuesta muy poco adecuada después de que hubiéramos estado perdidas un buen rato, en mitad de la noche. «No le hables así a mi hermana», quise decir, pero me quedé cortada. En el fondo, había sido culpa mía, o de la regla. Si no llega a ser por Marta, me hubiera quedado sola sangrando en una gasolinera a las afueras de Pisa.

A nuestra llegada a Roma, nos esperaba el camping Fabulous. Ironías de la vida. Cómo olvidar las tiendas de campaña minúsculas para tres personas y aquella lluvia que las inundó la primera noche. Cómo olvidar a todas las niñas con polos de Ralph Lauren (que yo veía por primera vez) corriendo de lado a lado, llorando y gimiendo «esto es horrible», «quiero hablar con mi padre». No habíamos pensado en cavar una zanja, tampoco los organizadores del camping. Unas pocas privilegiadas dormían en bungalows, así que nos alojaron en las casitas enanas, donde todas dormimos apiñadas. Me enfundé mi sudadera negra de Quiksilver de imitación y coloqué el Ventolín en la Volumatic de 750 ml, una especie de cámara de plástico con dos piezas donde tenía que poner el inhalador en un

extremo, apretar, aspirar el aire dentro de la cápsula y aguantar unos segundos hasta que la medicina llegara a los alveolos de mis pulmones para hacerlos grandes grandes, como me había explicado el doctor.

Dentro del bungalow, sin embargo, a pesar de haber hecho las pulsaciones de Ventolín como todas las noches, me ahogaba. Como había poco espacio, me tocó dormir debajo de un somier. Me asfixiaba. Pero ¿qué era un poco de asma comparado con la emoción de estar en Roma? Era mi primera vez fuera de España y estaba lista para presenciar cómo iban a hacer santo —¡santo!— a Josemaría Escrivá. Ninguna crisis respiratoria ni menstruación inesperada me impedirían disfrutar de tal evento.

La Iglesia estaba confirmando ante mis ojos que lo que había hecho y dicho Escrivá era digno de un santo que estaba en el cielo. Así estábamos: emocionados, viendo in situ cómo Juan Pablo II ponía el sello definitivo. Nuestra fe, nuestra organización, era verdadera y nuestro líder era un santo. El Opus Dei era lo más. Yo aún no pensaba en incorporarme, ni sabía en qué consistía hacerse miembro ni cómo vivían en su día a día, pero ya era consciente de que era una idea buenísima y que Escrivá era genial. Además, igual que la resurrección de Jesús nos permitía comer pinchos los domingos, los acontecimientos religiosos eran la única excusa con la que papá y mamá me dejarían cumplir mi sueño de viajar por el mundo.

Cuando Juan Pablo II pasó con su papamóvil entre las hileras de fieles en la plaza de San Pedro, como yo había visto hacer a los reponedores del Lidl en un cochecito entre los estantes del supermercado, me quedé en shock. Casi le rozo con la punta de los dedos. Me temblaba la mano y no fui capaz de hacer una foto con mi cámara de carrete. Era como ver a mi cantante favorito, a mi estrella del rock: el representante de Dios en la tierra. El ranking era: Dios, Juan Pablo II, Escrivá. Y sospechaba que Escrivá podía estar un poco por encima del papa, casi a la altura de Dios, aunque las directoras no se atrevieran a decirlo en alto. Guau. Yo nunca había estado en un concierto ni había visto a un famoso, y ahora, como si nada, acababa de ver al papa delante de mis narices. Me

sentí bendecida. Con Santi y Dios de mi lado, podría viajar a cualquier parte del mundo.

No era la única que estaba exultante. A mi lado, la directora que había dicho «no eches leña al fuego» a mi hermana estaba al borde de las lágrimas. La gente gritaba, aplaudía, reía. No era como en los conciertos de Justin Bieber donde ves a las madres resignadas, en plan «cosas de crías, ya se les pasará». No. Era real. Los adultos estaban más emocionados que yo y jaleaban a los niños. Esto era fuerte de verdad, el milagro de la santidad había llegado a Escrivá. No era una opinión ni un debate, sino que por fin había un certificado oficial con sello del Vaticano y por eso todo el mundo lo debía creer hasta la médula. Yo estuve ahí. Yo lo vi. Vi cómo se convertía en santo *in real time*.

EL ESPANTAPÁJAROS

Si me hubieras preguntado con ocho o nueve años cuáles eran mis objetos favoritos de la casa, hubiera contestado sin dudar:

1. la cámara de vídeo que nos regaló la amiga de mamá (la misma amiga que traía ropa de bolsa).
2. una radio de juguete que grababa casetes y que usaba para hacer entrevistas.
3. el reproductor de VHS.

Las películas de VHS de Disney eran caras, así que teníamos una versión de marca blanca de *La Cenicienta* y *Un cuento de Navidad* donde no salían ni Mickey ni ratones ni nada que se le pareciera. No vi la versión original de *La Bella y la Bestia* hasta segundo de carrera, y siempre he pensado que las princesas Disney eran unas pijas y un rollo. Ser una princesa, en mi casa, estaba muy mal visto, porque era sinónimo de superficialidad y vanidad femenina. Eso de los vestidos y el maquillaje era para niñas que solo quieren llamar la atención. Era mejor ser lista, sacar buenas notas y trabajar mucho. Así se lo repetía una y otra vez a mi hermana Irene, la pequeña.

Por eso, mis personajes favoritos eran Matilda y Mary Poppins. Grabé *Mary Poppins* en la televisión una tarde de domingo y, cada vez que llegaba del colegio, la ponía en el reproductor, pasaba los anuncios presionando con ansiedad la tecla *FF>>* del mando e iba

memorizando los diálogos. Si no encontraba el mando, me arrodillaba frente al reproductor, mirando de reojo la pantalla llena de rayas con el dedo pegado a la tecla del vídeo para no pasarme ni un segundo después de los anuncios. A veces, paraba la película, sacaba un cuaderno de tapas azules y apuntaba los diálogos que me gustaban, para luego poder leerlos cuando quisiera. Mi objetivo era aprenderme la película entera, de memoria, con las canciones y los bailes incluidos.

Cada escena, con cada personaje y situación, me suscitaba nuevas preguntas como por qué Mary Poppins hablaba español si vivía en Londres, si era posible que existiera un mundo de dibujos animados en medio de nuestro mundo de personas reales, dónde estaba Londres y si viviría yo alguna vez en una de esas casas unifamiliares con jardín y techo a dos aguas. Había una pregunta más secreta y sutil que empezaba a hacerme desde que iba sola al colegio, una pregunta que me parecía prohibida y pecaminosa, tanto que ni siquiera me atrevería a compartirla con el sacerdote: ¿conocería yo algún día a un deshollinador que caminara con sus instrumentos a cuestas, como Ben, mi personaje favorito de la película?, ¿se enamoraría Ben de mí (como yo estaba enamorada de él en secreto)?, ¿tendría que renunciar al amor de Ben diciendo, con una mezcla de tristeza y autosatisfacción: «Ben, debo ayudar a otros niños que me necesitan. Nuestro amor es imposible. Tengo una misión encomendada desde la eternidad»? Entonces me iría volando con mi paraguas-loro hasta aterrizar en una nube dejando a Ben boquiabierto y con el corazón roto, como hice con David, como haría mi ídolo Mary Poppins.

Mary Poppins es la mejor, y lo sabe. Ella misma lo dice cuando saca su cinta de medir: «Prácticamente perfecta en todo». Yo esperaba que, algún día mi cinta de medir, mi Dios amado, pudiera decir lo mismo de mí. Yo no podía decirlo de mí misma (eso era soberbia) pero quizá Santi, mi Ángel de la Guarda, lo pudiera decir en mi lugar. El cielo debía ser muy parecido a uno de esos cuadros donde saltan los niños de la familia Banks para ir a la carrera de caballos. El cielo debía ser un sitio donde te lo pasas genial y la gente canta y baila en sus cuerpos gloriosos resucitados y dice

palabras especiales que tienen efectos mágicos y que el resto no entiende, como «supercalifragilisticoespialidoso» o «transubstanciación».

Me encantaba Mary Poppins en particular y los musicales en general. Por eso, cuando en el club nos dijeron que íbamos a representar *El Mago de Oz* fui la primera en apuntarme. Organizaron un casting para seleccionar a las actrices y decidir qué personajes interpretaríamos. Éramos muy pocas niñas, unas quince o veinte como mucho, y la mayoría eran más pequeñas que yo, así que tenía muchas opciones de que me eligieran para un papel con bastante texto y protagonismo. Había que preparar un fragmento de diálogo y hacer una coreografía que supervisaba la profesora de baile.

La profesora de baile del club no pertenecía a la organización, estaba claro nada más verla: iba siempre en chándal y usaba tops apretados que se transparentaban debajo de la camiseta blanca. Aquella profesora era lo más cerca que yo había estado nunca de la Spice Girl deportista. Supongo que no había muchas numerarias que supieran bailar bien, ya que salir de fiesta y participar en espectáculos está prohibido para los miembros célibes de la organización. La numeraria-Mel-C no existía. En un rango imaginario entre las Spice Girls y Matilda, había más posibilidades de encontrar una numeraria-Trunchbull que una numeraria haciendo el espagat.

Como el reclamo de la actividad de baile (reformulado como «sketch musical») era muy atractivo para las adolescentes, el club necesitaba externalizar ciertas actividades más mundanas. La profesora de baile llamaba mi atención por su forma de vestir. El pantalón de deporte que usaba no era como el pantalón de chándal de Fruit of the Loom típico de las *numes*. A la profesora, el pantalón le quedaba ajustado en la cadera. Cuando hacía giros y curvas sinuosas, mientras marcaba con tono marcial, «uno, dos, tres, cadera a la izquierda, chicas, y ahora paso adelante, paso atrás, y vuelta…», yo no podía dejar de mirarle el culo. En especial, después de que una amiga a la que invité un día al club me dijera que a la profe de baile se le transparentaba el tanga. Tanga. Menuda palabra. Mi amiga vino al club, dijo eso y no volvió. *Veni, vidi, vici.* Me dejó a solas ante el abismo de la palabra «tanga». Me sonaba al Tang de

naranja o al de limón. Además de la fe, la comida y la televisión eran mis grandes ejes de comprensión del mundo.

Por supuesto, yo entonces no sabía lo que era un tanga y nunca había visto uno, pero desde que mi amiga me lo explicó, el top ya no me parecía tan escandaloso y trataba de comprobar si era cierto o no el asunto. Una parte de mí se resistía a creer que de verdad existían los tangas, en un acto de negacionismo, mientras que otra parte daba vueltas a la moralidad del tanga, si las monitoras llevasen tanga, qué pensaría Josemaría Escrivá de los tangas y por qué una persona querría llevar una braga tan pequeña. Estas preguntas sin resolver, junto a tantas otras de gran profundidad, quedaron eclipsadas cuando anunciaron el casting para el musical. Mi única obsesión entonces fue saber si me elegirían para actuar en El Mago de Oz. Dejé de escudriñar el culo de la profesora como si fuera un planeta que flota en la Vía Láctea donde todos vagamos cuestionando el sentido de la existencia y, en su lugar, decidí enfocar mis energías en el casting para el musical. Era la mejor actividad que se había propuesto en el club en mucho mucho tiempo.

Terminé mi coreografía en postura agachada, con una mano en el suelo y mirando al frente, con un hilo de sudor corriendo por la espalda, segura de mí misma, esbozando la sonrisa enorme con la que debíamos acabar nuestras actuaciones en público, con la respiración entrecortada por la excitación y el asma, y las gafas resbalando hasta la punta de la nariz. «No te va bien hacer deporte en sitios cerrados», diría mamá. Pero *El Mago de Oz* bien merecía la pena un poco de asma. Estaba convencida de que me había ganado un papel importante. Me lo había currado. Además, en el club, no importaba tanto si se te daba bien una habilidad o no, sino si eras una niña que iba con frecuencia a las actividades o que se esforzaba mucho. Cuando hacían sorteos, todas sabíamos que les iba a tocar a las niñas que habían ido al club por primera vez, por ejemplo, solo porque eran nuevas. Así, volverían contentas a casa y pedirían a sus padres volver más veces al club. Se *animarían* a volver.

Todas las niñas veíamos la estrategia y la aceptábamos, porque fuimos las nuevas algún día y era parte del pacto para que vinieran más niñas a las actividades. Si no, solo íbamos cuatro gatos al club y

así era imposible organizar planes tan chulos como los musicales. Había que ingeniárselas para ser más, atraer más niñas, siempre. En mi caso, sabían que si yo estaba dentro del musical, me implicaría al máximo. Nadie deseaba actuar tanto como yo, así que tenía esperanzas de conseguir un buen papel. Si me esforzaba, me lo darían. Era así de simple.

Me tocó ser el espantapájaros. No desprendía la dulzura de Judy Garland y mis medidas de niña gordita en plena fase de desarrollo tampoco encajaban con las características necesarias para ser Dorothy. En cambio, era perfecta para representar al buen amigo, leal y bobalicón de la protagonista. Un personaje parecido a un payaso, que se tropieza cuando baila, que no sabe mantenerse en pie si no tiene un palo metido por la espalda, que está lleno de paja y teme al fuego, a cualquier chispita que le pueda hacer arder su armazón blando y débil en cuestión de segundos.

El espantapájaros se movía en el punto perfecto entre la comedia y el drama. Además, ¿quién no quiere al espantapájaros? Es un personaje que suscita lástima, pero siempre se puede contar con su apoyo. Es un tontaina indefenso que busca su cerebro igual que yo solía buscar las gafas antes de ir a clase o preguntaba cosas que no debía preguntar. Me encantaba el espantapájaros, con su barriga de paja, su jersey de granjero y su andar torcido. Con una sonrisa de felicidad sincera, agradecí a la profesora de baile y a la directora del club que me dieran la oportunidad. No las defraudaría. Sería el mejor espantapájaros. Ensayamos durante meses, grabamos las canciones y, en mi cabeza, sonaba una y otra vez *Over the Rainbow* cantada por Judy Garland, con el mismo anhelo con el que yo deseaba vivir en otro mundo, más allá de Miranda de Ebro, donde la vida se pareciera un poco más a los musicales. Vi la película de *El Mago de Oz* en VHS con las niñas del club y me convencí: era mucho mejor ser un espantapájaros divertido que una niñita sosa con falda y rostro angelical, por muy protagonista que fuera. Como bien demostraba Ben el deshollinador, sin personajes secundarios no habría héroes ni aventuras. Los secundarios son los que hacen posible la película.

Por fin llegó el día de la representación ante los padres y papá condujo la Nissan Vanette desde Miranda a Vitoria, escuchando el fútbol en la radio a todo volumen. Perdía el Real Madrid y papá resoplaba. Irene y yo íbamos en los asientos de atrás, preparadas para la actuación. Papá aparcó al lado del club, en una de las avenidas principales del centro de la ciudad. Yo estaba hecha un manojo de nervios. Ultimamos los ensayos y nos dirigimos al espacio donde tendría lugar la obra. Había un escenario de verdad, enorme, con un gran telón. Era la primera vez que actuaba en una obra de verdad, con focos y butacas llenas de familias que habían reservado el día para venir a vernos. Era real, era verdad, estaba pasando porque yo lo estaba viviendo, estaba ahí. Y me encantó esa sensación: la adrenalina, la tensión de actuar en directo, de salir ante un público deseoso de entrar en un mundo de ficción, de aplaudir a sus hijas y de demostrar que el club era superguay. Seguro que muchos padres indecisos acabarían apuntando a sus hijas al club después de aquella actuación y podríamos hacer muchos más musicales. «Lo voy a hacer genial». No tenía dudas. Tenía seguridad en mí misma, porque me había preparado muchísimo. Cuando llegó mi turno, salí al escenario, dije mis frases, puse cara de tristeza cuando tocaba poner cara de tristeza, me tropecé cuando tocaba simular un tropiezo, escuché las risas de los niños, supliqué a Dorothy «solo quiero un cerebro» y di la mano a mis compañeras de reparto para el saludo final, incluida a mi hermana Irene, que interpretaba al Hombre de Hojalata sin corazón. Sentí llover los aplausos. Todas saludamos por segunda vez, radiantes, entregadas a nuestro público.

Hacer playback usando la grabación con nuestras voces y las canciones de fondo fue una gran idea de las directoras: así era imposible equivocarse. El mundo artificial de Oz era aún más artificial con aquella trampa para evitar errores. No teníamos que hablar, bastaba con vocalizar lo que habíamos memorizado, poner la cara adecuada cuando correspondía, y ya. Era una actuación sin voz. Era falso, pero parecía real, tenía truco, y el truco había surtido efecto. Los padres eran conscientes, por supuesto, pero yo quería pensar que igual no se habían dado cuenta. Quería creer que la

grabación parecía tan real que había resultado imperceptible para ellos y que mi grandiosa actuación les había convencido. Deseaba que nuestro artificio fuera tan parecido a la realidad que ni nuestros propios padres pudieran distinguirlo.

Así, igual que defendí aquella noche mi actuación, he defendido muchas veces después al Opus Dei: yo estoy aquí, yo lo estoy viendo, es *maravilloso*. Yo misma no me daba cuenta de que había un casete por detrás, que Mary Poppins no volaba de verdad y que, aunque adoremos al Mago de Oz, este también puede tener un secreto inconfesable.

Estaba fusionada con la Obra de Dios, viviendo el musical, incapaz de saber qué percibían los otros y qué percibía yo. Mi verdad era la única verdad. Bendita inocencia: era imposible arrebatarme aquella felicidad y yo no quería soltarla. No había sensación comparable a la de actuar en un escenario, esa mezcla extraña entre ser yo misma, usando mi cuerpo, mi cara y mis brazos, y ser otra al mismo tiempo. Construir una ficción entre todas, bajo la batuta de la directora y la profesora de baile, con la complicidad de los padres que sonreían y aplaudían en la oscuridad de los asientos. Tenía la oportunidad de vivir una fantasía en mi propia piel, como si estuviera dentro de una película. Era como atravesar el cuadro de la carrera de caballos en el parque de Mary Poppins o dejarse arrastrar por el huracán de Kansas, que te llevaba a otro sitio más feliz, lleno de color. Actuar siempre. Bailar, cantar, hacer playback. Repetir. Ensayar. Repetir y repetir y repetir hasta el show final, ante los espectadores: mi familia y Dios, que todo lo ve.

Quizá jamás tendría que bajar del escenario, quizá la vida pudiera ser eso, si queríamos que lo fuera, nos poníamos de acuerdo y no se rompía la ficción. Bastaba con tener directoras, padres que lleven a sus hijas al club, niñas que quieran ser buenas. El teatro a nuestra disposición. Actuar sin límites, con el público aplaudiendo llevado por el frenesí de la fantasía que se vuelve real ante nuestros ojos por un milagro divino. Ser niños para siempre, para siempre, para siempre. No salir del estado de felicidad construida y negar el constructo, el disfraz, las máscaras y el cartón piedra del decorado.

En primera fila, la directora del club aplaudía como la que más.

Detrás de bambalinas, la profesora de baile nos felicitaba mientras nos desmaquillaba, consciente de que la función había terminado, como si fuera rutinario. «Buen trabajo, chicas». Pero yo no quería irme, no podía limpiarme el maquillaje y volver a mi realidad. Necesitaba más, esa máscara sutil adherida a mi cara. Actuar era la mejor sensación del mundo, y me permitía viajar gratis a otros universos. Nunca volvimos a hacer un musical, pero la posibilidad de que sucediera, la esperanza de que pudiera repetirse, permaneció conmigo.

Entonces deseé que existiera la tecla de *REW* << en la vida real. Quería apretarla con todas mis fuerzas, pero no había mago, ni padre, ni santo, capaz de obrar ese milagro.

ACTO II

SANGRE DE CRISTO, EMBRIÁGAME

Un trozo de hígado, o una gelatina como las que compra mamá en el Lidl, húmeda y viscosa, emanaba de mí, como si me hubiera hecho pis. Peor, como si estuviera dando a luz a un embrión de alienígena, un pequeño ser que se deshacía al nacer transformándose en un charco rojo. Salía a borbotones como si mi vagina estuviera echando moco, igual que cuando tenía mi cuarto catarro del mes y mamá me tumbaba en el sofá para golpear con suavidad mis costillas. «Expectora», decía, y yo escupía las flemas en un cubo.

Esta vez la enfermedad se manifestaba en silencio, sin tos y sin pañuelos a mano, en mitad de clase. Mamá tampoco estaba cerca. Miré a mi alrededor. ¿Alguien más se estaba dando cuenta? Hacía mucho calor de repente. Sudaba. Me costaba respirar. ¿Sería otro ataque de asma? Los síntomas no eran los de siempre: estaba caliente pero no tenía fiebre, la respiración se me entrecortaba, pero no tenía ganas de desmayarme sino de llorar. Algo le estaba pasando a mi cuerpo, y era espantoso. Notaba que aquel líquido denso se iba deshaciendo por mis muslos. Se me cruzó por la mente que podría estar enferma, tener una enfermedad rara y desconocida, peor que el asma. Quizá fuera la misma enfermedad que se llevó a Alexia González-Barros o Montse Grases, las niñas a las que quería beatificar el Opus Dei por su santidad durante la agonía, casi protomártires de la institución, que hicieron ofrenda y sacrificio de

sus dolores físicos y sufrimiento espiritual por el bien de la organización. Bueno, si me moría siempre podría verlas en el cielo (por supuesto yo iría al cielo) y preguntarles cómo fue su primera regla. Ese dato no suele aparecer en las biografías de las santas y mártires de la Iglesia.

Levanté la mano.

—Iñaki, ¿puedo ir al baño?

El profesor asintió. Me levanté. Aquellas flemas se transformaron de pronto en un río, como si la presa hubiera abierto las compuertas. Sentí como si me acabara de hacer pis encima, delante de toda la clase, incapaz de controlar mi esfínter. Se suponía que la regla llegaría mucho más tarde, ¿no? Por lo menos a los catorce, y yo tenía doce. Además, estaba segura de que su funcionamiento era más sencillo: al hacer pis salía sangre. Pero lo que me sucedía era muy distinto, estaba sangrando de repente, como si me hubiera hecho un corte, o como sangraba mi hermano Álvaro de la nariz por las mañanas, de forma espontánea. Miré la silla. Una mancha parduzca del tamaño de mis nalgas y con la forma abstracta que había dejado mi carne al restregar la sangre contra el asiento de madera, como en un cuadro de Francis Bacon o una de las caras de Bélmez, dejaba en evidencia que sí, me había venido la regla por primera vez y, para más inri, delante de mis compañeros.

Miré a Iñaki, el profesor, que me devolvió la mirada con preocupación, y corrí al baño. No tenía ropa para cambiarme y estaba muy angustiada, con la angustia existencial de la primera regla, cuando una niña constata que esto va a ser así para siempre, que podría sangrar en cualquier momento, en cualquier lugar, sin previo aviso y sin decisión posible. ¿Por qué mis hermanos chicos se libraban de esto? ¡Otra injusticia! Me bajé el pantalón y la braga. Estaba empapada de sangre, roja, caliente. Así debía de ser el infierno. Me mareé. No soporto la sangre.

Iñaki llamó a la puerta del baño, pero no contesté.

—Marina, hemos llamado a tu casa, vendrá tu padre en coche a buscarte.

Me sequé las lágrimas.

—Vale.

Mamá no conduce, así que era mejor que viniera papá. Solo quería meterme en la Nissan Vanette como una famosa que sale de un centro de rehabilitación y se oculta de los paparazzi intentando rodear de glamour una situación vergonzosa. Lamenté no tener unas grandes gafas de sol y un bolso con un chihuahua colgado del brazo. Quería irme a casa, meterme en la cama, leer *Versos fritos* de Gloria Fuertes y leer, leer, leer hasta volver a ser una niña, la misma niña que era unas horas antes.

Papá aparcó enfrente del colegio. En silencio y con cuidado, colocó una toalla de propaganda, doblada en el asiento de atrás, para que no manchara. Me senté callada, temiendo por dónde colocaba mi pierna izquierda, mi muslo derecho, siendo por primera vez consciente de que mi cuerpo era un contenedor de líquidos sucios y malolientes que podía explotar en cualquier momento como la central nuclear de Garoña. Cuando ya llevaba conduciendo unos metros, papá miró por el espejo retrovisor, me preguntó si estaba bien y contesté con un escueto «sí».

Al llegar a casa, mamá me explicó cómo ponerme las compresas, mencionó que había unos tampones en el armario del baño pero que ella no los usaba, que debían de ser de Marta, y me dio unos frutos secos. Estaba sangrando mucho y me sentía débil. A los pocos días fuimos al ginecólogo y me recomendaron que tomara una pastilla para regular el flujo de la menstruación. Cuando volvimos a casa, mamá me dijo que aquellas pastillas eran demasiado fuertes para una niña. Además, a los doce años yo ya estaba harta de tomar medicinas para el asma, para la alergia y los catarros incesantes, no soportaba el olor a enfermo de hospital y había asumido que mi cuerpo haría cosas sin mí y atraería dolencias sin mi consentimiento. Era mejor aceptar que Dios me había creado así. Viviría como una pequeña humana en los brazos de una divinidad que dirigía mi destino y mi flujo. No tomé esas pastillas y tardé más de diez años en volver al ginecólogo. Me metí en la cama con una pila de libros, me tapé con las mantas, puse el CD de *Let Go* de Avril Lavigne en el *discman* y esperé a que mi cuerpo dejara de sangrar.

Pronto descubrí que leer era uno de los mayores placeres del mundo, solo comparable a las rebanadas de pan con miel de Ahedo. Si eres una niña, leer bien te da cierto estatus, en la familia y en el colegio. Los adultos tienden a pensar que una niña que lee bien es lista. Siempre quise dejar claro que yo era lista y, además, buena. Así que complementé mi personalidad de buena lectora con el púlpito de la iglesia: leer en misa se convirtió en mi carta de presentación ante los parroquianos.

Solía tocarme la primera lectura, la segunda lectura o el salmo responsorial. El salmo siempre me ponía nerviosa, porque era interactivo. Tenía que hacer una pausa, levantar la vista, repetir con los feligreses el texto que podían haber olvidado entre párrafo y párrafo, y seguir. El salmo tenía un componente de riesgo, de memorización y de *performance*. Por otro lado, los salmos solían ser más poéticos, ya que antiguamente iban acompañados de música y estaban dirigidos a describir las bondades de Dios. Los feligreses repetían «Dichosos los que temen al Señor» y, desde tu atril, podías sentir el poder de una mirada, de unas palabras y de un grupo de adultos repitiendo lo que tú querías, cuando tú querías y de la manera que tú querías. Si, en lugar de recitar «Dichosos los que temen al Señor» hubiera dicho «Marina es la más guapa», ¿lo habrían repetido? Las posibilidades eran infinitas. El poder de la palabra se extendía ante mí.

En la entrada de las iglesias suele haber una pila de agua bendita y, aunque yo mojaba las yemas de los dedos y me santiguaba al entrar, sabía que lo ideal era guardar un botecito en la mesilla junto a la cama. Cada noche teníamos que echar unas gotas en la almohada antes de rezar el *Jesusito de mi vida* o los tres avemarías. Me habían explicado muchas veces en el club que el agua bendita espanta al demonio. No eran habladurías: mi tío, sacerdote, era exorcista y me había contado que, durante un exorcismo, puso un vaso de agua bendita delante de una chica endemoniada y esta se puso a gritar «aparta ese vaso de ahí». Gracias a sus poderes de exorcista, mi tío consiguió vencer a aquel demonio. Él me lo contó, así que sin duda era verdad.

El agua bendita funcionaba con los demonios como un repelente

de mosquitos, si te la echabas, no se te acercaban, ya que Dios está en esa agua. No está igual que se encuentra y vive en la hostia consagrada de la misa ni en el vino que es la sangre de Cristo. Hay una dosis suficiente de esencia divina en el agua bendita que hace que el demonio lo detecte, como el mosquito tigre el insecticida o como los ácaros el antihistamínico que tomo para la alergia. Si el demonio estaba planeando poseerme, al ver que me he echado agua bendita, se lo pensará dos veces. El agua bendita tiene un poder tan potente que repele cualquier mal diabólico.

Me aterrorizaban las posesiones demoniacas, la posibilidad de la locura y que un ser superior pudiera tomar control de mi ser y obligarme a hacer cosas que no quería hacer. Convivía con el miedo a que el demonio pudiera ocupar mi cuerpo un día cualquiera, de buenas a primeras. No había visto *Carrie* por aquel entonces, pero se me ocurren pocas atrocidades peores que poseer el intelecto, el sexo y el cerebro de una niña preadolescente. Paradójicamente, no tenía ningún miedo al Opus Dei.

En el club nos contaban historias reales, con final feliz, donde las posesiones se habían solucionado gracias al agua bendita y a la invocación a la Virgen María, la bella mujer que aplastaba con su pie la cabeza del demonio. El demonio es soberbio y la Virgen es dócil y humilde. La pureza de María era la que terminaba con la tentación diabólica de un plumazo y rescataba a la humanidad del pecado con su «sí», que contrarrestaba el «no» del ángel caído. Por eso era tan importante rezar los tres avemarías de la noche con los brazos en cruz: la Virgen cuida tu pureza para que vayas bien limpito a la cama, antes de que te acuestes entre sábanas sedosas. Y el agua bendita en la almohada te protege de los sueños impuros que pueda inducir el demonio.

Una de las escenas que más me atormentaba era la que leí en la biografía de Alexia González-Barros, escrita por un sacerdote del Opus Dei. Cuenta que, cuando la niña está muy enferma en el hospital, se le aparece la cara de una vieja. La cara de una mujer mayor, como es sabido, no puede representar otra cosa que el mismísimo demonio, mientras que si se te aparece una mujer joven, no hay dudas de que es la Virgen. No sé en qué edad las apariciones

de mujeres pasan de joven a vieja, de bella virgen a horrenda anciana. ¿Quizá a los cuarenta? En cualquier caso, la vieja, en la biografía de Alexia, venía a aterrorizarla en mitad de su larga y dolorosa enfermedad, como si fuera poco tormento estar ingresada en el hospital. Que se te apareciera el demonio o sufrieras tentaciones podía ser una muestra de predilección, pero había que estar protegida. Ese era el aprendizaje que todas las lectoras precoces que nos nutríamos de las bibliotecas del club debíamos extraer.

Cuando íbamos hasta Ahedo en el coche y pasábamos delante de un pueblo durante el trayecto, papá levantaba el dedo hasta tocar el techo de la furgoneta. Eso significaba que debíamos guardar silencio. Entonces, empezaba a rezar una plegaria. Esa pequeña oración se llama *comunión espiritual* y es típica del Opus. Cada vez que pasas delante de un campanario, hay que hacer la comunión espiritual, porque Dios está guardado allí dentro, en una cajita llamada «sagrario» en el fondo de la iglesia, que es como la caja fuerte de las hostias consagradas. Ante cada campanario que despuntaba en el paisaje castellano, hacíamos esa oración, siguiendo de largo hasta nuestro destino. Si había música puesta, se paraba; si estabas hablando o pegando a tu hermano, guardabas silencio. El rezo inundaba todo. Estos pequeños rituales nos mantenían en conexión constante con Dios, nos protegían de las tentaciones diabólicas y nos recordaban que, en cualquier momento, podíamos caer en el pecado. Había que estar alerta y tener amuletos, como el rosario, siempre a mano. Rezábamos unidos, como una familia unida, la comunión espiritual y el rosario, en los trayectos en coche.

Muchas personas creen que, cada vez que salta un escándalo de la institución a la opinión pública o alguien critica al grupo, es porque el diablo está «moviendo el rabo» (cita textual) o hay «ataques del demonio». Solo una organización tan santa como el Opus Dei podría ser objeto de la ira del demonio y de los ataques de los anticatólicos. Cada crítica de la sociedad es una prueba más de su perfección. Cada vez que el micrófono del Padre, líder de la organización, falla en un acto público, alguien masculla «debe de ser

el demonio» y cuando arreglan la megafonía sonríen aliviados convencidos de que Dios está con ellos luchando en la eterna batalla entre el bien y el mal.

Por el momento, a día de hoy, los únicos amuletos que llevo siempre conmigo son las compresas, la braga menstrual y la copa. Bendito progreso.

UNA SEÑORITA

Mis primas Laura y María suben a despertarnos, en la habitación de las tres camas que comparto con mi hermana Irene en la casa de veraneo, en Ahedo del Butrón. La casa del pueblo es donde nació mi padre, en un valle burgalés y, aunque la casa está vieja y destartalada, es habitable en los meses de verano. Hemos sustituido la fresquera donde antaño solían estar los cerdos y los animales por una despensa. La casa solo tiene un baño, pero como mis hermanos mayores apenas vienen en verano porque están en las convivencias del club, nos apañamos.

Laura y María son hijas de mi tía Rosa, hermana de mi madre, y siempre vienen de visita. Les encanta el pueblo. Llevan pantalones muy cortos y tops de los que enseñan el ombligo. Su estilo me recuerda al de la profesora de baile. María tiene un año más que yo. Abre su mochila del colegio, llena de firmas y dibujos hechos con rotulador permanente y saca unas revistas, como si fueran material de contrabando: *Bravo* y *SuperPop.* Aunque no hablemos de ello, las dos sabemos que esas revistas están prohibidas en mi casa.

Mi prima tiene un buen montón y me deja que las lea siempre que quiera. Laura, María y yo nos tumbamos en las camas, ponemos las revistas en el suelo de la habitación y vamos comentando cada página. «Este chico es guapísimo», digo yo. Para mí solo hay chicos guapos y feos, buenos y malos, estudiosos y vagos que no llegarán a nada en la vida. Mis primas hablan de los chicos como si fueran

comida, y dicen «está bueno», o hablan como si tuvieran un truco, como si ellas conocieran un pasadizo oculto detrás de una pared que, con un par de toques, te permite acceder al mundo masculino, a un mundo hecho de carne y caricias y risas y miradas. Es evidente que ellas saben cosas sobre los chicos que yo no sé. Leo con avidez las revistas. Leer es la única forma que tengo de empaparme de esa sabiduría que, año tras año, mis primas traen consigo cuando vienen a veranear durante quince días. Me convenzo de que no necesito ser como María o Laura para saber «cosas de chicos», que yo puedo aprender si leo lo suficiente. No necesito ser una adolescente normal. Me basta con leer la *SuperPop* para poder fingir.

Mi tía Rosa se despide desde la calle, así que salimos al balcón y le decimos adiós. Ella también lleva pantalón corto, camisetas ajustadas y a veces coge ropa de sus hijas para vestirse. Me gusta que la tía Rosa sea tan distinta a mamá. Me gusta ver que, incluso en una misma familia, hay muchos modos de ser madre.

Mamá tiene cuatro hermanas y cinco hermanos que, a excepción de la monja de clausura, suelen venir a Ahedo un día al año. Es una familia muy grande y se dan dos besos, abrazos y palmadas en la espalda para saludarse. Los tíos siempre nos cogen en brazos y dicen: «A ver esta niña, ¿por qué no me ha dado un beso todavía?». Como a mí, les encanta el dulce, así que traen los coches cargados de chocolate a la taza y bizcochos. No son del Opus Dei. Solo hay que fijarse en cómo visten, cómo hablan y en que no bendicen la mesa antes de comer. Los tíos son muy altos y grandes, pero no dan miedo. Las tías van arregladas y te dicen cosas del tipo «qué alta estás ya, Marina», pero no te escudriñan con la mirada. Cuando los tíos y las tías se encuentran, no paran de hacer bromas:

—El otro día me encontré con la Jose subiendo a casa de la mamá, le ayudé con las bolsas de la compra, que pesaban muchísimo. Me dio recuerdos para ti.

—Jo, ¿solo te dio recuerdos? Ya podía haberte dado unas manzanas o una caja de leche, ¡menuda tacaña!

—Ja, ja, ja.

Entro en casa y me asomo a la cocina, que está en la planta baja. «Hola, ¿queda chocolate para mí o ya os lo habéis comido?». Los

tíos están sentados en círculo ante una gran cazuela de chocolate y me saludan con efusividad: «Te estábamos esperando, aquí está la merienda». Mamá, en cambio, se queda paralizada con el cucharón de servir en la mano:

—Pero bueno, Marina, ¡mírate las rodillas!

Sí, están llenas de heridas y tierra. Me siento orgullosa. Me limpio la frente con la manga de la sudadera negra de Quiksilver falsa.

—He estado jugando al rugby con Juan y los chicos. Luego hemos hecho un campeonato de lucha libre. He ganado.

—¿Al rugby? Marina… ¡Tienes que ser una señorita!

Mamá intenta hacer una broma que no es una broma. No tiene gracia. Mi prima María parece que va a pronunciarse, pero la tía Rosa hace un gesto y la frena. Noto cómo la ira y la vergüenza suben desde mis pies al estómago y llegan a la garganta. Cierro las manos en un puño. Mi hermano Raúl puede llegar sudado, con heridas y con tierra, y no hay problema. En cambio, cuando lo hago yo, me regañan. Mamá cree que no me doy cuenta de esas cosas, pero me siento humillada delante de mis tíos y primos.

—No… soy… una… ¡señorita!

Doy un portazo y subo enfurecida a la habitación que comparto con Irene, Laura y María. Lloro un buen rato, sintiéndome atrapada en mi propio cuerpo y dejando que salga la impotencia y la rabia. Para más inri, mi familia no me ha dado la enhorabuena por ganar. Y eso que he tenido a Juan tres segundos con la cabeza aplastada en el suelo mientras los niños del pueblo nos rodeaban, coreando el «¡tres… dos… uno!» que me ha dado la victoria. Ha sido épico.

Cuando me canso de llorar, cojo una de las revistas *Bravo* que mi prima guarda en la mochila. Ya no pienso bajar a merendar chocolate, aunque tengo hambre. Me entretengo leyendo «los cinco mejores trucos para ligar este verano».

Parece que ganar el concurso de peleas y dejarle con un moratón en la pierna no me ha servido para conquistar a Juan, mi amor platónico e hijo del principal fabricante de miel de Ahedo, pero no he tirado la toalla. Sé que tarde o temprano pillará mis señales. Aún tendrán que pasar unos diez o doce veranos hasta que ponga en práctica los consejos del artículo. Una década durante la que, con

más fracasos que éxitos, acabaré aprendiendo a comportarme como una señorita célibe de la Obra.

COLEGIO DE MONJAS

Cuando me cambiaron del colegio público al de monjas tuve que llevar uniforme por primera vez. Odiaba las faldas y los vestidos, y ahora tenía que llevarlas por obligación. Papá y mamá decían que era lo mejor. Ellos siempre querían darme lo mejor, como la educación católica y el Opus Dei, que es lo mejor.

Sí, es mejor no tener que pensar en ropa cada mañana. Es mejor ir vestida como viste el resto, así no hay diferencias entre unas niñas y otras, entre ricos y pobres. «A estas edades ya empiezan a fijarse en las marcas y con el uniforme se les quitan las tonterías —argumentaba mamá ante sus amigas—. El instituto público es muy bueno, pero el ambiente para unas niñas tan pequeñas no es el mejor. Ahora van con trece años al instituto y se encuentran con chicos de diecisiete. No, no, mejor el colegio de monjas». Las malas influencias acechaban: los chicos mayores con marcas de ropa cara. Lo mejor es estar protegida.

Llevar uniforme me recordaba a los internados británicos tan divertidos y educativos que describía Enid Blyton en sus series para adolescentes: *Torres de Malory* y *Las Mellizas en Santa Clara*. Había leído todos los volúmenes de la biblioteca del club, y teníamos las colecciones en el trastero de casa. ¿Quién sabe? Quizá algún día podría incluso vivir en un internado con otras niñas en algún país lejano como Reino Unido. Eso me parecía genial. Lo que no podía soportar eran las medias y los leotardos. Se me hacían un rollo en la

tripa, se caían y necesitaba pararme cada dos pasos para subirme cada una de las piernas de las medias. A veces me ponía una braga por encima de las medias, pero notaba calor y rigidez para moverme. Era incómodo. Los chicos podían ir con pantalón. Es irónico, cuando piensas que el principal argumento para llevar uniforme es no hacer diferencias entre unos y otros. Al fin, me di por vencida: en pleno invierno mirandés decidí ir con calcetines largos, y listo. Acabas acostumbrándote al frío.

En el colegio de monjas apenas hay monjas. Deberían llamarlo «colegio de uniforme». Y quizá revisar el concepto de «uniforme». Solo tengo dos profesoras monjas, muy mayores y con mal genio. Una me riñe por pedir días libres para ir a la canonización de Josemaría Escrivá en Roma y por no hacer los deberes. Son monjas que no van vestidas de monjas, pero tampoco visten como numerarias. Las monjas visten con una ropa que parece hecha a medida para ellas, como si hubieran estado rebuscando en la montaña del mercadillo o hubieran hurgado durante horas en la ropa de bolsa hasta encontrar las prendas más pasadas de moda, más anchas y con menos estilo que quedan, y entonces dijeran: «¡Sí, justo, esto es lo que andaba buscando!». Las monjas del colegio son rancias y malencaradas, mientras que las numerarias siempre sonríen. Las clases de religión son un rollo. Yo sé más que las monjas gracias a las charlas del club, y me parece que ellas lo notan. Coincido con papá y mamá en que el club es mejor: el oratorio del club es mejor y más bonito que la capilla del colegio, los sacerdotes numerarios visten con alzacuellos y los de Miranda van de paisano, y los niños de la parroquia se saltan la misa muchos domingos y los del club jamás, ni por asomo. Hay curas de parroquias que hacen muchas colectas solidarias para los pobres, pero luego no rezan bien el credo. El Opus se toma las cosas en serio.

Descubro con horror que mis nuevos compañeros de clase no van a misa. Entonces ¿por qué van a un colegio de monjas? No entiendo. Si sus padres no son creyentes, deberían apuntarles a un colegio público. El colegio público es para cualquiera y el religioso, para los creyentes. Me gusta el orden y la organización. Por eso, el colegio de

monjas me desconcierta. María Eugenia (la Maru, repetidora, contestataria e impuntual) dice que sus padres la llevan a ese colegio porque está cerca de casa. *Mundo Cristiano* y las otras revistas católicas que lee papá en casa y que he visto en las mesas del club tienen razón: los padres no se toman en serio la educación de los hijos y son capaces de matricularles en un centro solo porque es barato o está cerca. Menudos irresponsables.

Yo sé que este colegio es concertado, así que tenemos que pedir subvención. Es un esfuerzo, sí, pero nuestra integridad física como niñas y nuestro futuro como católicas está en juego. Lejos quedan los días del cole público y de ponerme chándal para ir a clase. Mis padres están invirtiendo en mi educación y soy consciente de que no han podido hacerlo con mis hermanos mayores. Eso me convierte en una privilegiada. Además me han dicho que el instituto es más peligroso para una niña que para un niño, y más en una ciudad conflictiva como Miranda. Me voy dando cuenta de que Miranda no es un sitio seguro. Acechan los peligros, dentro y fuera del aula.

En secundaria dejamos de tener clase de Religión y pasamos a tener clase de Ética con Pedro, un profesor que no es sacerdote ni nada que se le parezca. Pedro nos explica las religiones que hay en el mundo. Descubro que hay más de una religión y que es una materia que se puede estudiar, en plural: «las religiones». Hasta ahora, todas mis clases de Religión habían sido catequesis. Sigo con mucho interés las explicaciones de Pedro. Me gusta cómo se expresa, me hace pensar y me cae bien. Me da la sensación de que es la típica persona a la que le puedes preguntar dudas, pero aún me siento un poco insegura. Busco argumentos a favor de la religión católica en mi cabeza para confirmar que mi familia va por el buen camino, pero me queda claro que debo respetar todas las creencias.

Siguiendo la línea de pensamiento de Pedro, concluyo que mis mundos —el creyente y el no creyente, el Opus y el no-Opus— pueden existir en armonía. Eso me consuela, me da un lugar donde aferrarme: hay muchas religiones en el mundo y todas caben en el mismo planeta. Respiro aliviada. Por momentos me frustra que el mundo no sea más católico, mis amigas no muestran interés por convertirse y siento que vamos perdiendo la batalla.

Pedro pone como tarea obligatoria para su asignatura el visionado de tres películas durante el curso. Veremos en horario lectivo: *El nombre de la rosa*, *A quién ama Gilbert Grape* y otra que no recuerdo. Mis padres, preocupados, consultan en el centro del Opus Dei si esas películas son recomendables para mí. Sus directores, solícitos, consultan las bases de datos de la organización y aseveran con rotundidad que al menos dos no, así que firman una nota para prohibir que participe en el visionado de *El nombre de la rosa* y de la otra película que no recuerdo.

Pedro me mira con lástima cuando va con mis compañeros a la sala donde van a ver la película mientras yo me quedo en clase haciendo deberes. *A quién ama Gilbert Grape* se salva de la quema y, quizá por ese mismo motivo, se convierte en mi película favorita hasta los diecinueve años. Que esta película se haya escapado de la caza de brujas, que haya sobrevivido al brazo invisible y censor de la organización me da una sensación de pequeña victoria: una de tres. Hay un resquicio por el que se cuela el cine. Chúpate esa. Me enamoro del cine y me doy cuenta de que mis padres tomarán decisiones consultando a los sacerdotes y directores del club. Mis padres, como yo, van al club, apuntan sus pecados en una agenda y un director espiritual de la organización les dice lo que tienen que hacer para ir al cielo y llevar consigo a sus hijos. No hay materia educativa que no pase por sus manos.

El cine se transforma en el fruto prohibido, que me da acceso a otras vidas y a otras esferas de mí misma; el cine es un terreno desconocido para mis padres, que no tienen tanta cultura cinematográfica, y donde yo puedo ir ejerciendo mi rebeldía. Nadie sabe lo que pienso ni lo que siento cuando veo películas. Es imposible que puedan adivinar que estoy enamorada de Johnny Depp. Pienso mucho en el protagonista de la película, en su vida aburrida y gris, con su familia disfuncional en Endora, «el lugar donde nunca pasa nada», del que quiere huir. Como yo, que quiero descubrir el mundo. Desde que vi la película en clase de Ética me pregunto si podré conseguirla, si podré grabarla y verla una y otra vez como hice con *Mary Poppins.* Cuando por fin aparece el eMule en nuestras vidas, mi hermano Diego me enseña a descargar de

internet. Veo *A quién ama Gilbert Grape* cada vez que estoy triste. Me obsesiono.

No veré *El nombre de la rosa* hasta muchos años después, cuando salga de la Obra. Veré también *Camino*, que cuenta la historia inspirada en Alexia González-Barros, cuya biografía conozco bien (en la versión del sacerdote opusino). Al salir de la organización, mientras estoy recuperando la capacidad de ver películas tachadas de anticatólicas por la organización y despreciadas como un ataque a la Iglesia, en el mundo se irá abriendo un debate sobre la «cultura de la cancelación». Sospecho que, mientras hablan de ello, muchos intelectuales, artistas y escritores ignoran que en España, a día de hoy, sigue existiendo esta censura velada y muchos adultos, con doctorados, amplia cultura y aún más amplias sonrisas, son los que trabajan como censores para la institución.

Ahora me doy cuenta de lo afortunada que fui al estudiar en un colegio mixto y con profesores que valoraban la cultura por encima de la ideología. No lo pensé así en mi infancia, pero tuve suerte al nacer en Miranda. En ese mismo curso me inscribí al grupo de teatro que dirigía Iñaki, mi profesor de Inglés y Lengua, el que me echó una mano cuando me vino la regla. Una vez, estando con mi madre de compras, vimos el guion de *Los lunes al sol* en una librería. Ni mamá ni yo conocíamos la película, pero pensamos que a Iñaki le gustaría porque le gustaba el cine, como a nosotras, así que se lo compramos y, de la mano de mamá, se lo regalé. Aunque mis compañeros siempre estaban a la gresca con los profesores, a mí me gustaba llevarme bien con ellos, me parecía lo normal y a mamá le gustaba que yo fuera tan buena alumna.

Me encantaba que me explicaran cosas, seguir aprendiendo fuera de clase, ir a la biblioteca, leer y hacer trabajos. Estar en el colegio era estar en un lugar seguro, lejos de los gritos de casa, disfrutando de aprender, centrada en estudiar sin la omnipresencia de Dios. Me entretenía y soñaba con salir de Miranda, hacer algo grande e importante, viajar. Creo que los profesores sabían que yo tenía algunos secretos, pero no me perseguían para que hiciera cosas o fuera a planes. En el colegio aprendí a solucionar las cosas por mí

misma utilizando mi cerebro que aún se estaba desarrollando, y lo disfrutaba.

En teatro éramos cuatro o cinco alumnos, no más. Representamos *El Gato con Botas* en el centro cultural de Miranda y yo ya sabía que no me tocaría ser la princesa, lo cual me consolaba, dada mi aversión a los papeles protagónicos y la realeza. Estuvo bien, pero no me emocionó tanto como lo haría la siguiente: una adaptación para niños de *La Vida es Sueño.* Eso sí que era teatro de verdad, profundo y oscuro, con palabras complicadas, con personajes como Astolfo, duque de Moscovia. ¡Astolfo! Qué nombre tan interesante, tan enigmático. ¿Y qué me dices de Moscovia?, ¿dónde está Moscovia?, ¿qué se come en Moscovia?, ¿el Opus Dei está en Moscovia? Astolfo, Basilio, Rosaura… eran personajes fascinantes, con una profundidad que me atrapaba: luchaban por el trono, sus vidas estaban determinadas por los astros, los reyes tenían miedo y los padres encarcelaban a sus hijos. ¡La vida misma!

Me tocó el papel del rey Basilio. Recuerdo con estupor la escena en la que debía consultar al oráculo sobre el destino de mi pueblo. Me daba miedo mi personaje, como casi todo en aquella obra de teatro. Leía el libreto una y otra vez, consciente de que esos protagonistas tenían conflictos que bordeaban la herejía. El personaje del espantapájaros de *El Mago de Oz* era muy fácil en comparación con el rey Basilio. Un compañero hacía de Segismundo y otro de Clotaldo. La otra chica que había, Laura, interpretaba a Rosaura. Como éramos pocos actores nos tocaba repetir algunos papeles.

Fuera de los ensayos, no podía dejar de pensar en las frases de Segismundo encadenado: «¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión». Los versos resonaban en mi cabeza, volvían una y otra vez a mi pensamiento y siguieron ahí durante años, en la misma zona del cerebro donde almacenaba el avemaría o los padrenuestros, sin que yo pudiera hacer nada por separarlos. Quizá un mago o un doctor puedan explicar dónde guardan las niñas sus recursos salvavidas, sus frases memorizadas y por qué unos sobreviven al paso del tiempo y otros no. En momentos de tristeza, soledad y vacío existencial, volvían a mí esas frases de Segismundo,

pero aquellas dos líneas no me daban el refugio, la seguridad y el consuelo de las oraciones. Como al rey Basilio, me inquietaban, me enfrentaban al terror: una vida sin Dios. El absurdo, la vida sin sentido, la condena eterna, las cadenas del mundo. Dios era libertad, fuera de la fe solo había tristeza, llanto y rechinar de dientes. Pensaba en Segismundo y me faltaba aire. Una chispa, una duda (¿qué es la vida?), podría hacer que toda la paja que había ido acumulando en mi cerebro de espantapájaros ardiera en cuestión de segundos.

DIOS ME LLAMA POR MI NOMBRE

Los catorce años y medio suele ser la edad estándar de entrada en el Opus Dei, elegidos entre los niños nacidos en familias que ya son parte de la Obra, como era mi caso, así que mi incorporación no fue ni sorprendente ni excepcional. Fue tan corriente que no hubo reacciones, ni resultó extraño ni suscitó ningún debate ni dentro ni fuera de la organización. Era lo normal y era incuestionable. Sucedió en Semana Santa, en 2004, durante un campamento en el Puerto de Santa María. Fuimos unas cuarenta niñas, de entre trece y dieciséis años, potenciales candidatas (sin saber que habíamos sido cuidadosamente seleccionadas). Unos meses antes, yo había hecho mi primer curso de retiro: tres días en completo silencio y oración para determinar qué me pedía Dios. Entonces, no lo había visto claro, y estaba bien así. Iba al Puerto de Santa María con la intención de conocer la famosa Semana Santa andaluza. Nada me hacía sospechar que mi vida cambiaría para siempre.

Recorrimos todas las procesiones en distintas ciudades de Andalucía, celebramos los oficios cada uno de los días santos, asistimos a una meditación del sacerdote cada mañana sobre la vocación, la muerte de Jesús, el sacrificio y la entrega, y tuvimos charlas de formación donde nos animaban a «ver qué quiere Dios de ti». Mi directora espiritual, la directora del campamento y el sacerdote me buscaban cada día para hablar. No hay un culpable único, y no di con una mala persona a la que culpar de mis males. El

engranaje funciona así y, cuando se piden responsabilidades, intentan señalarte a ti o a una supuesta persona que cometió el error de hacerte entrar ahí. Pocos se señalan a sí mismos y al sistema de presiones que engrasa la organización.

Teníamos que preguntarle a Dios cuál era nuestro propósito en la vida y encontrar las señales a nuestro alrededor. Las señales apuntaban a ser numeraria del Opus Dei, la vocación más excelsa. Se les olvidó mencionar que, por ejemplo, ser tornero fresador, podía ser una vocación, parte del plan divino y la santificación del trabajo. Las convivencias de *pitables* (potenciales niñas reclutadas) era como una yincana de la vocación, la búsqueda del tesoro que tanto les gustaba organizar a las numerarias en campamentos y convivencias, y donde ellas habían colocado con esmero cada fase del juego. Buscábamos las pistas, las miguitas, que nos iban poniendo las directoras y el sacerdote en nombre de Dios. Las mismas miguitas y pistas que, hacía no tanto, les habían puesto a ellos. La rueda sigue girando.

Había varias niñas en la convivencia que ya habían tomado la decisión de hacerse miembros unos días o meses antes que yo. No tuvimos revelaciones místicas. Fue al saber que Sara, una chica de mi edad que me parecía muy divertida y nada pija, se había hecho numeraria, cuando me convencí de que igual yo podría serlo. Quizá las numerarias no eran tan sosas como parecían, y ser numeraria podría ser guay si Sara lo era. Siempre podía seguir llevando mi sudadera negra de Quiksilver de imitación, ¿verdad?

La directora de la convivencia y el sacerdote charlaban conmigo, hasta que, nerviosa, escribí una carta donde le pedía al líder que me aceptara como aspirante a numeraria. En el fondo de mi ser, esperaba que este líder cuya cara yo aún no había visto nunca se diera cuenta de que era un error y dijera que no, desvelando el truco, igual que el Mago de Oz. El líder, aun sin conocerme, podía argumentar que yo todavía no había alcanzado el nivel de bondad y madurez requerida, que hacía cosas terribles como engullir demasiada miel dejándome llevar por la gula, no levantarme a la hora en punto movida por la pereza o discutir con mi hermana pequeña (claro signo de soberbia). Estaba segura de que escribir

aquella carta era una decisión reversible y que las directoras y el sacerdote me persuadirían para salirme si aquel no era mi sitio. Cuando vieran que yo era un fracaso, mi camino vocacional terminaría. Había sido un error de casting divino.

Llamé a mi madre desde el móvil de la directora y le informé. Fui escueta. Le dije, con ironía para quitar hierro al asunto: «A este paso, no vas a tener nietos». Fue una llamada corta, técnica, para anunciar un hecho que mis padres aceptaron igual que tantas cosas en su vida, como la voluntad de Dios a través de la Obra. «Dios sabe más», «los hijos son para Dios», «el Opus Dei tiene la mejor doctrina». Sin tristeza ni alegría, dando por hecho que estábamos contentos con la decisión y con la tranquilidad de que estábamos en buenas manos. Tampoco hicieron preguntas.

Unas semanas después de pedir la admisión, ya de vuelta de la convivencia de Semana Santa, en Miranda empecé a incorporar todas las normas en mi vida, igual que me preparé para el papel de espantapájaros. Había que ensayar, aprender un guion e incorporar las características de mi nuevo personaje. Me senté por casualidad en la cama de una numeraria y descubrí que en lugar de colchón tenía una tabla de madera. Me explicó con total naturalidad que «las numerarias dormimos en tabla». No era opcional, era un hecho. Luego, estando de compras con mi madre, cogí una camiseta sin mangas y ella me dijo que «las numerarias no llevan camisetas de tirantes». Tampoco era debatible. La miré desconcertada. Me dijo que podía confirmarlo preguntando a la directora, que me lo corroboró. ¿Cuáles eran las reglas de ese juego? Había entrado en *Jumanji* y no había cómo salir. Esperaba que apareciera Robin Williams en mi auxilio.

Saturada por la cantidad de cosas que debía o no podía hacer, y viendo cómo había cambiado mi vida de la noche a la mañana, un día le dije por primera y única vez a mi madre que me había equivocado, que quería dejar mi supuesta vocación. Supongo que fue la manera que encontré de pedir ayuda, y toda la ayuda que me brindó mi madre fue redirigir mis dudas vocacionales a mi directora

espiritual y al sacerdote del club. Es lo mismo que hacía ella. Así funciona la confianza en la organización, y así se delegan estas cuestiones. Me derivó al club, como era lógico. En el fondo, mi madre pensaba que dejar el grupo era tan fácil como abrir la puerta de la directora del club o del confesionario del sacerdote y decir: «Oye, mira, he cambiado de idea, ¡hasta luego!». Mucha gente sigue pensando así. O creen que si los padres se esfuerzan lo suficiente, conseguirán parar los pies a la institución. Los padres, y los adultos en general, suelen ser muy ilusos. Sobre todo cuando les conviene. Quizá confían demasiado en sí mismos, quizá no quieren saber cómo funciona la Obra por dentro o puede que los dirigentes del Opus Dei no den explicaciones. Es posible que todas las opciones anteriores sean correctas. Las cosas pueden ser blancas y negras, y justo entre un tono y el otro, están los grises.

Como buena hija, hice lo que me dijo mi madre. Fui a la directora espiritual y al sacerdote, pero la respuesta de ambos fue que «la vocación se ve una vez», porque es como un chispazo o una llama que hay que cuidar y alimentar para que no se apague. No podía echarme atrás ahora y dudar de aquello que ya había visto. Mi madre no volvió a preguntarme y yo no volví a sacar el tema. Resignada, acepté que esa era la voluntad de Dios, igual que aceptaba la menstruación, el frío en mis piernas durante el invierno y que mis hermanos no vivieran en casa. Hay que vivir con las consecuencias de las decisiones que se toman. Dios me había llamado desde la eternidad y yo no podría modificar los designios del Altísimo. Cualquier intento de huir era un signo de rebeldía y soberbia. No necesité volver a preguntar si me podía ir: estaba claro que no.

Santi, mi ángel de la guarda, hacía tiempo que había desaparecido de mi lado, como si hubiera delegado sus funciones en la numeraria y el sacerdote al que contaba toda mi intimidad, que me preguntaba sobre mis amigas, mi relación con mis hermanos, mis padres, mis rezos, mis mortificaciones y si me gustaba algún chico mientras yo negaba con la cabeza, muerta de vergüenza.

Después de pedir la admisión, fui a mi primera convivencia exclusiva para niñas del Opus Dei, como hacíamos todas las que

habíamos pedido la admisión. Las convivencias anuales de elegidas por Dios se llaman «curso anual». En mi primer curso anual había unas veinte chicas que, como yo, estábamos llamadas a ser futuras numerarias. A pesar de que nos llamaban «adscritas», en el lenguaje de la organización, todas nos considerábamos ya numerarias. Hice una amiga, porque las otras chicas no me caían muy bien. No estaba segura de que Dios hubiera podido elegirme a mí a la vez que a ellas. Es como si me gustara Juan, mi amor platónico del pueblo que andaba siempre por la montaña o cazando renacuajos, y además me gustara un niño pijo de San Sebastián. O te gusta una cosa o te gusta otra, no se puede tener gustos tan dispares. Dios era un amante extraño.

Como en casa me habían dejado muy claro que usar ropa de marca era de gente rica y superficial, me sorprendió la cantidad de marcas que llevaban las chicas de la convivencia, incluidas sus agendas de Jordi Labanda. No pensaba que a Dios le gustaría la ropa de marca, cuando estaba tan obsesionado con la uniformidad en los colegios. La única amiga que hice en aquel curso anual vestía con el típico outfit de «niña-club»: polo, pantalones beige y pendientes de perlas. No había muchas más opciones. La rara era yo, que iba con la ya conocida sudadera de Quiksilver y unas zapatillas de deporte color azul cielo, de la marca J'Hayber (en aquel entonces, las deportivas aún se consideraban un calzado informal, así que desentonaba bastante). Mi nueva amiga elegida por Dios como yo estudiaba en un colegio de la Obra en otra provincia, un colegio exclusivo para niñas. Yo había oído hablar de esos colegios, aunque solo los había visto durante el verano, porque allí hacíamos las convivencias y cursos anuales mientras las alumnas estaban de vacaciones. Había niñas que iban de campamento en verano a su propio colegio. El Opus Dei puede ser enorme y muy pequeño a la vez.

Mi nueva amiga sería mi compañera de litera durante los quince días que duraba el curso anual. Intuí que sus padres le habían pagado la convivencia, pero por educación no le pregunté. Mis padres no me la podían pagar. Yo había trabajado en verano en una administración, limpiando en centros para sacar dinero, que me

dieron en un sobre. Pero no está bien comparar ricos y pobres, así que deseché esos pensamientos diabólicos. Agradece lo que tienes, trabaja, sonríe y calla la boca. Ya de adolescente sabía cómo funcionaban ciertas cosas aunque no me las hubieran explicado.

En un momento de sinceridad, al poco de conocernos y cuando todavía no sabíamos que estaba prohibido hablar sobre intimidades entre nosotras, le pregunté:

—Oye, ¿tú qué harías si esto de la vocación fuera una mentira?

Dentro de mí había ido creciendo una voz escéptica que a veces me poseía sin venir a cuento. Yo misma me sorprendía al hacer esas preguntas en voz alta. Así es la adolescencia, supongo.

—Bueno, pues lo dejaría y me buscaría un novio, algún chico majo con el que casarme —me contestó ella, muy segura y resuelta, como si la opción de vivir una mentira no le causara ninguna angustia, o como si la vocación fuera un comodín intercambiable y no una llamada que determina tu existencia y tu condenación eterna.

—Ah… —me quedé pensativa—. Yo me suicidaría.

En aquella convivencia, viendo a todas las mininumerarias tan conjuntadas, bien peinadas y perfectas, solo podía pensar qué hace una chica como yo en un sitio como este. Ellas usaban el pantalón de chándal para hacer deporte o ir de excursión, como un objeto práctico de uso puntual, no como el fondo de armario que era para mí. Solo Dios podría dar explicación a mi presencia en ese lugar. Necesitaba mucha mucha fe para creerme que ese era mi sitio. Así que fui a hablar con la directora de la convivencia de aspirantes:

—Me estoy agobiando.

—Tranquila. Siéntate aquí conmigo.

La directora era cercana. Pija a más no poder, pero muy cercana. Nos sentamos en la explanada que había fuera del oratorio, en el suelo del complejo residencial donde se hacían las convivencias. Era un entorno relajado, rodeado de naturaleza. Las otras chicas entraban y salían de la capilla con sus libretas, sus rosarios, sus biografías de Alexia González-Barros, los libros internos titulados *Cuadernos* que se guardaban bajo llave y que daban a leer cuando ya habías pedido la admisión (no antes) y sus apuntes de teología.

Yo estaba abrumada con todo aquello. Estaba almacenando muchísima información de golpe y esas chicas me resultaban extrañas, alienígenas. Se unía otro pequeño detalle: el cilicio que llevaba en la pierna derecha empezaba a hacerme daño. Al principio pensaba que no sería gran cosa, pero ya me estaba empezando a resultar incómodo. Los pinchos se me clavaban en la carne, y tenía que llevarlo dos horas al día, por amor a Dios, excepto el domingo (santificarás las fiestas).

La directora me dijo que el tema de mi vocación se podría solucionar con una pequeña cuestión técnica. Quizá, en lugar de ser numeraria, debía plantearme ser agregada. Yo, como el resto de mis compañeras, no sabía mucho sobre las agregadas, y la directora me mencionó que había algunas en el club donde yo iba, en Vitoria. Me puso un par de ejemplos y no me parecieron los más atractivos, la verdad. Eran las más sosas, como si ser numeraria fuera estar en el número uno del podio y ser agregada, en el número dos. No me gustaba ser la número dos. Según esta directora, lo que me agobiaba no era la vocación (que es una «elección de Dios desde la eternidad», y «Dios nunca se equivoca»), sino las exigencias de la vida en común y mi ansia por viajar y ser independiente. Yo no entendía bien a qué se refería con la vida en común, porque aún era una adolescente que vivía en Miranda con mis padres, pero bueno, por lo visto ese era mi problema: mi personalidad «bohemia» (palabras textuales) no encajaba con las numerarias. Siendo agregada, no tendría que vivir en un centro con otras numerarias ni ver a niñas conjuntadas a mi alrededor que vestían ropa de Zara, Polo y Tommy Hilfiger. La vida sería menos rígida y podría hacer las cosas a mi manera.

Ser agregada era igual que ser numeraria —no me casaría, ni tendría relaciones, y daría toda mi vida y mi dinero a la organización —, pero podría vivir donde quisiera, con mis padres o incluso comprarme mi propia casa en cualquier parte del mundo. En aquella época, muchos españoles aún creíamos en la vida eterna, la vocación religiosa y las hipotecas.

La directora, experta en almas, guía espiritual de niñas de once a dieciocho años, no tenía dudas de que yo tenía vocación al celibato y

de que si me rendía ahora, estaría diciendo que «no» a Dios. Decir «no» es lo que había hecho el ángel caído. La Virgen, en cambio, dijo que sí. Yo ya había dicho que sí a esa llamada genérica al pedir la incorporación al grupo, si me volvía atrás ahora no sería como la Virgen, mi *role model*. Estuve a punto de negar con la cabeza porque, en cierta forma, la Virgen me recordaba a las princesas, pero no quise entrar en esa discusión. Era una pregunta retórica. Debía ser agregada.

Seguí adelante con la vocación, pero quedó para siempre en mí la sensación de regateo, como cuando iba con mamá al mercadillo de Miranda. Y yo no sé regatear: si me dices un precio, lo pago. Me ofrecen un sueldo y lo acepto. Entiendo que las cosas cuestan dinero y que si te comprometes, debes hacerlo hasta el final. Para algunos, yo seré una mentirosa, o una tonta por haberme creído la película de la vocación, o la culpa será de mis padres por no haberme sacado de ahí. Creo que tampoco les hubieran hecho caso si lo hubieran intentado, igual que si mi hermano numerario quisiera ponerse unos guantes para fregar los cacharros en un centro del Opus Dei. Hay gente, y organizaciones, que consiguen actuar a la luz del día, imponer sus normas y salir impunes. Igual yo no era tan lista como creía, pero lo que sí sé a ciencia cierta es que era menor de edad. La directora, desde luego, sí era más lista que yo y tenía amplia experiencia en la compra-venta de vocaciones.

Mientras escribo estas líneas, googleo a la directora regateadora y la encuentro en LinkedIn. No aparece foto ni descripción de su trabajo. Sé que sigue implicada en los asuntos internos de la organización, con encargos específicos, sin dar muchas explicaciones de cara al público. Encuentro su perfil en la red social X. Veo que solo comparte contenido de colegios mayores, colegios de niñas, entidades y fundaciones vinculadas a la organización. Re-post, re-post, re-post. La rueda sigue girando.

Así, con dieciséis años, ya estaba preparada para dar el segundo paso dentro del plan de incorporación a la institución, aprobado por la Iglesia, pidiendo ser agregada en lugar de numeraria. Aún estaba agobiada pero, al menos, me consolaba saber que no tendría que vivir en un centro con numerarias. No había conseguido irme, pero

había logrado un cambio. Para el Opus Dei, yo había sido un poco menos generosa de lo que debería, como aquella madre que solo había tenido uno o dos hijos. En mi cabeza había librado una bala. Me di cuenta de que, si conseguía aprender la técnica del regateo divino, podría mantener mi personalidad al mismo tiempo que escapaba del fuego eterno. Era cuestión de práctica, buena voluntad y aprender de los trileros.

Al final del curso anual, doblé la sudadera negra de Quiksilver, de la que nunca me desharía, y la guardé en mi maleta. Entré como numeraria en aquella convivencia y salí como agregada. Era igual a todas, pero un poco diferente. Dios tenía otros planes para mí. Me despedí de mi nueva amiga que, a día de hoy, sigue siendo una numeraria fiel, mientras yo —lejos de suicidarme— tengo un novio bien majo. Me consuela pensar que no estoy determinada y que mi historia no está escrita desde la eternidad.

EL ÚLTIMO VERANO

Descubrí la película *Tienes un email* por casualidad un sábado por la tarde, haciendo *zapping* mientras mis padres se echaban la siesta. Me encantaba encender la televisión, ir saltando de un canal a otro y descubrir películas al azar. Era otra época.

Tienes un email me parecía una comedia romántica distinta a las que había visto hasta entonces, en parte porque la protagonista tenía pelo corto. Meg Ryan era femenina y conseguía ligarse a un tío bueno, sensible y divertido a pesar de (o gracias a) su look. El pelo corto de Meg Ryan no solo no la hacía masculina o «chicazo» (esa expresión que suena tan desagradable en boca de mi padre), sino que resultaba incluso más guapa e interesante. Su estilo de corte no era como cuando mamá cortaba el pelo a los chicos, usando la maquinilla al uno o al dos o al tres, ni como cuando me sentaba en el salón, sacaba las tijeras y decía «por dónde te lo corto» y yo marcaba con el dedo. Meg tenía un pelo totalmente distinto a los que había visto en chicas o señoras a mi alrededor. No parecía una vieja de las que se aparecen en las paredes de las casas encantadas ni una niña a la que cortan el pelo cuando tiene piojos, tampoco parecía un chico y estaba guapísima, sin rodeos. Me encantó *Tienes un email* y quería el pelo de Meg Ryan.

Un día, después de mi clase de Inglés de los miércoles subvencionada por la Escuela Oficial de Idiomas, me aventuré a entrar yo sola a una peluquería cualquiera, cerca de la parroquia,

porque luego tenía que ir a misa de diario (norma ineludible cuando eres miembro del Opus). La peluquera estaba lavando el pelo a una señora. Yo me sentía perdida, pero era un día importante: iba a dar el primer paso para parecerme a Meg Ryan en *Tienes un email*. El siguiente paso sería vivir en Nueva York. Tiempo al tiempo.

—Quiero cortarme el pelo, cortito pero como con un poco de flequillo, con capas y las puntas de atrás así un poco disparadas, como que quede informal pero elegante al mismo tiempo.

Con quince años y siendo oriunda de Miranda de Ebro, desconocía la palabra *chic*. La peluquera asintió como asienten las peluqueras cuando una clienta les pide más que un corte de pelo (un cambio de vida), y cuando son incapaces de imaginarse lo que les estás explicando. Yo intuía que ella no había visto *Tienes un email* y tampoco quería revelar mis fuentes.

Con el tiempo y la experiencia, descubriría que cuando las peluqueras asienten en silencio y con una gran sonrisa, por dentro están pensando «ya veremos. Haré lo que me dé la gana». Las psicólogas tienen actitudes parecidas. La peluquera agarró la coleta con una mano y, animada por mi determinación y valentía, cortó por todos lados. Los largos mechones de pelo iban cayendo al filo de la tijera. Cada mechón caído me aterraba, pero a la vez me acercaba a Meg Ryan, como cuando renunciaba a las tostadas con miel para hacerme más santa. Mientras, la peluquera me preguntaba con soltura y total despreocupación si tenía novio. La experiencia y el tiempo me enseñaron que este es uno de los temas favoritos de las peluqueras. Negué.

—No muevas la cabeza.

—No tengo novio —contesté, aunque por dentro pensé: «Dios, tú me quieres más que nadie. Ya soy tuya, tengo tu amor inmenso, no necesito un novio». Ser del Opus Dei me hacía inmune al cotilleo y la vergüenza adolescente.

A mi lado, la señora que estaba ya con la cabeza lavada, con los rulos debajo del secador industrial, metió baza.

—A ver si en las fiestas de San Juan del Monte conoces algún chico guapo.

La peluquera sonrió mientras desfilaba las puntas de mi pelo

recién cortado.

—Sí, los chicos ganan mucho con la camisa de San Juan del Monte, ¿eh? Hay alguno que te parece feo, pero luego le ves con su camisa de la peña, su cubata en mano, su vaquerito… y gana mucho.

Las dos se reían. Yo aún no había estado en una peña de San Juan del Monte, aunque los había visto desfilar, y no me parecían demasiado guapos. Me parecían borrachos. ¿Estaría Meg Ryan en una peña de San Juan del Monte, comiendo tortilla en la montaña y bebiendo calimocho mientras sonaba *Paquito Chocolatero*? ¿Y la Virgen María? Yo creo que no.

—¡Ya está!

La peluquera coloca un espejo en mi nuca para que vea la parte de atrás del corte de pelo.

—Si quieres, en los pinchitos de aquí atrás, puedes ponerte cera de vez en cuando para que se mantengan rígidos.

Me miro. Trago saliva. Horror. No hay posesión demoniaca equiparable al terror de ver el resultado de tu corte de pelo y saber que tienes que salir a la calle con *eso* en la cabeza y que pasarán muchos muchos meses antes de que tu expresión facial y tu ser vuelvan a ser los que eran y la gente deje de comentar tu peinado. Peor aún si tienes hermanos mayores. Un escalofrío me recorre el cuerpo. No quiero que me devuelvan el dinero, ¡quiero que me devuelvan mi pelo!, quiero volver atrás en el tiempo y no haber entrado jamás en esa peluquería. En un segundo, me arrepiento de todas las decisiones vitales que me han llevado a ese momento y sé que en una peluquería ni siquiera Dios puede ayudarte. Los milagros y el Ángel de la Guarda están para las cosas importantes, como un cáncer, un accidente o encontrar aparcamiento, no para mis cortes de pelo. Si Dios no ha hecho una excepción con mi vocación, tampoco va a hacer una excepción con mi look de aspirante a Meg Ryan.

Parezco la hija ilegítima fruto de la unión prohibida entre María Pilar González de la Vega y un etarra. Papá siempre lo dice: «En Miranda la gente se siente más alavesa que burgalesa». Y la identidad se traduce —como es sabido— en la estética y tratamiento

del cabello, a medio camino entre lo tradicional y lo punkarra. No sé si Miranda está más cerca de ser el País Vasco que Castilla y León pero, desde luego, no es Nueva York. Miranda no es Nueva York, ¡maldita sea!, y yo no soy Meg Ryan. Fuerzo una sonrisa, pago a la peluquera y salgo disparada: llego tarde a misa.

—¡Que ligues mucho en San Juan!

La peluquera se despide, orgullosa de su hazaña. Ligar con esas pintas sí sería un milagro.

Mi amor platónico de invierno era un compañero de catequesis de confirmación, y mi amor platónico de verano era Juan, mi amigo de Ahedo, al que conocía desde niña. Durante varios años, los treinta chavales que pasábamos los tres meses de vacaciones en Ahedo hacíamos una representación teatral con bailes, teatros y números cómicos. Nuestra primera obra se tituló *Ana la de las musarañas* y trataba sobre una niña que tiene mucha imaginación. Sacamos la obra de teatro de un libro infantil y la protagonista era mi amiga María. Fue la primera obra que se hacía en el pueblo y los vecinos estaban intrigados.

El difunto Valeriano, que solía pasar las tardes de verano a la fresca, preguntaba a cualquier niño que pasara por delante: «¿A qué hora son las comedias?», y todos nos reíamos, porque preguntaba lo mismo una y otra vez. Ahedo es un pueblo pequeño, que está casi vacío en invierno y que en verano se llena de niños que se bañan en el pozo, van a caminar al campo y juegan con globos de agua. No hay mucho más. Organizar una obra de teatro bien preparada por los chavales del pueblo era el evento del verano.

Después de aquella primera actuación, pasamos una bolsa por si los asistentes querían darnos un donativo. Con el dinero recaudado nos compramos una minicadena y el primer disco de La Oreja de Van Gogh. Escuché miles de veces la canción *Pop*, soñando un futuro artístico, un mundo de viajes y actuaciones, música y arte, pero sin perder la humildad, sin olvidar mis orígenes. La canción de Amaia Montero me recordaba lo mismo que, sin tanta parafernalia ni arreglos musicales, al estilo más castellano y directo, me solía decir

papá cada vez que conseguía un premio literario o una beca para estudiar: «No olvides que tu abuelo fue pastor».

Durante tres años consecutivos preparamos distintas obras y las representamos ante nuestros vecinos, que nos daban alguna propina. Otro año, la obra fue sobre un sultán que se convierte en cigüeña, y en ella mi hermano Raúl y Juan interpretaban a los protagonistas. Con unas cartulinas naranjas y unas cuerdas, fabricamos unos grandes picos de cigüeña. La frase de mi hermana Irene en aquella obra era «quita, quita, cigüeñita» y la repitió tantas veces que acabó formando parte del acervo familiar y de las bromas que solíamos hacernos. Cuando me acercaba a ella, me echaba diciendo «quita, quita, cigüeñita» y nos reíamos, pero otras veces me decía «quita, pesada», y entonces iba en serio y yo me apartaba enseguida con un poco de miedo y culpa.

La tercera obra que representamos fue una que yo había encontrado olvidada en la biblioteca de una casa de convivencias. La obra se titulaba *Cadáveres ambulantes* y trataba sobre una institutriz que se hace pasar por otra que ha fallecido y va a trabajar a la casa de unos señores adinerados en su lugar. Todas las protagonistas eran mujeres y tenían que ir vestidas de luto. Se llevaban mal entre ellas. Uno de los personajes se llamaba Olegaria y todas tenían nombres parecidos, feos y antiguos. «Menuda obra más rara», repitió mi amiga María hasta el último día, y aún hoy lo sigue diciendo cada vez que nos encontramos. «¿De dónde sacaste esa obra, Marina? ¿No había otra mejor? ¡Hay que rebuscar a conciencia para encontrar una obra tan rara!». Aún ahora no sé bien cómo explicarle qué es una casa de convivencias, qué es una numeraria, qué es el Opus Dei y por qué no había personajes masculinos en aquella obra pasada de moda. Demasiadas explicaciones para mis amigos del pueblo, que vivían al margen de este universo.

La representación de aquel año fue recibida con indiferencia entre nuestro público fiel. Estaba claro que lo que funcionaba en el club no funcionaba en Ahedo. No resultó un éxito rotundo como sí lo fueron las obras anteriores pero, como contrapartida, improvisamos una actuación llamada *Los Enanitos*, que quedó para siempre en nuestra memoria. Yo me colocaba detrás de Juan, que estaba

sentado en una silla. Agachada, con mi cabeza muy pegada a su espalda, introducía mis manos por las mangas de su camiseta. Me cubría una tela para que el público no pudiera verme, ni yo a ellos. Simulaba ser una joroba, mis manos eran la única parte visible y servirían como manos del personaje enano que interpretaba Juan. Él, por su parte, metía sus manos en unos zapatos y, con la voz, indicaba lo que yo debía hacer. «Voy a lavarme la cara»: con mis manos cogía agua de un cubo y frotaba la cara de Juan, totalmente a ciegas.

Cuanto más torpes eran mis gestos, cuanto más exagerada era la descoordinación entre Juan y yo, más sonoras eran las carcajadas del público. Yo me reía, aún sin verlo. Oír sus risas me hacía sentir que todo iba bien. Escuchando al público, podía leer sus emociones, lo que les gustaba y lo que no. Aunque no pudiera verlos, estar ahí dentro haciendo que el espectáculo funcionara era suficiente recompensa.

Mis manos eran mi único elemento de actuación. Las movía sin parar. Como no veía más que la espalda de Juan, me dedicaba a palpar los objetos sobre la mesa, buscando un cepillo de pelo, una botella de agua, cualquier cosa con la que interactuar para dar más gracia al teatro. Iba a tientas, explotando la comicidad en cada gesto. A la vez, trataba de descifrar las indicaciones de Juan, como en un juego secreto a la vista del público. Nunca había estado tan cerca de un chico y nunca había sentido mi corazón palpitar tan rápido.

Cuando tenía cuatro o cinco años, yo había corrido calle arriba y calle abajo por ese pueblo de mi infancia, gritando a pleno pulmón: «¡Marina por Juan, Marina por Juan!», porque en mi inocencia infantil pensaba que estar enamorada era lo que te hacía gritar y salir a la calle para que los vecinos se enteraran. Con catorce años, como ya había hecho un compromiso de celibato y estaba enamorada de Dios, entendí que el amor era otra cosa: un secreto íntimo, lleno de sacrificio y renuncia carnal, que no podía gritar en la plaza. Aún conservaba dos manos para rezar. De pronto, esa tarde haciendo comedia y mímica, me di cuenta de que podía usar esas mismas manos para hacer reír. Podía reírme y ser feliz. ¿Qué más

daba el amor humano? Reír era mucho mejor. Reír escondida, sin que me vieran. Agazapada en forma de joroba detrás de Juan, le tocaba la cara con mis dedos humedecidos y me reía en secreto, con carcajadas tristes y alegres que lanzaba a escondidas.

ACTO III

WE ARE NOT IN KANSAS ANYMORE

Una de las primeras cosas que te dicen cuando pides la admisión a la Obra es que hay una mortificación, una costumbre, que no es obligatoria pero que todo el mundo hace y que deberías empezar a hacer y apuntar en tu libreta cuándo lo haces y cuándo no y confesarte si incumples la norma y en la dirección espiritual te preguntarán, no por obligarte —¡qué va!— es por ayudarte, para llevar la cuenta y acompañarte en tu camino. Esta norma o costumbre o tradición es pequeña, una tontería, pero estaría bien que empezaras a hacerlo. Es solo, simplemente que, si pudieras, estaría bien, que te ducharas cada mañana con agua fría. Siempre. Cada día durante el resto de los días de tu vida. Festivos incluidos. Como los festivos no usas la mortificación corporal para darte pequeños latigazos con la cuerda en las nalgas, ni el cinturón de pinchos que se ata al muslo, estaría bien que por lo menos te ducharas con agua fría. Es una tontería, ya ves, menuda cosa, no es nada en comparación al cilicio o el pequeño látigo de cuerdas con el que debía azotarme cada semana. Además, mucha gente se ducha con agua fría. Compara ducharte con agua fría con parir un hijo, por ejemplo. ¡No es para tanto!

Frunzo el ceño, hago memoria, y creo que no conozco a ninguna persona que se duche con agua fría, cada uno de los 365 días del año, fuera de la organización, pero seguro que podrían hacerlo si se lo propusieran o si Dios se lo pidiera. Claro, eso sí. Mucha gente se

siente capaz de hacerlo. Cuando salga de la organización y hable en público sobre la mortificación, mucha gente me dirá que no es para tanto, que no me queje, aunque ellos nunca lo hayan hecho ni una semana seguida. La vida es dura, es difícil dentro y fuera del Opus, no te quedes en esas pequeñeces. Hay gente que no tiene agua para ducharse, míralo así, tienes mucha suerte, y ya ves tú, qué es ducharse con agua fría comparado con el sacrificio de Dios Nuestro Señor o los sufrimientos de una madre parturienta. Me lo dicen incluso personas que no se han duchado con agua fría, y que, desde luego, no han sido presionadas para hacerlo.

En lugar de encender el agua caliente, enciendo el grifo del agua fría. Me enjabono y me aclaro con agua fría. Solo eso. Es muy pequeño. Un gesto que me llevará al cielo. Lo hago por Dios, no lo olvido. No es un sacrificio absurdo. Es por amor. El agua fría me ayudará a no estar mucho tiempo desnuda mirando mis tetas que empiezan a crecer y el pelo que empieza a salir en mi pubis y las caderas que se hacen un poco más anchas y los pliegues de la tripa. Tengo quince años.

Salgo de la cama calentita, me quito el pijama de manga larga y pantalón largo, el pijama rosa polar con rayas blancas que he heredado de mi hermana mayor. Saco pieza por pieza con cuidado, sabiendo que voy a entrar en la bañera: mi piel en contacto con la loza, mis brazos ya rígidos por el frío. Me miro al espejo, cubierta con una toalla y pienso: «Sí, claro que puedo hacerlo, por supuesto. Los miembros en el Opus Dei lo hacen —me repiten una y otra vez —, todos lo hacen y yo no puedo fallar en un detalle tan pequeño. Esto es parte de mi entrega, de mi vocación. Si tengo vocación, puedo. Lo hago por Dios y por el Padre». Mis ojos brillan con determinación. Esto me hará más fuerte, más disciplinada, más santa y, ya ves, ¡cuesta tan poco! No soy débil y, si formo parte de la organización como miembro célibe, quiero cumplir las normas bien desde el primer día. De hecho, mortificarse debería ser más habitual. Ducharse con agua fría te espabila en un momentito. La gente no sabe lo que se pierde.

Mascullo una oración improvisada siguiendo la consigna aprendida: «Lo ofrezco por el Padre, por sus intenciones, por el

Opus Dei». Mi sacrificio se transformará en santidad para el mundo, gracias a la comunión de los santos. Es como cuando juego al escondite en el pueblo y grito «por mí y por mis compañeros». Si un opusino como yo se ducha con agua fría en enero en Burgos, una señora se convierte al catolicismo en Kuala Lumpur. No es una teoría. No son imaginaciones. Funciona así de verdad, según la teología opusina: cuanto más sufras, más santo haces al mundo.

Cumplo años y mamá prepara lasaña, mi comida favorita. Capas y capas de tomate, queso, bechamel, pasta… Me encanta celebrar mi cumpleaños, comer tarta y beber refrescos. Solo bebemos refrescos los días de fiesta o los domingos después de misa. No hacemos una celebración con otros niños porque, si celebráramos una fiesta por los cumpleaños de los siete hermanos que somos, imagínate, ¡nos arruinaríamos! Comemos tanta lasaña que Irene sufre una indigestión.

Además, es un cumpleaños especial porque mis padres me regalan un teléfono móvil. Me voy a ir a vivir fuera, a Bilbao, y necesitaré estar comunicada. La directora del centro me ha dicho que, además de ducharme con agua fría, «sería bueno», más que bueno, «lo mejor», que pudiera estar cerca de un centro de la Obra. En Miranda no hay centros, ni familias, ni niñas opusinas como yo. No debería vivir mi vocación de agregada en soledad, aunque me haya librado de vivir en un centro. Los años de formación son los más importantes y si no cuido mi vocación corro el riesgo de perderla antes de los dieciocho años. La vela puede apagarse. Por lo que dicen, la vocación es un don que si no cuidas bien, se esfuma como la flor del diente de león, o se apaga como una llama, con un leve soplo de viento. No estoy vinculada al grupo según el derecho canónico (y mucho menos por el civil) pero «sería bueno», insiste la directora, que tuviera mejor formación teológica y espiritual. No es necesario apuntar con una pistola en la cabeza. Es mucho más eficaz hacer una propuesta que no se puede rechazar.

Al principio no me convence la idea de dejar mi casa. Se suponía que mi vida no iba a cambiar por ser agregada, pero poco a poco

corroboro que las malas influencias de Miranda pondrán en peligro mi vocación. Lo constato cuando empiezo las clases en el instituto (el temido instituto público lleno de alumnos repetidores) que mis padres han querido evitar, con peleas a la salida de clase y droga que pasa de mano en mano en la hora del patio. Yo no veo las peleas ni la droga y mis compañeros no me tratan mal, pero se intuye en el ambiente: entro de lleno en la adolescencia sin uniforme y donde los padres ya no pueden autorizar a ver películas a sus hijas. Esto es el instituto, no el colegio de monjas. La directora del centro del Opus Dei me ha alertado y mis padres también. Por lo que veo en las primeras semanas, confirmo mis peores sospechas: el mundo va a peor. El instituto ya no es lo que era. Es mejor que me vaya lejos de Miranda, aunque sea a mitad de curso. Mi alma depende de ello: si sigo aquí, algún alumno repetidor con rastas, sudadera ancha y zapatillas *Buffalo* me llevará directa al mal camino.

En Bilbao estaré bien, trabajaré con las numerarias auxiliares limpiando y cocinando para la residencia de chicos. La directora del club me asegura que pagaré mi estancia con mi trabajo. Odio las tareas domésticas y no entiendo muy bien por qué son las mujeres quienes tienen que hacerlas para los centros de hombres. Se lo pregunto a mi directora espiritual, pero me dice que así es la vocación de las numerarias auxiliares y que ellas son felices. Igual que Dios me ha pedido a mí ser agregada, a ellas les ha pedido limpiar. Y ya. La vocación es un don de Dios que explica muchas cosas; todas, en realidad. Es un argumento chantajista y que te deja desarmada: o lo tomas o lo dejas. «Es su vocación. Dios lo ha querido así. No cobran las horas extra ni los fines de semana. Hacen todo por amor. Son felices». OK. No hay más preguntas, señoría.

Me encantaría tener mi propio dinero y dejar de ser una carga para mis padres. Me encantaría tener mi dinero y viajar para conocer otros lugares. Sospecho que hay un mundo ahí fuera que desconozco. No tenemos un duro, eso está claro. No sé cuánto dinero tenemos, ni lo pregunto, pero sé que no es suficiente. Somos muchos. Aunque ya solo quedemos las dos hermanas pequeñas en casa y mis hermanos mayores se hayan independizado, seguimos sin dinero. No llega. Solo entra un sueldo en casa. Trabajar y estudiar

me hará más responsable, más adulta y, total, ya me he comprometido con Dios para ser célibe de por vida, así que trabajar no puede ser mucho más difícil que eso.

Cuando cumplo dieciséis años, papá y mamá me regalan un Nokia 5200 naranja y blanco para que podamos hablar de vez en cuando. Alucino. Es la primera vez que me regalan algo tan valioso, sólo las pijas de mi clase o las hijas únicas (para mí es lo mismo) tienen móvil. Siento que mis padres están orgullosos de que me vaya a estudiar y trabajar y apoyan mi decisión, que es digna de una persona responsable que puede tener un móvil. Por supuesto, confían al cien por cien y no hacen muchas preguntas porque me voy a un centro-residencia-trabajo del Opus Dei, no me voy a vivir con mi novio adolescente mientras curro en un McDonald's y termino el bachillerato antes de dar a luz a mi segundo hijo. Eso sería una desgracia familiar y los trabajadores sociales intervendrían de inmediato. No. Voy a vivir y trabajar en un centro de la Obra, que es buenísimo, con Dios mi gran amor y donde no se asoman los inspectores de Hacienda. Mis padres saben que en Miranda no me pueden dar la educación ideal a la que aspira la organización pero, si me esfuerzo, podré alcanzar el nivel de santidad de las niñas opusinas y reconducir el barco. Estaré bien. En el viaje a Bilbao, juego a la *Serpiente* con mi móvil Nokia.

No preguntamos por el contrato de trabajo a las directoras, si tengo derecho a vacaciones, si se pagan las horas extra, cómo funcionan los turnos, los fines de semana o cuánto pagan. La directora del club y la directora del Centro de Estudio y Trabajo donde voy a vivir durante dos años ni se molestan en dar explicaciones. Trabajaré a cambio de comida y alojamiento, eso es todo. Años después, cuando reclame mi cotización y un contrato de trabajo, negarán incluso que he trabajado ahí. Dirán que yo era una «voluntaria» y que vivía con «compañeras de piso».

Solo mi hermano, que está de visita y ha empezado a cuestionar la institución, me advirtió a mis quince años: «Que no te laven el cerebro». Me quedo sorprendida. Su mensaje es claro y directo, pero no entiendo a qué se refiere. Yo tengo mucha personalidad y criterio propio, eso del lavado de cerebro les pasará a otras adolescentes

superficiales y que salen de fiesta, no a mí. Yo estoy haciendo todo porque quiero, soy superlibre y superfeliz. Soy muy madura para mi edad. El sacerdote siempre me lo dice.

En el tren, de camino a Bilbao, ya había nacido una voz, pequeña y aislada dentro de mí. Una voz que me acompañaría durante años y años. Una voz que se fue transformando en un deseo oculto, un anhelo secreto, como cuando solo queda un trozo de tarta o lasaña, y tú lo quieres, pero sabes que no puedes decirlo en alto porque es de mala educación, o te van a mirar mal o es indigno de alguien tan generoso como tú y entonces te verían como la glotona y egoísta que eres en realidad. En el fondo, muy en el fondo de mi ser, pensaba que, tarde o temprano, una numeraria —con ese tono susurrante que utilizan mientras te agarran del codo para llevarte a una salita y charlar en intimidad, tomándose confianzas cuando acaban de conocerte— me diría: «Marina, tengo una noticia para ti. En el registro de las vocaciones elegidas desde la eternidad traspapelaron unos documentos y resulta que tú no has nacido para esto, sino para escribir o hacer teatro o lo que quieras. No hace falta que seas virgen toda tu vida, y tampoco tienes que casarte. Existen más de dos opciones. Puedes elegir la vida que te apetezca y Dios no te odiará por eso, ni serás una pecadora. Vete. Elige tu vida. Puedes ir en paz».

Me sentía como si me hubieran asignado el papel de Dorothy en lugar del espantapájaros y viviera con un constante síndrome de impostora: «¡Seamos sinceros, ya sabemos que no pinto nada aquí!». Pero no podía renegar de mi vocación divina, ni poner palabras a esa sensación. Me encontraba en una especie de estado de shock, como si me hubiera arrollado el tren de la elección desde la eternidad, con las directoras y sacerdotes como maquinistas, seguidas de los vagones de los retiros espirituales, convivencias, charlas, confesiones, mortificaciones y tantas niñas como yo hacinadas en los compartimentos de clase turista. Algunas viajaban en asiento VIP. Pasaban por encima de mí. No movían ficha ni decían: «Marina, este no es tu sitio». ¿De verdad iba a ser mi vida

así para siempre, y luego me moriría, y encima existía la posibilidad de que, si no me lo curraba suficiente, aún acabaría en el infierno?

ESTUDIO Y TRABAJO

Tengo quince años y una habitación para mí sola en el Centro de Estudio y Trabajo (CET) de Bilbao. En la mochila, me he traído unos libros que me ha dado mi hermano: *Los hermanos Karamazov, La dama de blanco* y mi favorito, que ya he leído unas tres veces, *El guardián entre el centeno.* Aún no sé —y si me lo han dicho, no me acuerdo o he decidido hacerme la longuis— que debo consultar mis lecturas, ya que los libros están catalogados por expertos del Opus Dei, de acuerdo con puntuaciones en función de su inmoralidad e ideas contrarias al catolicismo. Los miembros deben consultar estas indicaciones antes de leer un libro o ver una película. Los libros evaluados negativamente son aquellos que solo pueden leerse con permiso explícito del Padre. Hay que enviar una carta a Roma para que te otorguen ese permiso y solo los que cursan estudios internos (impartidos por la organización) en filosofía y teología pueden leerlos. En aquel momento, yo ignoraba este sistema, y me llevaba *El guardián entre el centeno* a todas partes junto a mi sudadera negra de Quiksilver del mercadillo, como un amuleto, como un recordatorio de que seguía siendo una adolescente y que tenía una vida anterior a mi vocación de agregada.

Ahora recuerdo que existe una página web que se llama <delibirs.org>, donde personas afines a la Obra reseñan y evalúan libros y películas para orientar a los fieles confusos que buscan lo mejor para sus almas. Tienen la obligación religiosa y moral de

evitar tentaciones e ideas que puedan poner en peligro su fe. Vivir en el mundo es maravilloso, pero sin olvidar que está lleno de peligros y que solo unos pocos están en posesión de la doctrina correcta para navegar la incertidumbre y son portadores del manual de instrucciones para llegar al cielo. Hay peligros también dentro de la Iglesia. La censura de esta página, igual que la de <almudi.org>, se basa en recomendaciones.

Intrigada, decido buscar la valoración de *El guardián entre el centeno.* Tiene una nota positiva, ya que solo presenta «algunos inconvenientes morales» y M. L., desde Puerto Rico, en 2016, considera que «Holden [el protagonista del libro] de vez en cuando reflexiona interiormente sobre su vida sexual con una visión equivocada». Me pregunto si harán reseña de este libro, de mi obra, y si considerarán que mi visión de la sexualidad estará equivocada también. Existe el matrimonio infantil… ¿y el *celibato infantil*?

Holden Caulfield es un muchacho complicado. Ha sido expulsado de varias escuelas y sus graves problemas emocionales y psicológicos agudizan las típicas conductas rebeldes de la adolescencia. Sus compañeros en la escuela son muchachos bastante frívolos y no se aprecia en ningún momento verdadera amistad. Cuando sale de la escuela, intenta canalizar su depresión buscando compensaciones con mujeres y con el licor. Holden de vez en cuando reflexiona interiormente sobre su vida sexual con una visión equivocada. Contiene pasajes escabrosos y un contexto general, pesimista y negativo.

M. L. (Puerto Rico, 1016)

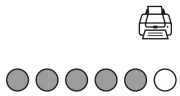
El guardián entre el centeno

[*The Catcher in the Rye*] SALINGER, Jérôme David
Año: 1951

Género: Literatura
Público: Jóvenes
Tags: Literatura

Editorial: Alianza Editorial
Año de publicación: 2016
Páginas: 208

Valoración moral: ?



Género: Literatura

●●●●●● Sin inconvenientes.

●●●●●○ Algunos inconvenientes morales.

●●●●○○ Presenta pasajes de cierta entidad contrarios a la fe o la moral.

●●●○○○ Presenta pasajes escabrosos o un fondo ideológico general que puede confundir a personas con una escasa formación cristiana.

●●○○○○ Abundan los pasajes escabrosos o un fondo ideológico contrario o extraño a los valores cristianos.

●○○○○○ Por sus contenidos explícitos, la obra contraría la fe o la moral de la Iglesia católica o el cristianismo en general.

Calidad literaria:

Recomendable:

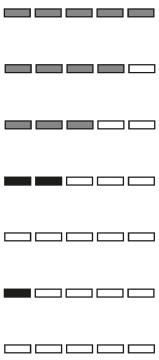
Transmite valores:

Contenido sexual:

Contenido violento:

Lenguaje vulgar u obsceno:

Ideas contrarias a la doctrina de la Iglesia:



La calificación de las distintas categorías proviene de la opinión de los colaboradores de Delibris

No parece posible vincular a los autores de las reseñas de <delibris.org> con el Opus Dei, ni con ninguna asociación en concreto. Cualquiera diría que la página web la ha montado un club de lectura de señores católicos jubilados que se entretienen catalogando cada uno de los libros de la faz de la tierra, mientras abanderan la fe católica como criterio para determinar qué libros son adecuados y cuáles no. Me pregunto para qué sirve una página así,

sin publicidad, sin más finalidad que el altruismo de guiar a los fieles. Me pregunto quién consulta esta página y si alguien más sabe que existe. Supongo que los directores de los colegios, los padres que acuden a los centros y los profesores de universidades de la Obra. Solo acudirán a esta fuente de sabiduría aquellos que, en pleno siglo XXI, siguen atemorizados por el veneno que encierran los libros.

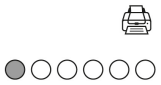
Una amiga me dice que ha visto la reseña del libro *El cuento de la criada* y me encuentro esto: «Por sus contenidos explícitos, la obra contraría la fe o la moral de la Iglesia católica o el cristianismo en general». La evalúan con un punto. Adalides de la Iglesia.

El cuento de la criada

[*The Handmaid's Tale*] ATWOOD, Margaret

Género: Literatura
Público: Not determined

Valoración moral: ?



La habitación del CET es pequeña, parecida a una celda de monja. Detrás de la puerta hay un lavabo minúsculo con un espejo y un armario empotrado al lado. El cabecero de la cama lo corona una cruz con un Jesucristo crucificado y, en la pared junto a los pies, cuelga una imagen de la Virgen María. Hay una mesa pequeña y unas estanterías. Si me subo a la mesa, puedo asomarme a una ventana estrecha y alargada desde donde se ve el mar. Echo de menos los grandes ventanales de mi habitación de Miranda que dan a las vías del tren, donde paso las tardes viendo cómo pasa un convoy cargado de coches y se va, cómo llega un tren de pasajeros y se va, cómo nieva sobre las vías que se cubren de blanco con la nieve intacta, virgen e impoluta, que desaparece cuando llega el

verano. La ventana en el CET es estrecha y alta, me impide ver gente y movimiento. Estamos un poco en mitad de la nada, en lo alto de una colina rodeada de montañas, pero la ventana da al mar. Es maravilloso ver el azul del cielo y el azul —más brillante, mágico— del mar. Es una buena ventana para inspirarme y soñar. Aunque sea pequeña y tenga que subirme a la mesa para mirar a través de ella, es una buena ventana para una chica nostálgica y con ganas de escribir. Sería una ventana perfecta, de hecho, si no fuera por los barrotes.

El CET es una casa enorme, con un jardín verde alrededor, y tiene tres plantas. Hay que caminar quince minutos y subir una cuesta para llegar a la boca de metro. En la primera planta, a la altura de la calle, está el club para las niñas que vienen a estudiar entre semana. Hay varias mesas grandes de madera para el estudio, una biblioteca con la colección de enciclopedias Gredos y libros clásicos de Miguel de Cervantes en papel de Biblia. A veces los cojo para ir leyendo en el metro. No están mal, pero echo de menos la colección desestructurada, basada en gustos de cada uno, caótica y sorprendente de mi casa, donde cada uno va dejando sus adquisiciones en las estanterías para que otros las disfruten. Así me leí la colección entera de Puck, los de Julio Verne, la saga de Harry Potter y los libros de fantasía y romanticismo de mi hermana pequeña. En el CET nadie lee, solo la directora hojea el periódico los fines de semana.

En la segunda planta está la cocina, de tamaño industrial, con un gran lavaplatos, las islas de metal donde trabajo picando verduras, los enormes fregaderos donde trabaja la administradora (una numeraria encargada de supervisar a las residentes y a las numerarias auxiliares) y el horno con varios estantes.

El primer día, según llego, me dan el uniforme de trabajo. Me toca hacer lonchas de embutido en una máquina como la que he visto en la carnicería de Miranda, pero que nunca he utilizado porque en casa compramos el embutido en los packs envasados al vacío. Con paciencia, una numeraria auxiliar me explica cómo funciona la máquina: el disco marca los milímetros de grosor de cada loncha, tengo que colocar el bloque de queso o de jamón sobre la placa

lateral y cuando dé al botón «on», el disco comenzará a girar. La cuchilla irá cortando las lonchas. En cuestión de segundos, me hago un corte en el dedo pulgar y la sangre sale a borbotones. Doy un gritito, no muy alto. No quiero que piensen que no sé hacer el trabajo. No quiero que se den cuenta de que mi torpeza es congénita. Intento que parezca un accidente impropio de mí, pero me da la sensación de que las numerarias auxiliares no son tontas, ya han visto pasar a muchas chicas por ahí: sí, soy torpe. Se me nota. Sé que se me nota, sé que lo saben. Es perceptible por mi manera de andar y mi manera de coger los cuchillos. Queda claro cuando organizo el espacio de trabajo y cuando me tropiezo con el carro donde están los cruasanes recién horneados. Las numerarias auxiliares me miran con cariño, y confirmo que Dios no me ha llamado a ser una de ellas, lo cual (seamos honestos) es un alivio. Qué bien elige Dios las vocaciones desde la eternidad, se nota que tiene un departamento de recursos humanos especializado.

La encargada del trabajo en el CET me pide que pase una de las bandejas con los cruasanes calientes, inflados y relucientes. La cojo, sin darme cuenta de que la bandeja aún está quemando. Doy un grito, ahora es un grito alto y de verdad, instintivo. Todas se giran. Corro a meter la mano bajo el grifo de agua fría, pero las yemas de los dedos se inflaman.

Más tarde, en el comedor (que está en la segunda planta, junto al planchero donde un año después trabajará mi hermana pequeña), la directora me dice que lo deje por hoy. Me venda los dedos —menos el pulgar, que ya tenía una tirita por el corte con la máquina de cortar fiambres—, y me pide que vaya a mi habitación a descansar un rato.

De camino a la habitación, entro en el oratorio, una capilla igual a la del club de Vitoria y a la de los colegios donde voy de convivencias. Rezo un poco para tranquilizarme y pedir perdón a Dios por mis cagadas del día. Subo a mi cuarto, en la tercera planta. Hay otras chicas que no son del Opus Dei pero que, como yo, viven en el CET para pagarse los estudios. Me recuerda un poco a *Torres de Malory*, como tanto me gustaba, pero trabajando para cubrir los gastos. La casa-residencia-centro-de-trabajo tiene ese gusto

romántico y literario de vivir en un internado con otras chicas alegres y traviesas, pero con la contrapartida de que puedes rebanarte un dedo. Será mejor que me quede con la parte literaria y romántica si quiero sobrevivir, y que intente hacer bien el trabajo.

En el CET hay una habitación pequeña, una salita que suele estar vacía. Me doy cuenta al poco tiempo, husmeando detrás de las puertas. Está en la primera planta, apartada de la zona del estudio y del club. Es una sala pequeña, con una ventana (con barrotes) que da al jardín de la entrada. No hay muebles, solo una silla, una mesa desnuda y un ordenador viejo con la torre de la CPU en el suelo. No he visto a las numerarias auxiliares usar el ordenador, y apenas se menciona la existencia de ese objeto tecnológico abandonado.

En Miranda, el tío Ángel, uno de los hermanos de mamá, nos había regalado un ordenador que colocamos en la habitación de los chicos. Luego, creo que Álvaro consiguió un ordenador mejor cuando empezó la carrera de Informática, y lo puso en el salón para que cualquiera lo pudiera utilizar. Mamá nos enseñó a escribir a máquina con los dedos bien colocados, porque ella había hecho un curso de mecanografía cuando era joven y se siente muy orgullosa de su número de pulsaciones por minuto y su práctica con el Accu-type. A mí me encantaba demostrar mi talento escribiendo a toda caña sin mirar el teclado. En el colegio de monjas nos habían enseñado a usar el ordenador y un día, en clase con una amiga, entramos en el chat de Terra para hablar con desconocidos a los que no llegamos a ver. Uno de ellos decía tener nuestra edad y vivir en Vitoria. Nosotras nos hacíamos pasar por un alter ego llamado Eustaquia y asegurábamos tener 43 años. Era divertido. Me gustaba el ordenador y era genial que existiera ese fenómeno que acababa de aparecer, que llamaban *internet* y conectaba a gente desconocida y permitía crear identidades falsas.

A veces, en secreto y sin pedir permiso a la directora que siempre estaba al acecho, me escabullía hasta la primera planta y me refugiaba en la sala del ordenador. Quería estar sola y escribir. No pensaba que la escritura podía ser una vocación y había que cuidarla

para que no se perdiera. No hacía falta que me lo dijeran: era orgánico, natural y lo necesitaba igual que comer para sobrevivir. Escondida en la sala del ordenador, abría un documento Word en blanco y empezaba a teclear. Un día, por curiosidad, busqué información sobre la visita del papa a Valencia para la Jornada de las Familias que se aproximaba. Ya no escuchaba la radio en el desayuno, como solía hacer en casa, acompañada del magacín matutino de la Cope, ni veíamos las noticias. Me sentía desinformada y desconectada. Y eso que yo, con catorce años me había unido a la huelga contra Aznar y, junto a dos amigas de clase, habíamos hecho pellas para plantarnos ante la sede del PP y gritar «no a la guerra» en 2003. Echaba de menos el mundo exterior.

Me apetecía saber cuándo iba a llegar el papa, cómo estaban siendo los preparativos, qué comentaba la gente… Curiosear. Con un par de clics, aterricé en un foro que se llamaba *jo no t'espere*. No sabía valenciano, por supuesto, pero entendí que había muchas personas en contra del papa. Yo estaba deseando ir a verlo pero, por lo visto, había gente en España que odiaba al papa. Algo no cuadraba.

Antes de darme cuenta, me enzarcé en una discusión en uno de los hilos del foro. Había que ser mayor de dieciocho para participar, pero mentí en las preguntas del filtro. Empecé a debatir con un internauta que parecía ser un señor mayor, aunque perfectamente podría ser Eustaquia de 43 años, de Vitoria, que se oponía al gasto público en la Jornada de las Familias y daba argumentos contundentes para exigir que se cancelara el viaje. No recuerdo qué decía el forero y qué decía yo. Recuerdo que aquella conversación me obligó a pensar, me obligó a escribir párrafos muy largos y, a mis quince años, necesité responder muchas preguntas que no me había hecho, buscar argumentos de algún lado, para defender al papa y a la Iglesia. Recuerdo sentir que era mi deber, que Dios estaba de mi lado y que Benedicto XVI estaría orgulloso de mí. Recuerdo que la discusión fue respetuosa y que no hablé sobre lo que había pasado aquella tarde en el foro valenciano. Supongo que, mientras los adolescentes de mi edad usaban internet para ver porno a

escondidas, yo estaba peleándome con desconocidos y empezando a desentrañar la compleja relación entre Iglesia y Estado.

Estuve un buen rato enganchada al foro, leyendo comentarios y pensando. Se me hacía tarde y me tocaba el turno de trabajo de noche, en el que preparábamos la cena para los chicos de la residencia y luego fregábamos sus cacharros. Eran los mismos chicos de la residencia cuyas habitaciones limpiábamos las chicas del CET. A ellos, como al señor del foro, tampoco los había visto. Sin embargo, había hablado más con un supuesto señor de Valencia en la plataforma *jo no t'espere*, que con los chicos que vivían puerta con puerta en la residencia de al lado y a los que lavaba los calzoncillos cada semana. Durante los días siguientes, y mucho tiempo después, mientras trasladaba el carro lleno de comida por el largo pasillo que conectaba la casa de los chicos con el CET, mientras la numeraria abría y cerraba puertas con llave, mientras limpiaba el suelo con la gran máquina de lavado industrial y mientras me duchaba con agua fría antes de ponerme el uniforme de trabajo, pensaba: «Hay gente ahí fuera, desconocidos, con una opinión distinta a la mía. No les odio y no me odian. Puedo hablar con ellos gracias a internet». Y eso, aunque ahora suene peligroso, podía ser bueno.

MI PAPÁ LO ARREGLA TODO, TODO Y TODO

Los peores miedos del Opus Dei son el sexo, el demonio y el comunismo, y no necesariamente en ese orden. El hijo pequeño del comunismo es el socialismo. Por tanto, no es de extrañar que en los gobiernos del Partido Popular haya habido ministros pertenecientes al grupo. Durante mis años en la institución, a pesar de que la retórica opusina defendía una neutralidad política en su discurso público y social, se hablaba de manera natural sobre estos políticos y se les ensalzaba. Nadie esperaba otra orientación ideológica por nuestra parte que no fuera la de derechas: conservador en lo moral, liberal en lo económico. Era así, sobre todo entre las más jóvenes, hijas de supernumerarios que han recibido buena formación. Pronto me di cuenta de que el tema del aborto era un envoltorio político, una excusa para defender a los partidos de derechas y que, en el fondo, estaba el miedo profundo, el terror constante a *Papá Estado*, de quien hablaban como si fuera una persona real, un Frankenstein fabricado por los científicos locos hijos del comunismo anticlerical que venían a matar niños y a adoctrinar a los supervivientes. Yo era antiabortista, pero crítica con el Partido Popular, que consideraba interesado y oportunista. Nunca expresé mis críticas en alto, por supuesto.

Papá Estado se manifestaba en la ley de matrimonio homosexual de Zapatero, en la ley antitabaco que iba a reducir nuestras libertades y en la intervención estatal en fundaciones, colegios y

universidades católicas privadas. Papá Estado quería abolir la iniciativa de los padres que, por decisión propia y genuina, sin alicientes de ningún tipo, por generación espontánea, montaban colegios segregados por sexos y los ponían en manos de directores, capellanes, profesores, tutores y los financiaban con donaciones y herencias del Opus Dei. Colegios que afloraban como setas dando trabajo a miles de numerarios, y que cobijaban a niños-adscritos que podrían pedir la admisión con catorce años. Desde su punto de vista, la institución no genera dependencia económica, ni corrupción, ni crisis de deuda. La Obra es el buen padre, el proveedor que da la mejor educación a sus hijos para que sigan la carrera de la meritocracia y, como en una empresa familiar, recoloca al que haga falta siempre y cuando sea fiel. Fiel al Padre. A tu padre supernumerario. Al padre Dios, el Dios verdadero que no se junta con rojos ni ateos ni gays ni otros lobos con piel de cordero que buscan la destrucción de la humanidad. La Obra es el buen padre que viene a salvar al mundo, o la madre que acuna al bebé dependiente. Para eso fue creado por Dios, a través de Escrivá, llamado internamente «Nuestro Padre».

En cambio, Papá Estado es el mal padre. El padre que malcría a sus hijos. Papá Estado te llena de becas sin que tengas que dar un palo al agua, sin necesidad de esforzarte lo más mínimo. Papá Estado mantiene a los pobres, a los vagos e inmigrantes. Papá Estado no ayuda al crecimiento de la economía ni apoya la iniciativa privada, que es la que saca adelante el país. Papá Estado no ayuda a los empresarios ni a los colegios impulsados por los padres, ni a las universidades que aportan un bien a la sociedad, ni a las familias numerosas que traen hijos blancos y cristianos al mundo.

Sin embargo, mientras no dejo de escuchar las críticas a Papá Estado, viajo a mitad de precio en el tren que recorre Bilbao, Miranda de Ebro y Pamplona hasta los dieciocho años, mis hermanos y yo estudiamos en los colegios públicos sin pagar un duro y vivimos en una vivienda de protección oficial. Cada año, antes de empezar el curso, nos sentamos con mamá para rellenar las solicitudes de becas y ella nos va guiando con paciencia, igual que nos enseña a cocinar o poner la lavadora y doblar la ropa. Son actividades de

supervivencia en una familia numerosa. Con doce años, ya sé que las solicitudes de beca deben completarse con letras mayúsculas, el estado civil de mis padres es «casado» y tengo que marcar la casilla «ama de casa» cuando me pidan indicar la profesión de mamá. ¿Número de hijos? Siete, sin titubear. ¿Edades? Me las sé todas, de carrerilla. Es muy importante entregar las solicitudes a tiempo, porque Papá Estado tiene unas fechas estrictas. No es un padre al que puedas llamar un día cualquiera y decir «oye, estoy pelado, ¿no podrías hacerme una transferencia?», Papá Estado no está siempre disponible y no distingue si eres Marina Pereda o Antonia Ruiz. No sabe nombres y apellidos, solo mira los ingresos familiares anuales, el número de miembros, las edades, los cursos y, cuando soy más mayor, el expediente académico.

Conforme pasan los años, me pregunto qué opciones habría tenido mi familia sin Papá Estado y si papá solo, papá a secas, el único padre de carne y hueso que conozco hasta el momento, con su sueldo de contable en una empresa de conservas en Miranda de Ebro, sin estudios superiores, y si mamá, ama de casa y sin la ESO terminada, podrían hacerse cargo de los gastos de siete hijos. Leo revistas como *Mundo Cristiano* (que está siempre en la mesita del comedor) o *Telva* (en las mesitas del salón de los centros). Sus columnistas dicen que Papá Estado hace inútil a la sociedad y me pregunto si esos autores conocen familias como la mía, pobres y tan católicas como las suyas. No estamos tan lejos unos de otros. Puede que esos columnistas coincidan con mis padres en retiros espirituales o incluso en misa. Seguro que sus hijos han estudiado conmigo en la universidad o hemos coincidido en cursos anuales. Creo que ciertos padres y familias de la Obra no ven a padres como los míos y prefieren pensar que es gracias a ellos y su generosidad (y no gracias al presupuesto público) como las familias pobres salen adelante. Tenemos que estar agradecidos con la organización y sus benefactores, y seguir desconfiando de lo público.

Conforme crezco, me repiten mil y una veces en charlas, tertulias y clases de teología que hay que rezar mucho por los colegios y fundaciones. Que hay políticos que «no nos entienden» y que necesitamos aportaciones económicas individuales. Los gobernantes

necesitan visión sobrenatural, no basta con la democracia de las urnas y con que nos respeten. Deben entendernos, hacerse cargo de la excepcionalidad de nuestra institución para poder financiarnos. Incluso hay en el Vaticano gente que no nos entiende. Somos unos incomprendidos. Poco a poco, confirmo mis sospechas: sin Papá Estado, no podría existir Papá Opus.

Papá Opus concede becas a quien elige, a través de sus fundaciones y asociaciones, colegios y universidades, con criterios propios e incuestionables (para eso son becas privadas) y consigue dinero de bancos donde trabajan miembros de la organización. Papá Opus persigue conciertos públicos para sus colegios y anima a sus miembros a «rezar» y «hacer presión» para que las comunidades autónomas vean la importancia de que estos colegios católicos que siguen su ideario sigan siendo asequibles para familias pobres. ¿De dónde, si no, sacarían alumnos y vocaciones?

La palabra favorita de Papá Opus, la palabra mágica que abre las carteras de los donantes y el alma de los niños, es «personalizado». Las tutorías de los colegios son personalizadas y las becas se otorgan de acuerdo con circunstancias personales. Papá Opus no tiene fechas publicadas en boletines oficiales ni admite reclamaciones. Uno puede matricularse más tarde en la universidad o en el colegio, es posible recibir una beca a mitad de curso gracias a un donante anónimo y toda su estructura se basa en los miles de personas buenas y generosas que hay en el mundo y que, como en una gran familia feliz, donan sus herencias y sueldos para becas. Becas para sacerdotes (que hacen un mundo mejor), becas para adolescentes (que asistirán a las convivencias y cursos anuales) y becas para universitarios (que están obligados a vivir en pisos o colegios mayores asociados a centros del Opus Dei). Yo me pregunto si tiene más dinero Papá Estado o Papá Opus porque, desde luego, a Papá Opus le puedes llamar en cualquier momento y, si te has portado bien y eres fiel, te echará una mano.

El papá que menos tiene, en toda esta lucha de padres proveedores, de eso estoy segura, es el mío. Y el de tantas familias como la mía.

Las reconozco a la legua, nos entendemos con la mirada. Las hijas de los supernumerarios pobres saben rastrear becas. A veces pido dinero a papá y me dice: «Marina, no hay. Apáñatelas». Otras veces, en cambio, me dice: «Mira a ver cuánto hay en el sobre». El dinero se comparte en casa. Papá deja un sobre a buen recaudo donde, si alguien necesita algo solo tiene que pedir permiso y cogerlo con confianza. Somos responsables y nos damos cuenta de cómo, semana a semana, va bajando el dinero del sobre. No hay secretos.

Un día, mamá viene a hurtadillas a mi habitación:

—Te he comprado el nuevo libro de Gloria Fuertes, el de *Diccionario Estrafalario*. No digas que te lo he comprado. Que no lo vean tus hermanos. Es caro. Es una excepción, ¿vale?

Asiento. Será nuestro secreto. Lo ha sido hasta ahora. ¿Podría existir Mamá Estado?

EL COLEGIO DE CHICAS

Es la primera vez que estoy en un colegio de chicas. No veo hombre alguno a varios metros a la redonda, exceptuando al sacerdote, que parece tener unos cincuenta y siete años (quizá son treinta y cinco en realidad… soy una adolescente y no sé calcular edades). El sacerdote está medio calvo y suele encerrarse en el confesionario del colegio en la planta de arriba. El colegio solo tiene clases de bachillerato y de FP. Es decir: es un colegio para pobres, repetidoras y chicas que no acaban de encajar en el colegio «bien» del Opus Dei. Deduzco que las mujeres miembros de la organización que dan clases en el colegio buscan vocaciones de numerarias auxiliares y agregadas, no de numerarias y supernumerarias. Cada colegio tiene su *target*.

Este es el colegio que recoge las sobras del colegio grande, bonito y pijo. Aquí todas venimos porque tenemos beca, porque contamos con algún tipo de subvención pública o porque algunos padres no se sienten seguros llevando a sus hijas a un colegio pijo de la Obra. Este colegio parece más variado, menos elitista, más humilde, menos fanático, donde las niñas no pasan los fines de semana en su segunda casa de veraneo. Y lo es. Me pregunto si soy la única chica con beca completa, y si la gente de clase sabrá que no he pagado ni un duro de matrícula porque la directora del club de Vitoria se ha encargado de eso. Ni mis padres ni yo sabemos de dónde sale el dinero ni cómo se paga el colegio, no hacen reunión

de padres con la directora y tampoco existe el AMPA, como yo estaba acostumbrada a ver en los colegios de Miranda.

La directora del club me dice que estudiar en este colegio es una gran oportunidad, he tenido muchísima suerte porque un donante anónimo ha hecho una aportación económica generosa y como el colegio necesita buenas estudiantes que den ejemplo con sus notas y con su vida, mi misión es estar agradecida, mantener mi buen expediente y arrastrar a otras niñas a la santidad. No tengo que pagar la matrícula del colegio, solo tengo que ser un ejemplo. Estoy acostumbrada a ser un ejemplo, es fácil para mí. Entiendo sin necesidad de explicación en qué consiste ser ejemplar: obedecer, rezar, estudiar, hacer apostolado, caer bien, ser buena.

Seré la primera en la familia que estudia en un colegio solo de chicas. Tendré la educación exquisita de las niñas bien a cambio de cero euros. Estoy agradecida y me siento privilegiada. Me han dado la beca porque soy responsable y estudiosa, y Dios quiere que sea una buena agregada. Me lo merezco. Puede que, incluso, me sienta un poco mejor que los demás, una chica con una exigencia y madurez superior a la media.

Como llego en octubre, con el curso empezado, no tengo la falda del uniforme lista. Me pongo la parte de arriba, un polo, con un pantalón verde estilo cargo y unos zapatos negros. Me veo feísima con los colores amarillo y verde. No entiendo por qué tengo que llevar uniforme en bachillerato, cuando en mi colegio de monjas lo quitaron durante la secundaria, pero entonces recuerdo que tengo una beca. No debería quejarme, mis padres ni siquiera han tenido que comprar el uniforme porque he heredado una falda de una antigua alumna, más alta y gorda que yo.

Aparezco el primer día con mi pelo corto, con el que pretendía ser Meg Ryan. Un pelo que no solo fue un fiasco desde su concepción, sino que pasó a esa fase terrorífica en la que ha empezado a crecer. Aún no está largo ni tiene ondas, sino que se va creando una pequeña melena informe, que no es tan corta como para decir que llevas pelo corto ni tan larga como para hacerte una coleta. El pelo está a una altura incómoda, por encima de las orejas, esa altura que mi amiga Macarena definió, llorando de risa muchos

años después, como «de paje o de fraile». Macarena se apiadó de mí en cuanto me vio entrar por la puerta. Pensó, «ay, esta pobre pringada» mientras yo sonreía con timidez, disimulando mi ortodoncia.

En parte, aunque odiaba el uniforme, me sentí aliviada al ver que todas vestíamos igual: volvíamos a ser niñas. Eran niñas de mi edad, no les importaba llevar falda con dieciséis años. Nada me recordaba a Miranda ni al instituto. Dentro de mí, volvía a tener doce años, como cuando llegué al colegio de monjas, pero ahora el Opus Dei había colonizado cada espacio de mi vida (casa, colegio, ocio) y me sentía protegida por Papá Opus a pesar de estar en un lugar desconocido. Había un aroma familiar, como si fuera a pasar una temporada con unos primos lejanos ricos, que me dejaban más libertad si cumplía con sus normas absurdas y no cuestionaba los protocolos de cara a la galería. Como toda familia rica que se precie, no dejaban de recordarme que eran ellos los que me habían abierto las puertas de su casa.

En Bilbao, una nueva ciudad, podía empezar de cero y encontraría más chicas como yo. No encajaba en Miranda, eso era evidente. Tenía claro que ya no podría irme de la Obra, pero cada vez que me sintiera mal, podría escapar a otra ciudad. Solo necesitaba una beca y a Dios de mi lado. Ni siquiera mis padres podrían retenerme, y tampoco el dinero, si estaba dispuesta a sacrificarme, a trabajar, a seguir las normas y no rebelarme. La organización es la mano proveedora, el genio de la lámpara que hace posible lo imposible, llamándolo milagro, vocación o beca.

Una de las cosas más aterradoras de mi experiencia en un colegio del Opus fue constatar una realidad que, para los niños que han ido a estos colegios es lo más normal del mundo: muchas profesoras eran numerarias, las mismas numerarias que luego te encontrabas en el club o en las convivencias de verano, o que actuaban como directoras espirituales de las niñas.

Igual que en el siglo XIX una ardilla podía recorrer España saltando de árbol en árbol sin tocar el suelo, una niña podía tener

como tutora del colegio y profesora de Matemáticas a su directora espiritual, que luego podría transformarse en su directora del centro y, además, ser la directora espiritual de su madre para, unos años después, convertirse en la portavoz de la organización que saldría ante las cámaras para negar todas las acusaciones de abuso psicológico y captación de menores. Además, si tenías suerte, podía ser tu tía o tu hermana, o tu cuñada. El entramado perfecto para que circulen los secretos, los contactos y se expanda el control como el fuego en un trigal.

En el mundillo Opus, todos se conocen más o menos. Quizá tu madre ha coincidido con una numeraria u otra supernumeraria con ocho hijos en un retiro espiritual o en una convivencia. En el Opus Dei circulan anécdotas, rumores, historias sobre familias bien que acaban en desgracia, sobre conversiones y enfermedades que acechan a niños santos, pero queda la sensación de que es una comunidad donde no nos conocemos en profundidad, vuelan los chascarrillos y las anécdotas, los apellidos circulan de centro en centro y los wasaps llenos de cotilleos se disfrazan de oración. «Reza por Loreto Díaz. Su marido la ha dejado por su secretaria, que está embarazada de un niño discapacitado. Que Dios le dé la gracia de seguir amando a su marido y perdone sus errores de hombre débil. Loreto, sé fuerte». ¿Cuántas veces podrías encontrarte en tu vida, en distintas fases y lugares, con la misma persona? ¿Cuánta información tiene gente desconocida sobre ti y tu familia? «Rezad por la hija de Paqui, que ya no es numeraria y como la han echado del colegio ahora está muy rebotada. Por lo visto Dios castigó su infidelidad dándole una enfermedad. Oremos al Señor».

En este colegio entendí que había que llevarse bien para evitar problemas a largo plazo. No hacía falta que me lo explicaran. Cuando eres la alumna con beca, entiendes cómo funciona el mundo de los negocios, la *socialité* opusina, el hormiguero donde se trabaja en pos de un mismo sueño y cobrando de un único puchero. Fue un entrenamiento útil que me preparó para mi siguiente destino (beca mediante): la Universidad de Navarra. La Obra es muy grande y muy pequeña a la vez, como suelen serlo la burguesía, el *networking* y los laberintos.

En aquel colegio, mi libro de filosofía consistía en un cuaderno autoeditado en el que se hacía un resumen de lo que entraba en selectividad y se explicaban algunos conceptos básicos. La profesora era muy inteligente e inspiraba mucha autoridad. Siempre me sorprendió que el libro de esta materia no se comprara en una librería ni perteneciera a una editorial, como mis libros en los colegios anteriores, incluido el de monjas. En esta asignatura, el material de estudio se componía de un taco de folios escritos en tipografía Comic Sans, imprimidos y unidos por una espiral en el lado izquierdo. Lo había fabricado la misma profesora.

En mi inicio de curso, eché de menos la rutina familiar, yendo a encargar los libros de texto en la tienda de toda la vida, comprar el plástico para forrar los libros, jugar con los dedos pegados con celo. Eché de menos el olor a libro nuevo, hojear las páginas antes de clase y las secciones que decían «¿y tú qué piensas?» o «curiosidades». El taco de folios encuadernado no inspiraba mucha reflexión filosófica. Inspiraba, más bien, «esto es lo que hay».

MI OBRA

Desde los quince a los diecisiete años, después de recibir clases en el colegio asociado al Opus Dei voy al club donde me confieso con un sacerdote y acudo a la formación para agregadas; después, cojo el metro y subo la cuesta hasta llegar a la casa Centro de Estudio y Trabajo, propiedad de una entidad vinculada a la organización, donde vivo y trabajo. En mi segundo año, la directora sugiere que, en lugar de trabajar limpiando y cocinando con las numerarias auxiliares, sustituya algunas horas por dar clases de teatro y que vigile el estudio donde van las niñas a hacer sus tareas. Es una buena oferta, teniendo en cuenta que odio cocinar y limpiar, y que vigilar el estudio me permite aprovechar el tiempo para mis exámenes. Necesito una buena nota en selectividad para optar a la beca pública y superar la nota de corte de acceso a la licenciatura de Comunicación Audiovisual en Navarra. Tengo claro que, además de mi vocación religiosa, tengo una vocación profesional y lucharé por ella.

Aprovecho los trayectos en metro, los ratos libres entre turno y turno de trabajo, los huecos antes de la meditación de los sábados, después del retiro espiritual de cada mes, antes del círculo, entre clase y clase, para escribir una obra de teatro para niñas. Agotada, llego al fin de curso, termino segundo de bachillerato y me presento a la selectividad. Después del último examen siento que ya he cruzado, por fin, la línea de meta: termina la maratón. Aterrizo

exhausta, solo para darme cuenta de que en unos meses empiezo la carrera, y en verano tengo que hacer una convivencia de un mes con otras agregadas. Tengo que cumplir con las normas antes de empezar la *otra* carrera, la de verdad. ESO y bachillerato solo han sido un entrenamiento, porque ahora viene la Universidad, con mayúscula, con una matrícula privada también mayúscula y con gastos y gestiones que se van acumulando.

He rellenado los formularios para la beca de universidad, la beca pública, la solicitud de preadmisión a la universidad y la solicitud de alojamiento en un piso que llaman «asociado a la Universidad de Navarra». Un piso asociado es un piso de alquiler normal, pero gestionado por personas del Opus Dei, donde está prohibido que vivan juntos chicos y chicas y donde hay una tutora que garantiza el cumplimiento de las normas del piso. Es necesario vivir en un apartamento de estas características o un colegio mayor para recibir la beca privada de la Universidad. El objetivo último es que el alumnado con beca participe en un mínimo de las actividades organizadas y este es un requisito imprescindible. Ellos dan el dinero, ellos ponen las reglas. Estoy dispuesta a aceptar cualquier norma con tal de que me den la beca. Necesito entrar en la universidad y Navarra es la mejor Facultad de Comunicación en España. De lo bueno, lo mejor; de lo mejor, lo superior. De eso no hay dudas.

Mientras hago el papeleo se me cierran los ojos. Estoy cansada y quiero dormir, pero en agosto me toca el curso anual y necesito organizarme: para pagar el curso anual tendré que trabajar el mes anterior. A las exigencias académicas y laborales se unen las exigencias de la vocación. Tengo que cuadrar mi agenda, planificar mis gastos y asumir que en unos meses cumpliré dieciocho años. No me van a regalar nada, seré una adulta y podré —por fin— votar. Soy libre, soy libre, soy libre. Dios lo quiere así.

Estoy tan cansada que, cada mañana, cuando suena el despertador, mi colchón parece transformarse en el campo de amapolas donde la malvada bruja hace un hechizo para dormir a Dorothy, la protagonista de *El Mago de Oz*, e impedir que la niña llegue a Ciudad Esmeralda. Necesito energías para trabajar, para

seguir adelante, pero cada vez me cuesta más levantarme por la mañana y me repito que debo ser responsable, cumplir con mis compromisos. Con dieciocho años tendré que hacer la incorporación jurídica según el derecho canónico. Por la vía civil, no hay rito ni paso, ni registro. No hay pruebas de mi pertenencia al grupo. No puedo hacerme pareja de hecho con Dios. «Es un trámite —dice mi directora espiritual—, pero sirve para renovar tu fidelidad a tu vocación. Reza y mortifícate de manera más intensa para preparar tu incorporación». Me recuerda que, hasta ahora, soy de la Obra, pero solo de corazón, no puedo tener un vínculo legal porque no tengo la mayoría de edad, pero Dios es un amante que no mira la edad de sus novias. Lo importante es el compromiso que he adquirido, mi fidelidad y que mi vocación es tan real como un matrimonio.

A veces me gustaría cerrar los ojos y que desapareciera el mundo a mi alrededor. Arrancar los barrotes de la ventana y adentrarme en el mar con unas piedras en los bolsillos, dejarme ir como hizo Virginia Woolf cuando salió de su habitación propia. Cuando duermo, no pienso en Dios ni en mi vocación, que voy arrastrando como una losa no elegida. Cuando duermo, no tengo preocupaciones ni me siento culpable por no estar haciendo lo suficiente. Cuando duermo, no siento.

Dormir es la tentación, la prueba del demonio que quiere hacerme caer y flaquear desde que abro los ojos. Dormir es la trampa de la bruja que quiere entorpecer para que no cumpla mis propósitos: «Descansa un poquito, anda. Duerme un poco más, solo un poquito…». Me encantaría dormir, pero el minuto heroico (levantarte en cuanto suena el despertador) es la primera batalla del día. Además, me toca turno de trabajo este fin de semana, justo después de selectividad. Quiero meterme en la cama y no levantarme en mucho tiempo, sin alarma y sin responsabilidades, como cuando estaba en casa de mis padres un sábado cualquiera. Aprieto los puños: no hay vuelta atrás. Igual que en *El Mago de Oz* cae la nieve y anula el somnífero de las amapolas malignas, la ducha de agua fría me espabila y me recuerda que el chorro helado me hará más fuerte. Tengo diecisiete años y una misión que cumplir para la eternidad.

Hoy por la tarde se representa la obra de teatro que llevo preparando durante el curso con las niñas del club. Ellas están emocionadas, sus padres también y la directora del CET, más. Yo no sé ni cómo me siento. Me gustaría estar en casa, en mi casa de verdad, en la casa de mis padres de la que me fui hace dos años. Parece que han pasado diez. Me gustaría coger el primer tren de vuelta a Miranda o golpear los talones de mis zuecos blancos de trabajo y mascullar «a casa, a casa, a casa» para que suceda el milagro. Mi casa está tan solo a dos horas de trayecto en tren y tengo el viaje gratis por ser familia numerosa. Sería tan fácil como coger la maleta e irme, pero no puedo abandonar ahora: los padres y las niñas y la directora me esperan. Ya he llegado hasta aquí. No soy una cobarde. Soy una chica «muy madura para mi edad» (repite el sacerdote, repite la directora, apunto en mi agenda) y soy muy capaz de asumir compromisos.

Aun así, mi cuerpo no obedece. Me levanto, me enfundo la sudadera negra de Quiksilver y… me vuelvo a la cama. Quizá no se dan cuenta de que falto. Me pongo la capucha. Quizá puedo desaparecer, usando la sudadera como la capa de invisibilidad de Harry Potter. Me gustaría que el internado se pareciera más a Hogwarts que a Torres de Malory, y tener a Dumbledore como directora, pero estoy atrapada en un bucle espacio-temporal: me parezco más a una niña educada en el puritanismo franquista que a Hermione Granger.

«No quiero ir, no puedo, no estoy bien», le digo a la directora, que está preocupada por la actuación de fin de curso.

Cuando está nerviosa, la directora no deja de sonreír, con una sonrisa tensa y una mirada fría que recuerda a las modelos en las pasarelas de moda, rivales entre sí que compiten por ver quién es más agradable, más simpática, aunque los zapatos de tacón les estén haciendo sangrar los pies y aunque en ese momento —lo sé— la directora quiere matarme.

Creo que tengo fiebre. Me cuesta respirar. Lloro. Me abrazo a mi sudadera. «¿Qué más da si yo no estoy? Ya está el trabajo hecho. Descansen en paz. Amén». La directora se ha sentado en la silla del escritorio y me toma la mano con cariño. Persuasiva, y con cariño.

Con cariño, e insistente. Me agarra la mano con fuerza. No deja de mirarme a los ojos y habla con voz dulce pero implacable: «Los padres están esperando abajo. Has escrito tú la obra de teatro. Has ensayado con las niñas. Has buscado canciones y os habéis inventado las coreografías. Tienes que presentar. Te toca. Eres la responsable, la monitora de las niñas, la profesora de teatro. Es tu responsabilidad». *Show must go on.*

Que el club esté ubicado en la planta de abajo, que mi trabajo sea mi casa, que la directora del club y la supervisora de mi trabajo sea numeraria y miembro del Opus Dei, no me ayuda. Escaquearse es difícil en un laberinto de espejos. No puedo decir «el metro va con retraso» o «me encuentro fatal, me quedo en casa». Tampoco puedo llamar a mi madre o a mi hermana inventándome una excusa. Estoy indefensa. Vivo en un club-casa-centro-residencia-trabajo. Estoy sola y la directora me coge de la mano con fuerza. Toca apechugar. Tomo aire, me levanto de la cama y voy a presentar la obra de teatro. Me quito la sudadera porque no es apropiada para la ocasión. Mientras bajo a la primera planta, saco fuerzas para autoconvencerme: «Esta es mi obra, la he escrito yo. Son mis palabras, dichas en boca de niñas de nueve y once años. Es mi creación. Ya no soy la niña-actriz que juega a hacer teatros, sino que me he convertido en la artífice, la narradora y directora de un teatro cuyo objetivo es conseguir que las niñas de ocho, nueve y once años vengan al club y, gracias al club, descubran su fe». Cada sacrificio me hace estar más cerca de la santidad y llevar a otros conmigo.

Mi obra de teatro escrita a retazos entre clase y clase, en el metro y entre turno y turno de trabajo, resulta ser una mezcla extraña y sorprendente donde se unen las canciones de *High School Musical* con un abordaje de un barco pirata y un baile final tipo cabaret. Las niñas bailan encantadas. Otras numerarias auxiliares del CET se implican en el proyecto, nos lo pasamos genial haciendo la obra. Tengo cualidades de líder y puedo llevar la obra a cabo. Sí, yo puedo. Tengo una vocación religiosa y una vocación artística, puedo con ello. Bueno, yo no. Dios puede a través de mí. Yo no valgo nada, soy un instrumento inútil. Debo estar siempre agradecida a Dios y no cuestionar al grupo. Todas tenemos vocación, todas hemos hecho

la obra posible: mayores, pequeñas, directoras, numerarias, padres. Ahora tocaba ver el resultado, celebrar y sentirnos parte de una obra única y especial. Nos aplaudimos a nosotros mismos por nuestra propia creación.

Saludo a los padres y presento a las niñas con una gran sonrisa. Veo sus caritas maquilladas y me acuerdo de mi actuación en *El Mago de Oz*, cuando tenía su misma edad. Carla, una niña con la cara grande y redonda, lleva un parche en el ojo e interpreta al pirata Miko. Bea, que suele llevar una coleta atada con un lazo, se ha puesto una pata de palo para representar al pirata Camy. Son monísimas. Sentada en un lado, al fondo de la sala, asisto a la representación. Veo a las niñas felices en el escenario de aquella sala y me veo a mí misma. Siento que han pasado muchos años desde que yo iba al club y jugaba con otras niñas. En realidad solo han sido dos o tres, hasta los catorce años que pedí la admisión al Opus Dei, pero me siento mucho mayor, incluso envejecida. Ya no sé dónde quedó aquella niña que hacía de espantapájaros. Quizá solo era un disfraz que quedó en un baúl con el atrezo de la infancia. Lo he olvidado.

Mientras veo la representación desaparece mi agotamiento y mis ganas de huir. Dios está conmigo. Los sentimientos pueden transformarse en un abrir y cerrar de ojos, igual que los niños de *Lluvia de Estrellas* traspasaban la puerta estrellada y se convertían en Rocío Dúrcal o Joselito, gracias a la magia de la televisión. Cuando me sentía triste o cansada, bastaba con rezar, cerrar los ojos muy fuerte y decir: «Dios mío, quítame este cansancio», o «Aunque esté cansada, lo haré por ti», y ya. Con diecisiete años descubrí que todo estaba en mi mano, solo era cuestión de disciplina, abandonarse a Dios y usar mi fuerza de voluntad. No tenía a Bertín Osborne llevándome de la mano a través de la pasarela donde sucedía la magia, pero tenía a Escrivá.

Termina la función. Los padres aplauden y yo respiro aliviada. «¿Ves? No era para tanto», susurra la directora. Espera, no, no lo dice la directora: lo digo yo misma. Me lo susurra el Espíritu Santo. No, no, espera, lo dice Santi, mi Ángel de la Guarda al que ya tengo

casi olvidado y aparece de vez en cuando. No, ¿y si lo dice mi yo verdadero, mi yo fuerte y resiliente? «No es para tanto».

Qué más da quién lo diga. Con diecisiete años ya no distingo las voces, es lo mismo: Dios, la Obra, mi conciencia, la voz de las directoras, el sacerdote. Da igual. Da igual porque el mensaje es el mismo siempre, una y otra vez: la obra soy yo. Rezo los tres avemarías con los brazos en cruz antes de acostarme y me meto en la cama a descansar, por fin. Dormir. Cerrar los ojos. Echar el telón, al menos unas horas, hasta que suene la alarma para volver al trabajo.

ACTO IV

ECONOMÍA

Accedo a mi expediente en la intranet de la universidad. Han salido las notas de la asignatura de Economía, una de las más aburridas del primer curso. El examen incluye un filtro obligatorio que consiste en vomitar definiciones. Si te dejas alguna palabra clave de la definición, te quitan puntos. No soy la mejor memorizando. Además, las explicaciones sobre economía me parecen confusas y ya en el colegio cursé una asignatura de Contabilidad por obligación. Mi padre es contable así que, como es lógico, yo aborrezco la economía y la contabilidad. Rastreo mis calificaciones y veo la peor noticia posible: he suspendido. He suspendido la asignatura en primero de carrera.

El profesor de Economía, el primer día de clase, hizo un alegato contra el matrimonio igualitario, aprobado dos años antes por el gobierno de Zapatero, basándose en un ejemplo inventado por él mismo en un ataque de genialidad, comparando la homosexualidad con cuajadas y yogures. Si los gays eran los yogures o las cuajadas, no lo recuerdo. Deduzco que su mensaje final era que una cuajada se tiene que casar con un yogur, porque yogur-yogur / cuajada-cuajada sería una defensa del matrimonio homosexual. Tampoco recuerdo las definiciones que nos hizo aprender para su asignatura. Sí recuerdo, en cambio, mirar a mi alrededor, observando las caras impávidas de mis compañeros, algunos asintiendo con la cabeza, otros con el ceño fruncido y yo, incomodísima, preguntándome si

ponerse a disertar sobre los gays en clase de Economía era normal y sabiendo desde el primer minuto que tendría problemas con este profesor trajeado que hablaba con tanta autoridad sobre temas no relacionados con su asignatura. Yo era del Opus Dei, pero aún creía que los temas políticos no tenían que ver con mi vocación, y no esperaba que se hablara con tanta ligereza en la universidad sobre cuestiones religiosas. Igual debía haber sospechado algo al saber que la asignatura troncal de Antropología es obligatoria en todas las carreras y siempre la imparte un sacerdote. Detallitos.

Vuelvo a cargar la página de la intranet y suplico a Dios que haya sido un error. Al abrir los ojos, el suspenso sigue ahí. Noto una presión en el pecho, como el inicio de un ataque de asma de los que no me han vuelto a dar desde que salí de Miranda. Ya no uso el Ventolín ni la Volumatic de 750 ml, tengo el pelo largo, llevo lentillas y me han quitado la ortodoncia. Sin llegar a ser la versión española de Beatriz Pinzón Solano, puedo decir que mi apariencia física ha mejorado. Vivo en Pamplona, me he matriculado en la Universidad de Navarra y ahora mismo no puedo apartar los ojos de la pantalla de uno de los ordenadores del centro de la organización donde voy cada tarde a estudiar.

Es el mismo centro donde me confieso cada semana con un sacerdote, asisto al círculo semanal y hablo con una directora espiritual que, además, está al tanto de mis agobios financieros. Ya me lo dijo la responsable de las becas de la Universidad: «Seguro que tu familia está muy orgullosa de ti al ver que trabajas y estudias a la vez pero, si no llegas a la media de notable alto, un ocho y medio, perderás la beca para el segundo curso». Intento explicarle que la beca privada solo cubre la matrícula, necesito trabajar para pagar el alojamiento, y solo puedo trabajar en turnos de mediodía y de noche, y los fines de semana para compatibilizarlo con las clases. Me cuesta organizarme para estudiar y el ritmo de la universidad no es el del colegio. Había conseguido hacerlo durante el bachillerato con buenos resultados, pensaba que no sería tan difícil. Muchas veces llego cansada después de trabajar en el turno de mediodía y hay fines de semana que me quedo dormida encima del libro. La chica asiente con una sonrisa fría. Con esa sonrisa del que te

escucha sin que le importe lo que estás contando. *Cadáveres ambulantes.*

«Sí, Marina —insistió con un punto de irritación—. Lo que me cuentas es muy admirable, sé que te esfuerzas, pero si no llegas a la nota, no te podremos renovar la beca».

Un suspenso implica la negación automática de la renovación del apoyo económico. Es lo justo, son las normas y yo quiero cumplir las normas. No hay personalización que valga. Me duele el pecho. Estoy tan tensa que no puedo llorar. Empiezo a hacer cálculos: ocho mil euros de matrícula anual, más los gastos del piso, más los cursos de retiro y el curso anual de los veranos, más los gastos en comida, ropa y libros. No puedo hacer frente a todo yo sola, es imposible. La beca privada no es compatible con la beca pública. En primero de carrera, Papá Estado me dijo que tenía que elegir entre su beca o la de Papá Opus. Elegí la de Papá Opus porque pensaba que, gracias al acompañamiento personalizado de la universidad y a que varios de mis hermanos mayores habían estudiado allí y a que éramos familia numerosa y a que yo trabajaba limpiando en colegios mayores de la universidad, tendría más posibilidades de renovación al año siguiente o poder evaluar mi caso si se daban mal las cosas. Pensaba que Papá Estado era más implacable que Papá Opus, que había sido tan flexible para ofrecerme una beca en el colegio de Bilbao a mitad de curso, llamando a mi puerta. Los mensajes de Papá Opus eran confusos: a veces era muy rígido y a veces muy motivador. Igual ya no les interesaba tenerme como alumna ejemplar, no estaba haciendo suficiente proselitismo en clase… ¿qué había cambiado? Yo era la misma. Un suspenso en Economía iba a acabar con mi castillo de naipes.

«Bueno, no es el fin del mundo —pensé—, puedo volver a la pública. Soy una ciudadana con derechos. Puedo estudiar en una universidad pública, irme a Madrid. De hecho, Pamplona está empezando a agobiarme». Abro el buscador de Google y saco mi cuaderno. No me permito ni un minuto para llorar por el suspenso, mi primer suspenso oficial en toda mi vida, mi primera mancha en un expediente académico impoluto desde los diez años, con algún seis raspado en Gimnasia o Matemáticas. No puedo asumir la

sensación de fracaso, de efecto dominó que va directo al desastre. Necesito una solución rápida. Soy experta en becas, puedo hacerlo. En la Universidad Carlos III la matrícula cuesta la mitad. Y en la Complutense. Mi hermana mayor vive en Madrid, ¿podría irme a vivir con ella? Tendría que ver cuánto cuesta alquilar una habitación en Madrid, seguro que es caro, pero Pamplona tampoco es barato en la zona de universitarios. Voy tomando notas, saco mi calculadora.

Noto unos toquecitos suaves en la espalda. Me giro: es mi directora espiritual, que además es directora del centro. Cada semana tengo que hacer la charla con ella; es decir, conversar durante una hora sobre mis dificultades, mis problemas, mis agobios y alegrías. Compartir mi intimidad sin tapujos y repasar juntas la «lista de San José», donde enumero a tres amigas que podrían pedir la admisión ese año. Ninguna amiga lo hace durante mis años de universidad.

Me levanto y sigo a mi directora hasta la salita. El centro está lleno de salas de estar, con una mesa en el medio, unas butacas elegantes con tapicería perfecta, un suelo reluciente y varios cuadros del papa, Nuestro Padre Josemaría Escrivá y los padres sucesores. Lo suelto en frío: «He suspendido Economía. Voy a perder la beca. Aún puedo hacer una solicitud de reclamación, pero no creo que me la den. Es probable que, si sigo trabajando al ritmo que lo estoy haciendo, el año que viene vuelva a suspender al menos una asignatura, y lo saben. La chica de las becas no me inspiró mucha confianza. Una media de siete o siete y medio no es suficiente. Parecía que querían quitarse gente de encima». La directora me escucha con atención y asiente. Mientras hablo, se me saltan las lágrimas. No me gusta que me vean llorar. Soy castellana. Me seco las mejillas con el dorso de la mano y noto que la presión en el pecho sube a la garganta, clavándose en mi tráquea, como una piedra o una moneda de dos euros atravesada que no puedo tragar. Maldito, maldito, maldito dinero. Toda la rabia, la frustración y la impotencia se quedan dentro de mí.

La directora no me abraza ni llora conmigo. Me pregunta si tengo algo pensado. «Sí, claro». He aprendido a buscar soluciones antes de que me las pidan, a dar un plan ya cerrado para adelantarme a

las opiniones ajenas y para seguir adelante, siempre adelante. «Me voy a ir a Madrid, a la pública. Me da pena por las amigas que he hecho este año, pero es lo que hay. No me puedo permitir esta universidad». Entonces, la directora sí reacciona. Abre los ojos. No da crédito, sin enfadarse. Me da la sensación de que no se lo esperaba, le resulta inconcebible que una alumna aplicada como yo —cuyo sueño era estudiar Comunicación en la Universidad de Navarra (*aka* la Harvard española)— vaya a dejarlo por una cosa tan banal como el dinero y, peor aún, que cometa la osadía de ir a una universidad pública.

«¿Cómo vas a ir a la pública? ¿La pública? Está llena de rojos, y más en Comunicación Audiovisual. No es un buen sitio para estudiar. No es como la Universidad de Navarra. Pondrías en peligro tu carrera profesional y, peor aún, tu vocación».

Me quedo en shock. Tiene sentido: la universidad pública es una continuación del colegio público y el instituto público. La pública es la pendiente inclinada por la que iré rodando, cuesta abajo y sin frenos, rodeada de cuajadas y yogures hasta terminar achicharrada en el noveno círculo del infierno. Me asusto, pero tengo dudas. Por ejemplo, mi hermano Álvaro ha estudiado Informática en la pública y creo que le va bien, aunque me parece que ha dejado el grupo, pero tampoco hablo con él de estos temas. Las cuestiones vocacionales solo se hablan con la directora y el sacerdote.

Ni siquiera mis padres me han forzado a estudiar una carrera o ir a una determinada universidad. No sé cómo reaccionar ante la sorpresa de la directora. No había pensado que hubiera rojos en la pública. En ese momento recuerdo que, con sorna y humor soez, cada vez que escucho un eructo, mascullo «¡Para el rey!», como si fuera una jaculatoria. Es una broma que solía hacer con mi hermano, el que me alertó sobre el lavado de cerebro. Igual ese chiste es un poco rojo, no lo había pensado, pero es que renuncio a las etiquetas. ¿Acaso una broma inocente me define? ¿Tengo que enseñar mi voto al entrar en el Opus Dei? En mis años como agregada no me pronuncio en términos políticos y juego a la ambigüedad. Sigo convencida de que mi vocación no tiene que ver con mis posicionamientos ideológicos. Ese es el discurso público de

la organización: una cosa es la institución y otra, la actividad de sus miembros. Entonces ¿por qué a la directora le horroriza tanto que me vaya a una universidad pública?

Me quedo pensando si tiene razón, si mi plan es tan descabellado como ella lo pinta y si estaré arruinando mi futuro. La directora espiritual tiene sus planes: «Déjame que lo hable con la delegación. Hay otras alternativas a la beca. No te vayas a Madrid».

A los pocos días, mi directora me informa sobre unos préstamos. Por sorprendente que parezca, con dieciocho años es la primera vez en toda mi vida que escucho la palabra «préstamo» o «crédito». Es curioso: no aparecía en el temario de la asignatura de Economía, aprendizaje que me hubiera sido mucho más útil que memorizar definiciones. La directora me explica con paciencia que un préstamo es un adelanto del banco que, después, cuando ya esté trabajando con un maravilloso contrato fijo, podré ir devolviendo en cómodos plazos. Me da el contacto de un responsable de Becas y Ayudas en la Universidad que puede informarme al respecto. La persona que me informa insiste en la palabra «cómodos plazos» y pone casos muy claros: «Si una semana, por ejemplo, en lugar de comprar dos cajetillas de tabaco compras solo una, esos cuatro euros que te estás ahorrando, los pones para ir devolviendo el préstamo. O si, en lugar de irte a tomar un café, lo guardas para el crédito, ya irás descontando el dinero de la deuda».

Yo no tengo muchos gastos, apenas voy de compras y mis únicas excepciones son tomarme unas cervezas de vez en cuando o comprar pizzas del supermercado para hacer en casa. Robo cigarros a mis amigos y a mi hermana pequeña. Soy muy austera. Mis mayores gastos son los cursos anuales que duran un mes y los cursos de retiro de cinco días en casas del Opus Dei. Nunca me voy de vacaciones ni de viaje, tampoco tengo carnet de conducir ni coche. Pienso que seré capaz de devolver rápido ese dinero, ya que no parece difícil para una chica tan responsable como yo. Mis hermanos mayores han encontrado trabajo al terminar la carrera y la Universidad de Navarra se jacta de que los alumnos salen *preparadísimos*. Si hay que matarse a trabajar, estoy dispuesta a hacerlo. Al fin y al cabo, no estoy segura de que vivir en Madrid vaya

a ser más barato que Pamplona, y ya tengo un grupo de amigas. Además, no sé, mira una foto del campus de la Universidad de Navarra. De verdad que parece Harvard. ¿Quién no querría estudiar ahí? Es una universidad de élite.

Me reúno con un banquero en una sede del Banco Popular, aunque mi solicitud se tramita a través del Banco Condal (que ya no existe) a una entidad llamada Banco de Depósitos, cuya sede jamás conocí. En aquel momento, yo confiaba en todas las personas trajeadas y serias que venían recomendadas por mis directoras y por la universidad y quería quitarme ese nudo que me oprimía la garganta desde que vi el suspenso de Economía. Firmé el crédito por unos diez mil euros, para pagarme la matrícula y parte del alojamiento, aunque necesitaba seguir trabajando. Al no tener beca privada, pude solicitar la pública. Papá Estado sí era compatible con mis resultados académicos, no iba a traicionarme por un suspenso.

Después de firmar el préstamo, entré en la primera peluquería *low cost* que encontré en la Pamplona profunda y me rapé la parte izquierda de la cabeza, al nivel tres, más o menos, dejándome el pelo largo en la parte derecha, para satisfacción de la peluquera punkarra que sonreía, maquinilla en mano. Renové el crédito en el tercer y cuarto año de carrera, siempre en la misma oficina del Banco Popular, siempre ante notario y sin aval, con diecinueve, veinte y veintiún años. La presión en la garganta se iba transformando en alivio cada vez que entraba dinero en mi cuenta. Lo que no sabía es que esa presión volvería aún con más violencia, más dolor y angustia al final de la carrera. La moneda atravesada en mi tráquea me acompañaría durante toda mi vida laboral, desde el día mismo de la graduación hasta los diez años posteriores.

Cuando entré a estudiar en la universidad privada, tenía diecisiete años y no tenía un duro. Cuando salí, tenía veintidós años y una deuda de 27.000 euros sin aval. Era el año 2011. En los medios españoles empezaban a usar el término «mileurista» para referirse a un nuevo fenómeno nunca visto hasta entonces, la palabra «crisis» se atragantaba en boca de Zapatero, las cifras del paro copaban las portadas de los periódicos y unos chavales indignados acampaban en las plazas de las ciudades.

LOS CHICOS ESTÁN BIEN

A pesar de mi vida de castidad, celibato y pureza, seguía enamorada de Johnny Deep en secreto y, desde que perdí la beca de la universidad, veía *A quién ama Gilbert Grape* casi cada día. Usaba un ordenador portátil heredado de mi hermana Marta, que no podía desenchufar así que —a efectos prácticos— funcionaba como un ordenador fijo. Tenía, además, acceso a internet, una habitación propia y el eMule para descargar películas. En comparación, vivía con mucho más que Virginia Woolf. Era una privilegiada. Debía pedir permiso a la directora espiritual para ver ciertas películas y leer ciertos libros, eso sí, e intentaba hacerlo, pero me daba demasiada vergüenza reconocer que, antes de acostarme y de rezar los tres avemarías, veía a aquel Johnny Depp adolescente que me hacía sentir menos sola, menos rara. Necesitaba creer que era posible encontrar el amor incluso en un lugar como Endora. Desde los catorce años sabía que el amor estaba prohibido para mí y la ficción se convirtió en un sucedáneo del afecto.

Durante los dos primeros años de carrera seguí viviendo en uno de los pisos asociados a la universidad, donde no se permitía que subieran chicos ni podíamos celebrar fiestas. En segundo curso, viví con una chica filipina que solo sabía decir «hola, me llamo Sofía». Sofía era católica pero no conocía bien el Opus Dei y, gracias a mi ejemplo de chica opusina pero normal y simpática, rompió sus prejuicios sobre la organización. Se me daba genial mostrar una cara

amable, convincente y rompedora, con mi pelo rapado y mi sudadera de mercadillo. Sofía y yo nos hicimos amigas, me ayudó a mejorar mi fluidez en inglés y vimos toda la serie de *Las chicas Gilmore* en atracones sucesivos. A mi lista de amores ficticios añadí a Jess, el adolescente problemático, triste y atormentado que sacaba la parte más rebelde de Rory Gilmore y odié a Dean, el novio tradicional y respetuoso, que me parecía un auténtico aburrimiento.

Solía ver series y películas compulsivamente cuando estaba triste, cuando estaba de exámenes y cuando me sentía sola. Es decir, casi todo el tiempo. La ficción me permitía completar aquello que le faltaba a mi vida y encontrar un vacío legal teológico en el que enamorarme de personajes televisivos no constituía materia de confesión. La ficción cada vez ocupaba más parte de mi vida e imaginaba vidas posibles mientras estudiaba, mientras estaba en clase, mientras volvía a limpiar en colegios mayores masculinos para sacarme unos euros. Era muy práctico tener el trabajo al lado de la facultad, no hacía falta salir del campus para estudiar, rezar y trabajar. Todo lo que echaba de menos en el exterior, estaba dentro de mí.

Soñaba despierta y la pregunta constante «¿qué es la vida? una ilusión» retumbaba como un eco en las paredes de mi caverna interior, en un lugar tan oscuro y profundo de mi corazón que aún no había logrado pronunciar. A la vez, mi cerebro y mi imaginación rumiaban avemarías y jaculatorias: pequeñas exhortaciones espirituales, mantras de amor a Dios. Cada día a primera hora, pasaba por el oratorio de la facultad, hacía una genuflexión antes de entrar corriendo a clase de Teoría de la Comunicación y reafirmaba mi amor y fidelidad a Dios: «¡Quiero ser fiel hasta la muerte!». No era una exageración. Lo quería de verdad. Morir en el Opus Dei.

Sin pedir permiso a la encargada del piso asociado, mi compañera Sofía y yo alquilamos una película del videoclub del barrio, el Policarpo, cuando ya habíamos terminado todas las temporadas de *Las chicas Gilmore* y aún teníamos mono de romanticismo adolescente. Decidimos alquilar *Juno*. Creo que yo había visto algún cartel anunciándola y, como los miembros célibes teníamos prohibido ir al cine, estaba esperando a que saliera

disponible en alquiler. Pensaba que sería la típica comedia adolescente que me encanta, como *Ponte en mi lugar* de Lindsay Lohan o *El sueño de mi vida* o *10 razones para odiarte*. Siguiendo nuestro ritual, Sofía introdujo el DVD en el reproductor y luego se tumbó en el sofá. En cambio, yo me senté: tumbarse en el sofá estaba prohibido para las agregadas, ya que es una postura impropia de una mujer casta y, como cualquiera puede imaginar, despatarrarse en el sofá es tentar a la lujuria y la pereza. Además, en este caso, estaría dando mal ejemplo a Sofía. En la organización, dar buen ejemplo es primordial.

PLAY. Justo cuando empieza la película, aparece nuestra compañera-supervisora del piso, la agregada que tendrá unos veintitrés años y es —sin lugar a dudas— mucho más ortodoxa que yo. Llevo puesta mi sudadera negra de Quiksilver falsa. La agregada responsable de mantener las reglas del piso se sienta a mi lado; ambas damos buen ejemplo. En una de las primeras escenas, Juno, la protagonista, mira a su novio, interpretado por Michael Cera, que entrena con sus compañeros del equipo de fútbol. La voz en off de Juno describe con ironía cómo se imagina la polla de su novio, saltarina, dando botes de un lado a otro. La agregada supervisora da un grito de terror como si acabara de aparecer el mismo demonio con cara de vieja en el salón y se levanta corriendo para ponerse frente a la pantalla. Tapa el televisor con su espalda y su pandero. Yo me quedo en shock, y me da un poco la risa.

No es la primera vez que veo esta reacción, por supuesto. Es lo normal en la organización, un clásico de los clubes, centros y colegios mayores cuando sale una escena subidita de tono. Por eso, de adolescentes, solo nos ponían la película *Un paseo para recordar*, donde la protagonista, casta y firme, vela por la virginidad de su novio antes del matrimonio, en un romanticismo puritano edulcorado. Lo contrario que Juno, chica adolescente y lasciva. Mi compañera Sofía me mira desconcertada, porque es la primera vez que ella ve a una adulta saltar como un gamo para tapar una pantalla de televisor con su cuerpo, esquivando una bala pecaminosa, ocultando los besos y los genitales de los protagonistas ante dos universitarias vulnerables. Aunque no vemos la escena,

escuchamos la voz de Juno que continúa su descripción durante un par de minutos, en los cuales la agregada supervisora permanece de pie, azorada, jadeando, musitando: «Esto no se puede ver, chicas. Teníais que haberme consultado». Temo que dé al botón de *STOP* y nos prohíba ver la película, pero no sucede. Somos dos contra una, creo que se siente en minoría y suspiro aliviada. Quizá espera que yo me ponga de su parte, pero no lo voy a hacer. Quiero ver *Juno* y no estoy dispuesta a negociar. Cuando pasa el peligro, la agregada se sienta de nuevo, rígida, a mi lado, y seguimos viendo la película sin sobresaltos, pero con una sensación constante de que hay alguien vigilando. Esto no pasaba con *Las chicas Gilmore*.

Cuando termina la película, la agregada concluye satisfecha que es una película antiabortista, lo cual está muy bien, pero que tiene «alguna cosa soez» e «innecesaria», hablando al estilo de las reseñas de <almudi.org>. Luego, a solas, me recuerda que la próxima vez que alquile una película debería consultar las valoraciones y recomendaciones en la página web apropiada. Corregirse entre miembros del grupo es una práctica extendida y estipulada por la organización: si ves que tu hermana se comporta mal, debes consultar a la directora y —si esta lo aprueba— debes decirle con sinceridad y firmeza qué es lo que hace mal. Denominan a esta práctica «corrección fraterna».

Durante mis años de universidad, recibí constantes correcciones fraternas por llegar tarde a las actividades, por ejemplo. Mi talón de Aquiles, sin embargo, siempre fue relacionarme con el otro sexo. Las numerarias me veían con mis compañeros de clase, caminando, paseando y tomando cafés en el campus y, luego, en el centro me corregían, me reprochaban que siendo agregada diera ese mal ejemplo al ir con chicos. Yo suspiraba y prometía cambiar, con una mezcla de culpa y desesperación. Me preguntaba si eso pasaría estudiando en la universidad pública, donde ninguna numeraria ni sacerdote podría vigilar si me tomaba un café con Antonio o con Antonia. Necesitaba formas de esquivar el control en aquel show de Truman.

Al año siguiente, en tercero de carrera, dejé el piso asociado y empecé a vivir con dos amigas de clase que no se asustaban por mis

gustos cinematográficos y no me prohibían hacer fiestas, sino todo lo contrario. Gracias a eso, pude tener una experiencia universitaria más normal. La decisión de alejarme de la supervisión del Opus Dei y las normas de los pisos trajo otros problemas. En concreto, la presión de mis directoras para que no me relacionara con chicos incrementó de manera exponencial.

Acababa de cumplir veinte años y, como cada semana, acudí a mi centro para confesarme con el sacerdote y hacer la charla con la directora espiritual asignada por la organización. A principios de mes, como cualquier miembro agregado y numerario, llevaba mi dinero en un sobre a la secretaria del centro. Le daba el importe que ganaba limpiando, le explicaba que debía pagar el alquiler y necesitaba dinero para gastos y ella, con gran diligencia, me entregaba la parte que necesitaba para vivir, quedándose el resto. Entonces, la secretaria anotaba la aportación que ingresaba a las arcas del centro y cuánto me llevaba yo. Como era mi cumpleaños, en el centro todas me felicitaron y las numerarias auxiliares prepararon una merienda.

El día de mi cumpleaños, 6 de octubre, coincide con el aniversario de la canonización de Escrivá, así que es fiesta A; es decir, fiesta grande. Las fiestas se catalogan por A, B y C según su importancia. En las fiestas A, las numerarias auxiliares dejan un carro lleno de refrescos y comida para las chicas del club, las numerarias y las agregadas. Son los mismos carros que preparo yo cuando trabajo con las auxiliares en los colegios mayores de la universidad: a veces estoy detrás del carro y a veces delante, comiendo tan a gusto. He normalizado mi cambio de rol.

Celebramos la canonización, no mi cumpleaños, y acuden muchísimas chicas de la universidad que no son del Opus Dei pero que van a charlas de formación, a confesarse con el sacerdote, a estudiar en las grandes salas de estudio disponibles solo para ellas y asisten a actividades formativas. Ellas no saben cómo se preparan esos carros, solo saben que las numerarias auxiliares son felices con su vocación y apenas interactúan con ellas. Tenemos meditación de

media hora con el sacerdote y bendición. La casa huele a incienso, cantamos el *Pange Lingua* y luego comemos canapés.

Sería absurdo pensar que todas y cada una de aquellas personas eran malas, víboras. Yo tampoco lo era ni lo soy, creo. El sacerdote me caía bien, dudo que tuviera lo que llamamos mala intención o que quisiera hacerme daño. Nadie me insultó ni me golpeó. Por suerte, tampoco me medicaron ni me enviaron a un psiquiatra. Mi sensación era que todas estábamos ahí unidas por nuestras creencias y nuestra vinculación a la organización desde adolescentes. Mi vida consistía en estudiar, cumplir normas y vivir las prácticas en las que me había introducido hacía más de cinco años. Todo era normal: las correcciones fraternas, la presión, dar el dinero, mortificarse con el cilicio, hacer actividades para universitarias, invitarlas a charlas, intentar que se convirtieran en miembros del Opus Dei. Sin embargo, me sentía sola entre esa masa informe de chicas con las que apenas había conexión emocional. Celebrábamos los cumpleaños, santificábamos las fiestas y éramos perfectas desconocidas.

Lo opuesto al piso de estudiantes, donde vivía con dos amigas. Quizá con ellas no compartía un compromiso de por vida, ni me repetían hasta la saciedad que eran mi familia. Nuestro rol estaba claro: compañeras de piso y amigas, sin más líos. Discutíamos sobre a quién le tocaba cocinar o limpiar, no compartíamos creencias, no me hacían correcciones fraternas y cuando veían que no me levantaba de la cama por las mañanas pensaban que tenía algún problema, no que debiera confesarme o que era una perezosa incorregible. Mis compañeras de piso celebraban los cumpleaños y las fiestas, pero no cantaban en latín. Por eso, cuando llegué a casa después de cumplir con los rituales estipulados en el día de la canonización y mi cumpleaños, me esperaba una sorpresa.

Mis compañeras de piso, ajenas a las normas opusinas, habían decidido montar un Oktoberfest e invitar a mis compañeros de clase. Inma, la *person,* abrió la puerta y me dio un fuerte abrazo.

—¿Dónde te habías metido? ¡Te estábamos esperando!

El espectro de asistentes a la fiesta era tan variopinto que iba desde un chico tímido que me gustaba, un chico abiertamente gay y

un amigo de un amigo que nos enseñó a beber cervezas partiéndolas por la mitad con una llave. Además de Inma, estaban otras chicas de clase y mis compañeras de piso. Como la celebración en el centro de la Obra se había alargado, para cuando llegué a mi apartamento, ya estaban borrachos. En esa época se habían puesto de moda los barriles de cerveza portátiles con dispensador y había varios en la cocina. Inma y yo llevábamos gafas de pasta negra y camisas de cuadros, en pleno auge de la moda hípster.

La gente fumaba en el salón, mientras una de mis compañeras abría la ventana, nerviosa, para que la casa no se llenara de humo. El chico gay subía el volumen de la música e iba por el pasillo bailando *Single ladies*, de Beyoncé, mientras yo intentaba acceder a mi habitación, avasallada por las felicitaciones de cumpleaños, los abrazos y los botellines de cerveza que me ofrecía todo aquel con el que me encontraba.

Dejé la mochila y el abrigo sobre la cama. Me quité el jersey con cuello de pico y la camisa, y me puse la sudadera negra de imitación de Quiksilver, que ya se había impregnado del olor a tabaco y café característico de las noches de estudio. Al salir de la habitación me topé de bruces con mi *crush*, el chico tímido al que había estado evitando desde primero de carrera. Él solía sentarse en las primeras filas y a veces nos encontrábamos de camino a clase o en la salida de la universidad. Una vez me dijo que le parecía que mis ojos eran bonitos, a lo que yo contesté con frialdad y sin dar cabida a un simple rastro de presunción: «Bueno, nací así. No tiene ningún mérito». Era mejor ser una borde que ser vanidosa. Aun así, seguía acordándome de aquel piropo y martirizándome por no haber sabido ser casta y pura, evitando que sus ojos se cruzaran con los míos.

Una fuerza instintiva me atraía hacia este chico pero, como si fuera una vasca experta en soga-tira, mi fe en Dios, mi vocación de agregada para toda la vida y mi sentido del compromiso y el deber eran más fuertes que aquel magnetismo. Mis compañeras de piso y algunas amigas muy íntimas sabían que me gustaba un poco ese chico y que, por eso mismo, le evitaba. No tenía problemas en hablar con otros compañeros, como dejaba claro a todas luces en el campus universitario, pero con este en concreto era extraño, como si

no pudiera estar cerca de él porque me ponía nerviosa y me costara mirarle a la cara. Ahora mis amigas, las muy irresponsables, le habían invitado a la fiesta sorpresa. Yo no había provocado la situación. No era culpa mía y sin embargo, ahí estaba él, frente a mí con dos cervezas en la mano.

—Felicidades, Marina.

Bueno, tampoco pasaba nada por tomar una cerveza. Sería la primera y única vez que sucedería. Siempre podría confesarme después por no haber sabido evitar la tentación. Era mi cumpleaños, al fin y al cabo, una ocasión especial, y no tenía escapatoria. Nos sentamos en el pasillo y estuvimos charlando. Perdí la noción del tiempo y me sentí como la protagonista de una película. A nuestro alrededor, la gente iba y venía, la canción *Unbelievers* de Vampire Weekend sonaba cada vez más lejana, mi compañera de piso empezaba a prohibir a la gente fumar en el salón y suplicaba «por favor, limpiad los ceniceros», pero eso no era más que un ruido de fondo, porque el tiempo se detenía, la luz del pasillo se volvía más tenue y yo estaba sentada en mitad de un pasillo, en mi piso universitario, rodeada de mis amigos, tomando una cerveza con un chico guapo y tímido. Cualquiera podría pensar que era una chica normal que acaba de cumplir veinte años.

Repetía en bucle la jaculatoria «¡Dios mío, quiero ser fiel hasta la muerte!» mientras mi corazón latía con fuerza.

PERFECT DAY

Pasé la mayor parte de mis veranos universitarios en el campus de la Universidad de Navarra. Al acabar el curso académico tenía que continuar con los estudios de filosofía y teología obligatorios para miembros célibes, en los cursos anuales específicos para veinteañeras del Opus Dei. Así que cuando llegaba junio, hacía la maleta y me trasladaba de mi piso de alquiler hasta un colegio mayor, que se vaciaba en verano, para asistir al curso anual. Pagaba mi estancia en la convivencia de verano abonando los ochocientos o novecientos euros que costaba. Entregaba el dinero en un sobrecito blanco a la secretaria del curso anual, sin factura ni recibo ni nada que se le parezca. Era el mismo dinero, en el mismo sobrecito, que venía del centro. Hacer la convivencia mientras vivía en mi piso de alquiler no era una opción. Tenía que hacer lo mismo que todas y convivir con mis compañeras agregadas durante un mes al año.

Esos cursos anuales congregaban a las chicas de España que —como yo— habían pedido la admisión con catorce o quince años. Con dieciocho años ya eran agregadas de pleno derecho reconocidas por la organización. Se supone que antes no éramos miembros, pero lo cierto es que todas nos conocíamos desde los años de adolescencia. Había alguna chica más mayor, que había pedido la admisión una vez superada la mayoría de edad, pero era la excepción y se le podía reconocer a distancia. Para nosotras, las que entramos siendo menores, no había solución de continuidad entre

pedir la admisión y ser del Opus Dei oficialmente. Daba igual cualquier tecnicismo canónico: no tenía relevancia en la práctica.

En mi generación, éramos unas treinta chicas las que repetíamos cada año el curso de estudios. El colegio mayor tenía piscina solo para chicas, a nadie se le pasaría por la imaginación ir a una piscina mixta. Solía coincidir con las mismas compañeras cada verano, así que ya era como pasar un mes de vacaciones con mis pseudoamigas, en esa amistad difusa que se crea entre los miembros: eres amiga de todas y de ninguna, no llegas a intimar con nadie, está prohibido criticar a otros miembros y a la organización, y no puedes hacer diferencias en el trato con unas y otras. La falta de unidad es un pecado del que te tienes que confesar y, tanto el sacerdote como la directora espiritual te preguntan quién te cae mejor, quién peor y te dan indicaciones explícitas en las charlas de formación grupales e individuales para que consigas llevarte mejor con la que te cae mal y te alejes de la que te cae bien.

Pero no se pueden poner puertas al campo. Por supuesto, se puede retorcer la amistad, crear traumas de por vida y aislar a las personas, eso sí, pero hay veces en que se produce un flechazo y, de pronto, una o dos de esas treinta chicas consiguen romper las normas sin pretenderlo siquiera. Aparece un vínculo, un cariño especial. Una amistad genuina que, como suele suceder, viene a salvarnos sin que nos percatemos, saltándose prohibiciones. Aunque muchas chicas me caían bien, una de mis personas favoritas de estas convivencias era Pilar, una chica pelirroja, incapaz de pasar desapercibida y con risa contagiosa que, como yo, estaba obsesionada con *Ana la de Tejas Verdes*. Me recordaba a todas las protagonistas de las novelas de mi infancia. Pilar y yo creamos un tándem único desde el primer día, igual que en mis historias favoritas protagonizadas por mujeres: Puck y Karen, Rory y Lane, Ana y Diana. En lugar de correr aventuras, enamorarnos de chicos o resolver misterios, en nuestro caso, acudíamos a clases de teología donde aprendimos las cinco causas causales de Santo Tomás de Aquino, estudiábamos latín y memorizábamos los puntos del *Catecismo del Opus Dei* (un libro de tapas verdes que debíamos

recitar con precisión y del que nos examinaban al terminar el curso anual porque recogía las normas internas de la organización).

Pronto descubrimos que Pilar y yo teníamos la misma herramienta para sobrevivir en nuestro mundo complejo y contradictorio de niñas de los años noventa educadas en familias opusinas: la imaginación. Como dos adolescentes sedientas que llevan toda su vida vagando por un desierto buscando alguien que les comprenda, encontramos en nuestra amistad un oasis. Al mismo tiempo, sabíamos que a ojos de las directoras constituíamos un claro ejemplo de lo que llaman «amistades particulares» y no podíamos arriesgarnos a que nos separaran.

Mi estrategia fue por exceso: en lugar de romper mi amistad con ella, intentaba llevarme igual de bien con el resto de las chicas. Por un lado, eso resultaba imposible y, por otro, era agotador. Aprendí muy pronto a fingir y a desgastarme para complacer a todo el mundo, evitar diferencias, disimular mis ganas de mandar a la gente a freír espárragos. Era extrasimpática. Sonreía y hacía chistes. Siempre estaba de buen humor. Aprendí a dosificar las relaciones como una alquimista de la complacencia para que no se notara lo que pensaba en realidad, me amoldaba a cada personalidad y así no llamaba la atención de las numerarias y directoras que tenían la misión de formarnos. Me acercaba a la que estaba sola. Gracias a esta estrategia, siempre recibí elogios por mi buen hacer y mi capacidad de acoger a las nuevas. Me sentía bien porque mi relación con Pilar repercutía en el grupo: las dos nos esforzábamos en organizar alguna actividad para todas o dar un toque de alegría general y evitar la temida corrección fraterna por «egoísmo» o «hacer grupitos». Extrovertidas y deseosas de hacer cada verano de árido estudio filosófico más divertido, liderábamos el Comité de Festejos.

Uno de aquellos meses de verano, Pilar y yo escribimos y planificamos una obra de teatro musical, sacando huecos entre clase y clase, aprovechando los escasos ratos de descanso y haciendo un casting entre nuestras compañeras. El musical comenzaba con el asesinato de un hombre a manos de una mafia. Su mujer (la protagonista) buscaría venganza. Por cuestiones narrativas,

necesitábamos un *flashback* que retratara el amor de la mujer por su marido, ya que este era el motor de la protagonista. Mis padres me habían regalado una cámara de vídeo barata, que compraron en el Eroski, y que yo llevaba siempre conmigo.

«Necesitamos retratar su relación apasionada, el amor de la esposa por su difunto marido asesinado. Si no, no se entenderá la venganza», insistía Pilar.

Por razones obvias, no podíamos contar con actores masculinos, así que —en aras de la verosimilitud y narrativa teatral a la que estábamos tan consagradas como al Altísimo— nos vimos obligadas a rodar unas escenas de matrimonio protagonizadas por dos mujeres. Convencimos a una de ellas para que se maquillara y vistiera de hombre y grabamos con mi cámara de supermercado.

El día del estreno del musical, invitamos a la directora de agregadas de la delegación; es decir, la numeraria supervisora máxima de la región. Aún recuerdo su cara de tensión, su sonrisa acartonada e incómoda cuando proyectamos las escenas de nuestras dos compañeras caracterizadas como hombre y mujer con la estética hippy de los ochenta, en pleno homenaje al amor libre, dadas de la mano por Pamplona y retozando en el jardín de la entrada del colegio mayor mientras sonaba *Perfect day* de Lou Reed. En una esquina Pilar y yo nos reíamos, orgullosas de nuestro musical y con la satisfacción infantil de haber desafiado, sin pretenderlo, una de tantas normas.

Cuando ya habíamos acudido a todas las clases sobre historia del Opus Dei, cuando habíamos escuchado las charlas que impartían las directoras de las delegaciones regionales, después de asistir a tertulias con profesoras de la universidad que nos alertaban sobre el auge del *lobby* gay y la ideología de género y habiendo cumplido con fidelidad las normas de piedad pautadas por la directora del curso anual (oración de la mañana y de la tarde, misa, rosario, ángelus, lectura espiritual, preces, visita), podíamos aflojarnos los cilicios de la pantorrilla y descansar un rato. Algunos fines de semana veíamos una película. Nos sentábamos en el salón y la directora del curso anual sacaba un gran proyector, ya que no veíamos la tele. Teníamos teléfonos móviles con internet, sí, pero

Facebook aún no era una fuente de información, sino de conexión entre personas, y había demasiadas cosas que hacer como para preocuparnos del mundo exterior.

La película que proyectaron aquella noche fue *Toy Story 3*. Buenísima. Pilar y yo (yo más) comíamos gominolas a puñados y llorábamos de risa viendo la película, dejándonos sumergir en la ficción que dotaba de sentido a nuestras vidas. Mientras tanto, nuestras amigas no-Opus de la universidad estaban emborrachándose en las fiestas del pueblo, haciendo sus primeras prácticas profesionales en radios y televisiones, o disfrutando de unos días en la playa con su familia comiendo un plato de paella. Pero ¿quién querría esa vida de pecado y perdición cuando puedes santificarte estudiando latín durante el día y luego darte un gustazo viendo *Toy Story 3*?

Pilar y yo aún recordamos la escena en que Lotso, el oso de peluche, es apartado por el resto de los juguetes y abandonado en un camión bajo la lluvia. Lotso comienza a planear su venganza cuando se siente rechazado, aislado y roto, en un dramatismo irónico que nos parecía tronchante. Terminó la película y todas aplaudimos. Pilar y yo repetíamos las mejores frases del guion, que pasaban en cuestión de segundos a formar parte de nuestra jerga particular. La directora nos miraba de reojo.

«Venga, chicas, vamos a hacer el examen de conciencia».

Seguimos a la directora, obedientes, en fila hasta el oratorio. Entonces daba comienzo el «tiempo de la noche», el periodo durante el que los miembros no pueden hablar ni hacer ruido, ni mirar el móvil ni tener distracciones porque deben preparar su alma para comulgar al día siguiente. El tiempo de la noche empezaba con el examen de conciencia y terminaba con el desayuno del día siguiente.

Pilar y yo nos mirábamos, conteniendo nuestra emoción, mientras hacíamos el examen de conciencia arrodilladas y apuntando en nuestras libretas cuántas jaculatorias habíamos dicho aquel día y si habíamos repetido el postre o no, si habíamos sido suficientemente simpáticas con la compañera que nos caía mal y si habíamos hecho por fin la corrección fraterna a nuestra hermana agregada,

superando la violencia interna que nos suponía cumplir con aquellas prácticas. Sin embargo, *Toy Story 3* ya había encendido una chispita en mi imaginación y la de Pilar. Cualquier película tenía la capacidad de hacerlo: recreábamos escenas, nos inventábamos diálogos posibles, dábamos la vuelta a cada historia y jugábamos con los dobles sentidos de cada frase. En definitiva, como niñas de veinte años que éramos, usábamos cuatro palos a nuestro alcance para construir una tienda de campaña donde refugiarnos del frío exterior.

Al poco tiempo, en una de las habitaciones de las residentes del colegio mayor que vivía allí durante el curso académico, encontramos abandonado un oso de peluche enorme: ¡era igualito a Lotso, el oso resentido de *Toy Story*! Se nos ocurrió una idea maravillosa. Lotso planearía su propio secuestro y solicitaría un rescate para volver al mundo de los juguetes. ¿A quién podríamos acusar de secuestrar al oso? ¿Qué víctima propiciatoria podría ser la elegida para esconder el peluche robado? ¡El sacerdote! El sacerdote venía cada día y se instalaba en su despacho, al que teníamos prohibido acceder. El sacerdote tendría unos treinta años, era calmado y bastante guapo, opinión que todas compartíamos (estoy segura) pero no decíamos en voz alta.

Como buen sacerdote de la Obra que acude a un centro de mujeres, vestía siempre con sotana larga abotonada hasta el alzacuellos y mantenía la vista fija en el suelo. Hablaba con una voz susurrante y tranquila, que nos hipnotizaba en cada meditación matutina. Era un sacerdote que no daba miedo, más bien parecía tímido. Quizá se le hacía raro estar rodeado de chicas de veinte años y no poder decirles «buenos días, ¿qué tal?», o «¿cómo llevas el examen de Patrística?». Se le notaba que estaba aburrido, como Pilar y como yo. Seguro que nuestra broma le haría muchísima gracia. Ni cortas ni perezosas, nos afanamos en buscar una estola morada de confesión, que colocamos con sumo cuidado alrededor del cuello del oso de peluche, escribimos una carta con letras recortadas de revista pidiendo un rescate y, antes de la meditación a la que acudíamos con el estómago vacío, nos colamos en el confesionario, un pequeño despacho con rejilla para las confesiones. Rápidas y eficaces, sentamos a Lotso en la silla giratoria del cura,

con el breviario abierto entre las manos y salimos de la salita del cura.

Esa misma tarde la directora nos llamó a su despacho. Ya ni recuerdo qué nos dijo para reprendernos. Solo me quedé con una sensación difusa, a medio camino entre la sorpresa y la rabia, que a día de hoy podría resumir en: «Madre mía, si nos tienes que reñir por esta chorrada, que es la cosa más infantil del mundo, imagínate si nos hubiéramos fumado un porro en el baño». No contesté, pero sí recuerdo que, por primera vez, me daba igual lo que dijera la directora. Todo rezumaba infantilismo. Era una broma inocente y aquella bronca era desproporcionada, según mi sentido de la justicia. Mi escala de la rebeldía iba adquiriendo un umbral más alto que cuando era niña. Me reí por lo bajini mientras Pilar miraba compungida al suelo.

Pilar y yo nos despedimos aquel verano sin abrazarnos, como siempre, esperando vernos en el curso anual del año siguiente. Sin embargo, Pilar no volvió al curso anual. Una agregada me dijo entre susurros y con cara de circunstancias que, por lo visto, había dejado su vocación. Recordé a Lotso en el camión de basura, apartado del resto de los juguetes. No entendía bien por qué ella no seguía fiel en nuestro camino hacia la santidad y yo sí. Éramos *besties*. Las Batman y Robin, las Thelma y Louise de los cursos anuales. Es verdad que no hablábamos durante el año y que, por supuesto, no me había mencionado que quisiera dejar la Obra (eso sería considerado alta traición, una muestra innegable de confabulación y la prueba definitiva de nuestra amistad particular). No alcanzaba a comprender cómo Pilar podía dejar la organización cuando ella era, a todas luces, más lista, más obediente, más buena y más disciplinada que yo. ¿Sería Pilar una traidora? ¿O, peor aún, una débil?

Me daba igual que lo fuera. Una parte de mí sabía que ella era mi amiga. Pero, no sabía determinar si lo que habíamos vivido era una amistad o una hermandad opusina, no sabía qué éramos, en realidad, porque no habíamos puesto nombre a la relación. No hacía falta. Éramos agregadas. Y punto. Ahora no sabría cómo colocar a Pilar en mi vida. No sabría si era mi amiga, mi compañera de

vacaciones estivales, mi hermana espiritual, mi compinche o un regalo que me había dado Dios durante aquellos veranos en Pamplona y que, de acuerdo con sus planes, tenía fecha de caducidad. La eché mucho de menos en el siguiente curso anual y en los que vinieron después, pero no me atreví a escribirle por Facebook. Incorporé una regla de la organización: si una hermana se va, no hagas preguntas.

Hablar con ella estaba al alcance de mi mano. Visto desde fuera, podría parecer que dejar el grupo también era una opción, pero en realidad no era así: yo seguía convencida de que era mi camino designado por Dios. El silencio inundaba aquellos huecos y las preguntas sin responder me paralizaban. Pilar desapareció de mi vida y quedó un vacío, un tabú y una tristeza que solo me hacía repetir aún más fuerte la jaculatoria: «Dios mío, quiero ser fiel hasta la muerte».

Pensaba mucho en ella, pero seguí adelante. Hasta que un día, varios años después, Pilar tuvo la valentía de enviarme un email con el asunto: «Desde Sunnyside, con amor, Ken». Le contesté. Nos hicimos amigas. Amigas de verdad, hasta el día de hoy.

LA CUESTIÓN ES PASAR EL RATO

Inma me suele llamar «personaja», y yo contesto: «¡Tú sí que eres *personaja*!», o «¡menuda *person*!». Somos amigas desde primero de carrera y fue una de las impulsoras de la fiesta del Oktoberfest en mi piso. En el último curso, me invita a unirme al grupo de teatro de la universidad para representar la obra de los hermanos Quintero, *La cuestión es pasar el rato*. El grupo de teatro está formado por *outsiders* de la Universidad de Navarra de distintos cursos y facultades. Algunos son repetidores, han cambiado varias veces de carrera o han dejado la universidad, pero siguen en el grupo de teatro. Decido apuntarme el mismo día que decido cortarme el pelo a lo chico, cortísimo por detrás y con un poco de flequillo por delante. Tengo muchísimas ganas de irme de Pamplona y dejar la universidad. Necesito respirar.

En aquel momento no soy capaz de darme cuenta, pero la mayoría de los miembros del grupo de teatro son gays, algunos siguen dentro del armario y otros están fuera con ciertas reservas, como el chico que cantaba *Single Ladies* en mi fiesta de cumpleaños. En esa época, no se podía exhibir la homosexualidad a la luz del día en el campus de la universidad. Pude intuir que había heterocuriosos, aunque en esa época no utilizábamos ese término. Tampoco sé si hoy se sigue diciendo «heterocurioso» o si es una palabra de persona que ha estado demasiado tiempo en el Opus Dei. Aún sufro una especie de desfase con mi generación, como una

Benjamin Button educada entre el franquismo y los milenial que necesita ponerse al día cada semana para entender los avances del lenguaje social.

En cualquier caso, el grupo de teatro de la universidad aglutina a una parte de la sociedad universitaria que ha sido rechazada de los colegios mayores por cuestiones ideológicas, no va a misa los domingos y sospecha que, por mucho que disimulen, varios de sus profesores pueden ser homosexuales reprimidos. Los estudiantes del grupo de teatro no hablan de esas cosas delante de mí y yo tampoco saco el tema. Parece que están acostumbrados a no encajar en ningún sitio y creo que eso nos une en cierto modo. Me recuerdan a Miranda, a mi grupo de teatro del colegio y a mis amigos del pueblo. No usan pendientes de perlas, no me miran de arriba abajo cuando aparezco en el primer ensayo con mi sudadera negra y solo quieren pasárselo bien en un espacio libre. A pesar de nuestras diferencias, tenemos menos de veinticinco años y queremos vivir una vida universitaria más auténtica.

Es obligatorio que las obras de teatro del grupo pasen una revisión por parte de la universidad. El comité de cultura debe autorizar qué obras se pueden representar y cuáles no, basándose en criterios propios acorde a la ideología de la universidad, de sus objetivos educativos y de promoción de la cultura. A final de curso, en la semana del teatro, cualquier vecino de Pamplona podrá acudir a ver las obras en el centro cívico. Las representaciones son abiertas al público, con un coste mínimo, en un espacio del ayuntamiento. Aun así, la universidad no va a permitir que su imagen se vea dañada por un grupo de irreverentes que se pronuncien en contra de la moral cristiana o el Opus Dei. En cuarto de carrera, el comité acepta que un grupo represente *Dios*, una comedia de Woody Allen. Los actores están impresionados. Yo pienso: «Bueno, lo raro no es que te permitan hacer una obra, lo raro es tener que pedir permiso, ¿no? Esto es la universidad, no un centro». Por lo visto, para ellos es lo mismo y, desde el instante en que ponen un pie en el campus, saben que deben aceptar e integrar las normas no escritas que moldean la academia.

Los miembros del grupo de teatro parecen tener muy claro que,

si la universidad es del Opus, el Opus manda. Esa sensación de que lo privado es público en el ámbito de la universidad y de que lo sociológico debe ser interiorizado para no desentonar me acompaña durante mis años universitarios. Siento una cierta asfixia, una incapacidad de establecer límites claros entre dónde manda el grupo y dónde hay libertad de expresión. Me doy cuenta de que si decidiera dejar la organización, o si fuera lesbiana, por ejemplo, aspectos como mi relación con los profesores, con las numerarias de Pamplona e incluso mi acceso al préstamo podrían verse perjudicados.

Un día llamo a mi madre.

—Mamá, ¿tú qué harías si yo fuera lesbiana?

Silencio. Un silencio largo.

—No sé, hija, llevarte al psicólogo.

Me enfado. No sé explicar bien qué es lo que me molesta, pero el discurso de la terapia de conversión me hace sentir incómoda.

—Mamá, las lesbianas no están enfermas. Ser homosexual no es una enfermedad.

Vuelve el silencio.

Cuando, años después de terminar la carrera, mi amigo Pablo insinúa que Inma, mi amiga y directora de teatro, la «personaja», es lesbiana, me indigno. «Si Inma fuera lesbiana, me lo habría dicho. ¿Por qué no me lo iba a decir?». Pablo se queda en silencio unos segundos y trata de hacer memoria sobre aquella época, cuando los dos actuábamos en *La cuestión es pasar el rato*. «Yo qué sé, Marina, igual porque eras del Opus Dei, o porque no quería decirlo en aquel momento. Mucha gente ocultaba que era gay en la universidad. Pero estoy bastante seguro de que es lesbiana». Trago saliva.

¿Puede ser que Inma tenga un secreto? Hago un repaso mental de mis compañeros: el delegado de mi clase, el director de *Dios*, la hermana de mi mejor amigo, el chico aquel alto, el alumno modélico… un momento, un momento, paren las rotativas: ¿todos han sido homosexuales durante este tiempo y yo no me he enterado hasta ahora? Como suele pasar en estos casos, quiero pensar que no les hubiera juzgado, que siempre he sido una cristiana buena, santa y tolerante, ejemplo de respeto y diplomacia, pero no es

verdad. Lo cierto es que el discurso de odiar al pecado y no al pecador había calado en mí: puedes ser homosexual, pero no tener relaciones, ni tener hijos ni casarte ni hacer nada explícito ni público como homosexual. No se debe practicar la homosexualidad. Tu vida será sometida a escrutinio. El matrimonio tradicional (que yo no viviré por ser célibe) es la única forma de amor aceptada, porque es natural. El celibato no es natural, pero es una vocación. Cualquier argumento encaja en el plan de Dios si crees que tu verdad es incuestionable.

El día que representamos *La cuestión es pasar el rato,* una comedia de los hermanos Quintero, no pienso en esto. Como me enseñaron desde pequeña, me centro en hacer bien mi papel: ahora soy una señora cínica, secretamente enamorada del señor de la casa que, sin embargo, bebe los vientos por una jovencita dulce interpretada por mi amiga Maitane. Soy una vieja que podría ser un cadáver ambulante o una aparición demoniaca. Cada vez que suelto una frase, con la retranca e ironía de la mujer desesperanzada que lleva años alimentando un amor imposible, con la amargura de la anciana que ya perdió la flor de la juventud, con la desdicha de la eterna solterona, la gente se troncha. Busco en mi desesperación la complicidad del público, y lo consigo. Adoro al público y el público me adora. Al bajar, Inma, emocionada, susurra: «Lo has bordado, *person*». Nos damos un abrazo.

En ese preciso segundo, mientras la *person* me sostenía con su abrazo, me arrepentí de no haberme apuntado antes al grupo de teatro. De haber sido así, podría haber conocido a aquellos estudiantes que me enseñaron la otra cara de la universidad y mis años universitarios podrían haber sido muy diferentes. Podría haber sido más libre. Entonces recuerdo mis apuros económicos, mi adhesión emocional al grupo, la falta de tiempo para pensar y el estrés.

El cuarto año de carrera fue el único en que decidí no trabajar, para poder terminar bien el curso, aunque eso implicara pedir más deuda al banco. Sin embargo, esa decisión me permitió ir a los ensayos de teatro. Los miembros del Opus Dei tienen prohibido ir al cine, al teatro y a conciertos, salvo excepciones puntuales. Es decir,

lo que pude hacer durante esos años universitarios fue porque, o bien se me concedió un permiso excepcional para que no abandonara mi vocación, o bien lo hice con el cargo de conciencia de saber que estaba yendo en contra de las normas y asumiendo el coste emocional de la culpa. La deuda era muy alta.

¿Cuándo es un buen momento para salir del Opus? Cuanto antes, supongo, o en cuanto puedas. No hay normas. Algunos pensamos que lo mejor sería no entrar.

En la nevera, tengo unas fotografías de mi visita a Inma, donde salgo con el pelo teñido de rosa fucsia, muchos años después de terminar la carrera y dejar mi vida de agregada. Desde Edimburgo, donde vive ahora, la *person* me envía una invitación a su boda y una foto de sus dos hijas recién nacidas. Compro los billetes, por supuesto. Brindaremos con unas buenas pintas de cerveza y seguiremos celebrando la vida y el teatro que nos unió en un lugar insospechado.

ACTO V

VERDES PRADERAS

Al día siguiente de mi graduación, después de una infructuosa búsqueda laboral durante cuarto de carrera para hacer prácticas remuneradas y gracias al contacto de un profesor de la universidad, me embarco en un vuelo hacia Filipinas. Voy a hacer un reportaje para una ONG, estoy emocionada y nerviosa. Solo tengo veintidós años y será mi primer viaje transoceánico, yo sola, para iniciar mi carrera en el ámbito audiovisual. Estoy convencida de que será la oportunidad de mi vida y que, cuando vuelva de Filipinas, me lloverán las ofertas de trabajo y habré adquirido una experiencia increíble. Mi padre se niega en rotundo a que me vaya tan lejos de casa y me echa una bronca que me deja llorando. Insisto en que no es un viaje de placer, es el único trabajo que he encontrado, durará un mes y, encima, ¡me pagan! Nada de eso le convence.

«Vas a Filipinas a hacerte la guay».

No hay manera de que entre en razón. Para mi padre, hacer un documental en la otra parte del mundo no es un trabajo de verdad. Decide retirarme la palabra durante el tiempo previo a mi viaje, o quizá no sabe ni qué decir después de nuestra discusión. Hay vocaciones maravillosas que se pueden practicar con seguridad (monja o numeraria auxiliar), y hay vocaciones llenas de peligros para las mujeres, como grabar en un país extranjero.

En Manila me recogen los empleados de la ONG y me reencuentro con mi antigua compañera de piso, Sofía, a la que no

pensaba volver a ver. Nos damos un abrazo y nos reímos mientras recordamos nuestra época viendo *Las chicas Gilmore* y cuando la encargada del piso saltó del asiento al ver *Juno*.

Ruedo durante dos semanas en distintos lugares de Filipinas, bajo el calor y la humedad, con *jet lag* y la falta de experiencia típicas de una recién graduada que nunca ha cogido una cámara de vídeo en cuatro años estudiando Comunicación Audiovisual. Insegura, aprieto el botón de *ON*. Capturo, extasiada, los cocoteros enormes, las playas del océano Pacífico, las hectáreas verdes de arrozales que contrastan con el tráfico y el ruido de la megalópolis. Me reúno con algunos representantes locales, grabo en colegios los proyectos de la ONG y desde la lente de mi cámara descubro un país complejo y maravilloso. En el retrovisor de las camionetas cuelga un rosario, un japa mala y la estrella Mabuhay. Dos semanas después de estar trabajando allí, yendo a misa de cinco de la mañana y sacando tiempo y energías para cumplir con las normas de piedad estipuladas, decido que es el momento de acudir a un centro del Opus Dei para confesarme de una variedad de pecados: pereza para levantarme por la mañana, no hacer apostolado con mis compañeras de trabajo, no haber ido a misa un martes, no haber rezado el ángelus a las doce y haber sido demasiado simpática con los guapos botones del hotel que recogen mis maletas.

He decidido no llevarme el cilicio, por miedo a que me lo intercepten en el control de seguridad del aeropuerto así que, por primera vez desde los quince años, estoy un mes sin usarlo. Me genera sensaciones contradictorias: ¿debería confesarme por eso?, ¿lo que vale en España no vale en Filipinas? Tranquilizo mi conciencia pensando que es un caso excepcional, y caigo en la cuenta de que la mayoría de numerarias y agregadas que conozco no se dedican a esta profesión ni se tienen que plantear si llevar el cilicio en un vuelo intercontinental. Me pregunto si caeré en el relativismo al permitir estas dudas sobre la aplicación de la norma en mitad de la selva filipina.

El centro en Cebú al que acudo es el más grande que he visto, y eso que he estado en muchos desde que soy bebé. Tiene un gran jardín en la entrada e incluye un centro de formación profesional

para numerarias auxiliares, enfocado en mejorar sus destrezas de limpieza y cocina para servir a otros centros de la organización en el mundo. Como esta visita al centro supone una pausa en mi semana de rodaje, he invitado a la *fixer* que me acompaña durante el mes que dura el proyecto, en un acto de proselitismo y confianza. Es una chica filipina encantadora, muy católica, casada con un hombre muy católico que, sin embargo, son críticos con la radicalidad de la organización. Ya me ha preguntado al respecto, cuando le he dicho que no tengo novio y no pretendo tenerlo. Veo su cara cuando entramos en el oratorio, decorado con pan de oro hasta el techo, y cuando observa el comedor donde la mesa está dispuesta, impecable. Yo he estado en su casa, pobre pero digna.

Un sexto sentido me dice que el hecho de ser blanca, española y agregada hace que las numerarias filipinas sean más amables conmigo y se deshagan en atenciones. Se me hace raro, pero al mismo tiempo aprecio su acogida. La directora me cuenta que en Filipinas no hay muchas agregadas. En esa parte del mundo, por lo visto, Dios tiene predilección por las numerarias auxiliares, sus favoritas, las hermanas pequeñas de la Obra, las madres que cuidan de los numerarios con la delicadeza y discreción que corresponde. Lo que años antes había aceptado como voluntad divina, ahora me empieza a chirriar. Dios es muy organizado, ¿demasiado organizado, incluso?

La ostentosidad de la institución en Cebú me revuelve el estómago. Mi compañera, la *fixer*, que a diferencia de mí ha leído *El Código Da Vinci*, me hace muchas preguntas cuando salimos de allí. Contesto algunas y otras las desvío. Ni yo misma sé cómo responder cuando me pregunta si todas esas chicas usan el cilicio. Cuestiona por qué Dios, viendo el sufrimiento que hay en el planeta, se complacería en que una criatura hiera su cuerpo. Me pregunta si estoy en contra del uso del preservativo para controlar la natalidad. Sonrío de manera inflexible, como he visto hacer a las numerarias cuando quieren decir que no, que no se pueden hacer excepciones. Mi compañera no tiene las típicas dudas básicas de mis amigas de la universidad, el mundo es mucho más complejo de lo que pensaba y de lo que me han enseñado en las aulas de la facultad. Sus

argumentos tienen sentido, pero me niego a caer en el relativismo: la «religión a la carta» es una trampa. Mi doctrina es la mejor, y se caracteriza por no ceder ni un ápice en cuestiones de moral. Yo, blanca, europea y defensora de la moralidad cristiana, estoy legitimada para dar lecciones porque mi vida es casta y pura. El Espíritu Santo está de mi lado.

Al día siguiente, nos toca rodar en un vertedero donde una mujer, que ha sufrido varios abusos, se encarga de clasificar la basura. Aguanto las lágrimas y grabo su testimonio. Aunque vea después el vídeo en mi pantalla del ordenador, el día a día de la mujer que separa con parsimonia los plásticos no es ficción, no tiene que ver con mis comedias adolescentes. Me doy de bruces con la realidad más cruda a la que me he enfrentado jamás, y tengo que tomar decisiones: qué grabar, qué preguntar, cómo acercarme a una experiencia para la que no estoy preparada ni tengo herramientas. Una cámara de vídeo, un trípode y un título universitario de una universidad prestigiosa no significan nada, absolutamente nada. ¿Soy una buena profesional? ¿Soy una buena cristiana? Si tengo que santificar mi vida con el trabajo, algo falla. No tengo ni idea de cómo hacer este proyecto. El calor y la humedad señalan que se aproxima el monzón. Empieza a llover, como no he visto llover antes, pero mi compañera me mira, divertida, diciendo: «¡Esto es una lluvia normal!». Recogemos y volvemos al hotel. Me tumbo en la cama, abatida, con un agotamiento que ya empieza a ser una segunda piel.

Una noche, vamos a cenar con algunas voluntarias de la ONG y a mi lado veo un par de hombres blancos, enormes, viejos, desaliñados, que cenan con dos chicas filipinas no mayores de quince años. Mis compañeras de trabajo me explican que, por desgracia, el turismo sexual es frecuente en los bares y las calles de Manila. No puedo seguir cenando, se me hace un nudo en el estómago. En cuestión de horas y semanas, con un océano de por medio, el mundo se ha vuelto un lugar enorme e inescrutable donde mis códigos y esquemas no tienen validez.

Me siento impotente y, por primera vez, me rebelo contra Dios. «¿Cómo puedes permitir esto?». No sé qué significa *esto*, supongo

que *esto* es un término insuficiente para englobar la injusticia, el dolor, la desigualdad y la maldad humana.

—¿En España os cuentan cómo fue la independencia de Filipinas?

Pienso «pérdida de las colonias» y «los últimos de Filipinas» y contesto a mi compañera que no, no se menciona a José Rizal en los colegios de España. Necesito explicaciones y Dios sigue sin responder. Quizá la culpa no es de Dios, quizá no es Dios el que tiene que arreglar el mundo y no es Dios quien ha provocado esta situación. La sensación de injusticia y mi propio privilegio me asfixian: quizá la culpa, como siempre al fin y al cabo, es mía. Tengo que rezar más.

Me despido con abrazos de mi compañera de rodaje, de su marido, de las voluntarias y trabajadores de la ONG y de mi amiga, pensando, una vez más, que no volveremos a vernos. Cuando regreso a Miranda sana y salva, mi padre decide levantar la veda y, por su propia voluntad, vuelve a hablarme. Está muy orgulloso de su hija, la sexta, que ha llevado a cabo una hazaña impensable para la nieta de un pastor burgalés.

El proyecto de Filipinas marca un antes y un después, y cambia mi percepción del mundo y de mí misma. Me hace más crítica y me impulsa a estar más informada, pero no soluciona mis problemas económicos ni, por supuesto, hace que mi currículum atraiga a los empleadores ni se resquebraje mi confianza ciega en el Opus Dei y mi título de la Universidad de Navarra. A la deuda pendiente con el banco se van sumando los intereses, bajos, pero constantes. Los indignados del 15-M dejan las acampadas y los contratos de prácticas se vuelven cada vez más precarios. La nueva palabra de moda es *minijob*.

Rezo a la estampa de san Josemaría Escrivá cada día para encontrar trabajo y escribo una carta a la decana de la facultad, pidiéndole que, al menos para los alumnos con deudas bancarias sin aval, exista la opción de solicitar prácticas remuneradas. Necesito dinero, pasta, panoja. Desde la universidad, un profesor designado por la decana me informa: si obligan a que las prácticas se paguen, muchas empresas no ofrecerían esta opción a sus alumnos. Es la pescadilla que se muerde la cola, y no puedo salir del laberinto

capitalista. En el buzón de casa se acumulan las cartas del banco solicitando que devuelva el crédito y los intereses suben mes a mes.

Encadeno trabajos sin declarar y vuelvo a Pamplona unos meses para un proyecto de comunicación, gracias al mismo profesor de la universidad que me propuso el rodaje en Filipinas. Yo ya no soy la misma y Pamplona no es igual que antes. Se han ido mis amigos de clase con sus Oktoberfest y cada vez se me atraganta más ese mundo universitario perfumado con *eau d'Opus*. Un aroma embriagador, lleno de sonrisas, camisas con cuellos y puños sin una arruga, hombres con traje, mujeres con fulares y una secreta violencia económica, psicológica y espiritual que aún no sé definir pero que inunda cada rincón del campus. Creo que no podré salir, Pamplona será mi *peak* y solo el silencio me protegerá.

Desesperada, me refugio en la ficción: por las noches, engancho capítulos y capítulos de series en sitios web como Cuevana, Megaupload, Putlocker, descargas piratas del eMule y Ares. Quiero irme de Pamplona y de España, quiero irme del mundo conocido. Creo que estoy empezando a descubrir la parte oscura de la vida adulta y no me gusta ni un poquito. Para sobrevivir, necesito hacer trampas y no informar a mis padres sobre mis siguientes pasos. Solo ponen palos en la rueda.

Consigo una beca pública de la Unión Europea para hacer prácticas en Manchester durante medio año con una remuneración de seiscientos euros mensuales. Antes de irme, la directora del colegio de Bilbao donde fui becada en bachillerato me ofrece un trabajo como profesora en el colegio de chicas con uniforme. Me reúno con ella y, a pesar de mi necesidad económica, rechazo la oferta: no he estudiado para ser profesora, ni quiero serlo, tampoco me gustaría trabajar en un colegio de chicas, y no quiero recibir ofertas laborales por ser miembro. ¿No se supone que la institución religiosa no es un espacio de *networking* y se ofenden cuando les acusan de hacer negocios por detrás? No tengo preparación, ni ganas, ni vocación de profesora. La propuesta es extraña. Ella parece decepcionada, pero necesito preservar mi independencia o acabaré arrastrada al laberinto de las profesoras, tutoras, directoras espirituales, cumpliendo varios personajes en uno. Sonrío y me

despido, con la sensación de que, a partir de ahora, la vida tomará un rumbo más difícil. He elegido mi propia aventura, y eso me llevará a enfrentar otras dificultades. El mercado laboral, por ejemplo. Un tiempo después, me voy a Manchester, con mi sudadera en la maleta, mi beca de seiscientos euros y la ilusión de dejar Pamplona atrás. Por primera vez, mamá me pregunta cuánto dinero tengo y me hace un ingreso sin que papá se entere. «Por si acaso lo necesitas», me dice. Seguiré siendo agregada, pero a mi manera, y seguro que cuando vuelva de Reino Unido encontraré un buen trabajo con contrato fijo. Enciendo el mp3 y escucho mis canciones descargadas del Ares.

En la vorágine postuniversitaria, en medio de la desbandada de estudiantes recién graduados a Reino Unido, hago el ritual de la fidelidad a la Obra. Es el último paso en mi vinculación con la organización. Confirmo mi matrimonio celestial con Dios poniéndome un anillo con diamantes que han comprado mis padres haciendo un enorme esfuerzo. No tengo dinero ni apoyo de mis padres para pagar el préstamo, pero sí para comprar un anillo siguiendo las indicaciones estipuladas por la organización: debe ser de oro o plata y tener alguna piedra preciosa incrustada. Mis padres acceden a comprarlo porque yo no tengo un duro y ellos saben que sin esa sortija no podría hacer la fidelidad.

«Total, como no vas a casarte, al menos te hacemos un regalo».

Según la norma, una vez en Reino Unido firmo el testamento donde dejo mis bienes a miembros del Opus Dei, representantes de fundaciones y colegios, incluso un par de vecinas de Pamplona que no conozco. La directora de agregadas, la misma que sonreía incómoda viendo el vídeo de dos mujeres hippies dándose la mano que Pilar y yo preparamos en el curso anual, me envía la plantilla, desde Pamplona hasta Manchester por correo certificado. Copio —palabra por palabra, de mi puño y letra— el testamento. Dudo unos instantes.

—Veo que este testamento incluye una fundación asociada a un

colegio de Madrid. Yo no quiero que con mi dinero se financien colegios segregados por sexo.

Mi voz es firme y tajante. Aun así, la directora de agregadas se encoge de hombros.

—Marina, tú solo tienes que confiar en el Opus Dei. El Opus Dei apoyará las iniciativas apostólicas que considere más convenientes. Es tu familia y usará el dinero con responsabilidad. Es tu familia. Confía. Confía. Es tu familia.

Como siempre, ese desdén hacia mi criterio, ese saltarse límites disfrazado de positividad y cercanía, con una sonrisa, me neutraliza. El mensaje queda claro: el testamento, en mi caso, no es negociable. Y los colegios son «iniciativas apostólicas». No hay salida. Cumplimos un rol, yo también. Firmo. Si lo piensas bien, tirar casi diez años de compromiso y un anillo de diamantes por esa nimiedad, no tendría sentido. Cuando llegue el momento de mi muerte, seguro que puedo cambiar esa cláusula. Tiempo al tiempo. Yo soy muy lista y a mí no me engañan.

Firmo mi testamento de la fidelidad y, tras cumplir el ritual dirigido por el sacerdote y con la directora del centro como testigo, me coloco el anillo en el dedo anular de la mano izquierda. Este ritual de enorme simbolismo es mi compromiso de por vida. ¡Seré fiel hasta la muerte, ahora sí! ¡Lo he conseguido! ¡He llegado al máximo nivel! Es el 5 de octubre de 2012. Al día siguiente cumplo veintitrés años y lo celebro sola, porque en el centro de Manchester hay muy pocas agregadas y apenas tienen tiempo para estar conmigo. Hay bendición porque es fiesta A, eso sí. Aún no he conseguido hacer amigas en la ciudad. Las numerarias me felicitan y me dejan comiendo un postre que la administración ha preparado para mí. Una amiga de la universidad, Rocío, me envía por sorpresa una caja de dulces y productos desde España. Se lo agradezco muchísimo. En Manchester no tengo un teléfono con internet, porque es más caro, pero nos escribimos por email.

En Manchester hace muchísimo frío, más que en Miranda, y en octubre y noviembre ya anochece a las cuatro de la tarde. Cuando mi casera (la señora mayor viuda y con la que vivo en el piso) decide que paso demasiado tiempo trabajando en casa, o leyendo en el

sofá, o cocinando, o tomando té con leche, me pide que me vaya. Me manda un SMS y me comunica que debo dejar el piso en menos de una semana, porque ya ha alquilado mi habitación a otra persona. Recibo el mensaje y me quedo en shock. No tengo contrato de alquiler así que no creo que pueda tomar acciones legales al respecto.

Desesperada, llamo a mi madre para darle la noticia e inicio una búsqueda en Spareroom, la plataforma británica de alquiler de pisos: necesito una habitación en un piso exclusivo de chicas, que cueste menos del equivalente en libras de unos 200 o 300 euros (la mitad del importe de beca) y que esté disponible en una semana. No lloro. Una vez más, busco soluciones. Creo haber encontrado un piso, pero mi madre me alerta. Me dice que puede ser una posible estafa y no se equivoca. Menos mal que me echa una mano. Mi madre —como suele hacer— me dice que pida ayuda en el centro. Ella siempre confía en el Opus Dei y desconfía de las ofertas del mundo exterior que suenan demasiado buenas para ser verdad. «Tanta amabilidad confunde», repite con ironía. Yo sé que las numerarias nunca han buscado piso en una aplicación y sospecho que no acaban de entender qué hago en Manchester pudiendo vivir con mis padres, pero aun así hago caso al consejo de mi madre y les pido ayuda.

Aviso a la directora del centro de mi situación. Estoy tan desesperada que me planteo mudarme con un matrimonio que alquila una habitación sin ventana, a las afueras de la ciudad. He buscado trabajo como limpiadora en un hotel para complementar mi beca de prácticas, pero los horarios no me cuadran. La directora del centro se niega a que me mude al piso con el matrimonio: no es de recibo que una agregada, una célibe, viva con un hombre, por mucho que esté casado. Suplico ayuda a la directora, necesito encontrar un alojamiento, el que sea.

Con la pena, condescendencia y firmeza típica de las numerarias, sostiene que no puede ayudarme, porque las agregadas no pueden vivir ni siquiera unos meses en un centro y, como los miembros agregados viven de su trabajo, tampoco pueden apoyarme con dinero. Es la norma. Es inflexible. El dinero, el préstamo, el alquiler, el sueldo es mi puñetero problema. El Opus Dei es una familia

cuando a las auxiliares les toca limpiar y preparar la comida para la fiesta A o cuando me toca entregar el sueldo cada mes, claro, pero no cuando a tu casera se le va la olla y te deja tirada en la calle. Repaso lo que memoricé en el catecismo, todas las normas insertadas en el software de mi cerebro robótico, descargo todas las preguntas almacenadas en mi disco duro y no recuerdo que los libros internos mencionen ningún punto específico sobre la caridad cristiana.

Colapso. Lloro en el último asiento de la iglesia. Me empiezo a hundir. ¿Quién maneja el mundo?, ¿por qué lo ha diseñado tan mal? Me rebelo. Me niego a tocar fondo y levanto la cabeza: ahí está, en el sagrario, Dios, bien guardado en su cajita sin pasar frío ni calor. Sin pagar alquiler ni IBI. Él sí tiene casas increíbles: catedrales, oratorios ostentosos (¡Torreciudad!), casas de retiros, colegios mayores, iglesias diseminadas por el mundo. Allá donde vaya, una numeraria tiene una casa. Yo no. Yo estoy sola con Dios porque es mi vocación. Una vocación que tiene sus ventajas y desventajas, no hay más vueltas que darle, no sirve lamentarse. La moneda clavada en mi garganta ya no es un euro ni un *pound*, se ha ido haciendo grande hasta convertirse en un lingote de oro. Es un maldito lingote del tamaño de un ladrillo, que pasa a ser tan grande como la burbuja inmobiliaria y el tardocapitalismo. Miro mi anillo con diamantes, pero no se me ocurre venderlo. Eso sería altísima traición a mi recién estrenada fidelidad. Mi anillo, en cambio, se transforma en un recuerdo de que Dios me cuida, es un amuleto de protección divina. Me limpio las lágrimas y me arrodillo en el reclinatorio.

Un haz de luz ilumina el sagrario al fondo de la iglesia, rodeado por un precioso retablo tallado en madera. Entonces, tengo una revelación. «Dios es mi padre. Mi padre es el dueño de todas las casas del mundo. Él es mi pastor, nada me falta, en verdes praderas me hace recostar». Beso mi anillo de la fidelidad, salgo de la iglesia y observo a una urraca que se posa en la lápida, en uno de los cementerios protestantes que pueblan la ciudad. Escucho Joy Division en mi mp3 mientras deambulo por Manchester, entre la niebla.

Llego a casa y accedo otra vez en la página de Spareroom para

buscar un piso de chicas donde vivir sin poner en peligro mi vocación. Debo proteger mi don divino, es lo más importante, no puedo perder el control. Mientras tecleo con los dedos bien colocados, como me enseñó mamá, no se me ocurre pensar que, colgado en mi anular, como si tal cosa, llevo cientos de euros que podrían estar en mi cuenta bancaria y pagar alguna noche de hotel. No, ni se me ocurre pensar en eso. No vendería mi anillo ni por todo el dinero del mundo.

Al día siguiente, encuentro un piso en Old Trafford, con una señora india jubilada, Radha, que se convierte en mi mejor amiga en Manchester. Radha me instala en la habitación de una de sus hijas, licenciada en Literatura por Cambridge. De pronto, de la noche a la mañana, me veo viviendo en un cuarto con las paredes cubiertas de estanterías y libros hasta los topes. Libros de filosofía, política, literatura y teatro al alcance de mi mano, como en mi casa de la infancia, como en los viejos tiempos. Cuando no puedo dormir, leo. Cuando estoy triste, leo. Leo con culpa, pero leo. Necesito saber, necesito evadirme y necesito alimentarme. Devoro *La naranja mecánica*.

Para mi sorpresa, descubro que la obra tan polémica y censurada de Anthony Burgess es, en realidad y en sus propias palabras, «un sermón». Envalentonada, y gracias al wifi de Radha, voy un paso más allá: me descargo la adaptación cinematográfica en el ordenador, con las manos temblorosas, consciente de que no he pedido permiso a la directora, y que estoy haciendo algo prohibido. Mientras veo la película, se me van abriendo los ojos. Pasan ante mí las imágenes de Kubrick sin censura, sin prohibiciones, sin miedo. Empiezo a pensar que lo que parece malo puede ser bueno, y al contrario. Vivo mi propia revolución particular sorteando la censura inculcada. *La naranja mecánica* me parece un auténtico *horrorshow*. Cuando termino de verla, presiono la tecla del *PLAY* en mi reproductor VLC del ordenador portátil, bajo la mirada de Dios, en mitad de la noche. La película empieza de nuevo.

Dios es mi padre y no me abandonará jamás, perdona mis transgresiones, que quedan entre él y yo. No respondo ante nadie más que él. Soy fiel a mi vocación y estoy feliz a pesar de las

dificultades. Tumbada en mi cama, rodeada de libros y dando gracias a Dios por haberme llevado a tan buen puerto, me reafirmo en que los milagros existen.

EL EXORCISTA

Firmo un contrato fijo para trabajar en una universidad privada vinculada al Opus Dei, en Barcelona. Me siento incómoda cuando las personas que conozco en los cursos anuales y convivencias se convierten en contactos laborales, pero después de que mi currículum haya sido rechazado para trabajar de camarera en Miranda, no sé qué más puedo hacer para conseguir un contrato fijo, el Santo Grial de los milenial. No consigo trabajo en Manchester y necesito un ingreso más alto. Así que cuando una compañera agregada me ofrece la posibilidad de hacer una entrevista en la universidad donde ella trabaja, acepto. Me trago todas mis palabras, mis principios de separación de trabajo y vida personal, de creencias religiosas y vida académica, y acepto. Al menos no es un colegio segregado y mis alumnos no son menores de edad. Mis padres están contentos: por fin tengo un trabajo de verdad, un trabajo prestigioso, con un horario normal, y que ellos entienden.

Estoy convencida de que en Barcelona conseguiré terminar de pagar el préstamo, pero no puedo evitar sentir que me he traicionado a mí misma. Desde la sucursal del banco me informan de que los ingresos que he hecho en los últimos dos años, ahorrando en tabaco y cafés, apenas llegan para cubrir los intereses. Cada vez que hablo con Higinio el prestamista, aumenta mi dolor en la garganta y el corazón se me acelera, pero ya no puedo hacer más. Solo yo puedo salir del lío en que me he metido. Decido no sacar el

dinero en efectivo para llevarlo al centro; ahora les digo que es mejor hacer una transferencia directa para el crédito según me llega la nómina. La secretaria asiente, seria, pero me recuerda que presente cada mes los gastos, donde debo indicar a qué destino mi sueldo. Los miembros célibes lo hacen.

El contrato fijo en la universidad viene condicionado por mi compromiso para hacer una tesis doctoral. No tengo claro si sirvo para la carrera académica, y más aún en una universidad de la institución, donde no acabo de sentirme cómoda. En cierta manera, voy construyendo un futuro laboral opusino estereotípico, el estilo de vida que nunca he querido llevar: me miro al espejo y veo una réplica de mis profesores de la universidad. ¿Yo también acabaré comparando a los homosexuales con cuajadas? Tengo miedo de mí misma, como si no estuviera tomando mis propias decisiones, como si las circunstancias me estuvieran empujando hacia el lugar donde no quise estar y la vida hubiera echado a rodar, aplastándome. He pasado de ser alumna de la universidad, a ser profesora. He completado el círculo y no tengo un grupo de teatro cerca en el que refugiarme. Tampoco queda bien impartir clase con mi sudadera negra de Quiksilver en una universidad privada.

Debido a la nueva normativa de doctorandos, para poder hacer la tesis debo cursar un máster de investigación, y ahí marco una línea roja. Me niego a estudiar en una universidad del Opus Dei. No estoy dispuesta a repetir la asfixia de Pamplona. Busco, como un perro trufero o como Hansel y Gretel, las miguitas que me conecten con la realidad, con un mundo no mediado por la institución. Mientras algunas personas encuentran en su vinculación con el grupo (o en su falta de cuestionamiento) una vía de progreso y escalada profesional, yo solo veo un arma de doble filo, un *quid pro quo*, un disparo al pie.

En la universidad pública aprueban mi solicitud porque mi media de notable y mi situación económica sí resulta suficiente para que Papá Estado me otorgue una beca. Basándome en experiencias pasadas, oculto mis decisiones a mi directora espiritual y a la directora del centro, y me matriculo en el máster de Humanidades de la Universitat Pompeu Fabra. Tampoco menciono que tengo

amigos chicos. Me siento una desertora, como si estuviera escarbando un túnel con una cucharilla de yogur, buscando un salvoconducto para que mi cerebro no se atrofie, alimentando una pasión por estudiar, leer, pensar y vivir que escape a la supervisión opusina. Ahora, seis años después, empiezo a entender lo que decía mi hermano sobre el lavado de cerebro.

Asisto, por fin, a la universidad pública. Tengo que recorrer Barcelona cada día de punta a punta y leo los libros obligatorios para clase sentada en el V7, cuando termino de pasar las cuentas de los misterios dolorosos del rosario los martes y los gloriosos los miércoles, pero merece la pena. Descubro que no todos mis compañeros son rojos e incluso mi nueva amiga (que sí es roja, ¡menuda casualidad!) respeta mis creencias, sin intentar convencerme, sin hacer apostolado comunista ni adoctrinamiento *woke*.

Además descubro, con grata sorpresa, que tampoco mis profesores piensan igual. Me parece, incluso, que algunos profesores se contradicen entre ellos. Una catedrática en Literatura nos habla sobre Hildegarda de Bingen y me pregunto por qué, en diez años en el Opus Dei, estudiando meses y meses de teología y filosofía cada verano, no había escuchado nombrar a una doctora de la Iglesia. He tenido que descubrir el misticismo en una universidad pública. ¿Puede que la doctrina y la educación opusina no sea tan buena como proclaman? Me veo obligada a pensar con un nuevo marco de referencia y lo disfruto, igual que hacía en clase cuando era niña. Leo muchísimo, me enfrasco en la hermenéutica, en la literatura comparada y me imagino que el mundo es un gran texto que puedo interpretar y que me invita a sacar conclusiones propias. Empiezo a pensar, incluso, que escribir y crear es posible para mí.

Durante mis horas de trabajo en el despacho de la universidad privada, escucho una y otra vez en YouTube el disco de Brian Eno *Apollo: Atmospheres and Soundtracks,* que el músico compuso a raíz del alunizaje del Apollo 11. La atmósfera de grandiosidad me sobrecoge, me siento pequeña en un mundo enorme y complejo. A veces lloro sin darme cuenta y las lágrimas caen sobre mis

apuntes de Teoría de la literatura cuando suena *An Ending (Ascent).* Tengo el alma hecha trizas, famélica y deshidratada.

En esa misma época, un astronauta estadounidense que hace fotografías desde el espacio acude a la universidad privada donde trabajo para dar una charla y varias alumnas me piden que les ayude como traductora. Le entrevistan para la radio y, a medida que interpreto las palabras de Pettit al castellano, cuando voy describiendo las sensaciones de vivir en el espacio, tomando palabras ajenas y haciéndolas propias, traduciendo la experiencia del astronauta extranjero al hombre común español, escucho los ecos de la ascensión de Brian Eno y resuena con fuerza el cántico de Hildegarda. Se abre dentro de mí una posibilidad llena de admiración y sueños inalcanzables. Me imagino al Pettit niño, aquel chaval que un día dijo «quiero ser astronauta. Quiero estar en la NASA», igual que cientos de miles de chavales en el planeta. Fue uno de los pocos que pudo hacerlo. No necesitó una llamada divina para cumplir su propósito, ni tuvo una revelación mística. La misión interespacial, tal y como Pettit la describe, se parece más a un deseo unido a las circunstancias y el trabajo en equipo que a una predestinación guiada por una voluntad de hierro. Cuando termina la entrevista, necesito encerrarme en el baño. No quiero que los alumnos y compañeros me vean llorar.

Sigo calmando mi ansiedad con el cine y vigilo mi corazón para no enamorarme. Tengo prohibido enamorarme. Amar a una persona de carne y hueso es un pecado, una traición y me llevará directa al infierno. Pertenezco a Dios, no debo olvidarlo ni un solo día de mi vida, pero noto que mi corazón se va transformando en un desierto que no reverdece. La ficción llena los huecos. Me engancho a la serie *Freaks & Geeks*, que puedo ver gratis en YouTube y que me ayuda a vivir una adolescencia interrumpida. Solo necesito un ordenador y unos cascos: tecleo, husmeo, busco historias que me hagan sentir menos sola y menos rara, donde pueda habitar en una pseudorrealidad. A veces me pregunto cuál es el simulacro: mi vida o lo que veo en la pantalla.

Sigo confesándome, cada semana, por supuesto. Hago lo estipulado. Mientras, me enamoro sin remedio de James Franco,

pero me enamoro con un amor distinto al que me enamoré de Johnny Depp y diametralmente opuesto al que sentía por el señor Darcy del libro *Orgullo y Prejuicio*. La adolescencia posmoderna estaba llegando a mí, solo que con diez años de retraso. Aquella chica que soñaba con ser escritora, con hacer películas y teatro reaparece, pero con una nueva voz más quejica, más cínica, más amargada y dubitativa: ¿me estoy perdiendo algo de la vida? En la universidad soñaba con crear una obra propia, mía y solo mía. Cada vez veo más lejos esa posibilidad: desde mi rol de aspirante a doctoranda me dedico a criticar y comentar, enseñar y analizar lo que otros crean. Mis alumnos hacen prácticas en productoras, y yo peleo para que les paguen. Soy apenas tres años mayor que ellos pero siento que he envejecido de golpe, como si cargara el fardo de la vida sobre mis espaldas y arrastrara una pesadez que mis guías espirituales siempre han identificado como madurez y compromiso.

Me desoriento en Barcelona, corro de lado a lado, estudio, trabajo, quedo con las pocas amigas que tengo para compartir mis quejas, mis frustraciones, y mi cerebro empieza a cortocircuitar. Pierdo las cosas por casa, incluido mi anillo de la fidelidad. Estoy ansiosa.

—¡Chicas! ¡Por favor! ¡Ayudadme a buscar mi anillo!

Levanto cojines, muevo libros, histérica.

—Si pierdo este anillo…

Mi compañera de piso me mira extrañada.

—¿Qué, Marina, qué pasaría?

No puedo contestar. «Si pierdo este anillo, si pierdo mi fidelidad, mi vida no tendría sentido». Es un horrocrux, y yo soy una pieza del puzle de Dios, el divino guionista que va desarrollando las tramas y subtramas de mi existencia. Mi vida solo tiene sentido dentro del plan de Dios para mí y si ese objeto desaparece, mi alma se consumirá al instante. Toda mi trayectoria desde niña, con mis defectos y virtudes, ha ido encaminada a cumplir el plan. Pero cada vez me siento más a la deriva y ya no diferencio qué es culpa, qué es amor y dónde está el bien y el mal. Dios es mi padre, eso lo tengo claro, pero no estoy segura de que Barcelona sea una verde pradera donde recostarme. Más bien parece una ciudad a punto de

explotar. Los okupas toman Can Vies, la crisis se hace más profunda y una grieta fractura su identidad enfrentando a sus habitantes al abismo. Yo la primera.

—Creo que estoy poseída.

En un viaje de autobús, yendo del trabajo a la universidad pública en el V7, necesito bajarme y entrar en una farmacia. Estoy pálida y mareada, a punto de caerme al suelo. Las farmacéuticas se miran preocupadas, les digo que estoy bien, estoy con la regla. «Seguro que solo es un poco de anemia sin importancia». Mis reglas son muy abundantes, pero tampoco se me ocurre ir al ginecólogo ni hablar sobre la menstruación con las numerarias. A pesar de que pertenezco a una comunidad religiosa rodeada de mujeres, no hablamos sobre un tema tan… pegajoso. Sonrío. Sonrío muchísimo. Estoy bien. Las farmacéuticas hacen una excepción y me dan unas pastillas de Ferbisol. Me recomiendan hacerme una analítica cuanto antes. No saben que odio a los médicos y las agujas. No saben que evito el ginecólogo y los hospitales desde la adolescencia. Mi voluntad está por encima de la salud. La actitud va por delante. Todo va bien, Dios es mi padre.

Mi compañera de trabajo conoce el Opus Dei, pero no le gusta. Como yo, las dos trabajamos en la universidad vinculada a la organización. Yo me tomo el trabajo con resignación y agradecimiento servil, y ella con practicidad. Conforme nos hacemos amigas, confronta mi vinculación a la institución religiosa de manera directa. Ninguna amiga se había atrevido a tanto. Me hierve la sangre. No quiero hablar, ¡no quiero dar explicaciones a nadie! ¡Nadie me entiende! ¡Soy libre! ¡Hago lo que me da la gana! ¡No soy una adolescente! Y, sin embargo, cada vez consigo controlar menos mis emociones. Cambio de humor cada cinco minutos y puedo pasar de la tranquilidad más absoluta al llanto en cuestión de segundos.

Me obsesiono con un chico, le persigo, me escondo detrás de un árbol para verle pasar. No quiero follar (ni siquiera puedo decir esa palabra), pero por primera vez noto que en el famoso soga-tira que

suele controlar mi relación con los chicos que me gustan hay una parte irracional, obsesiva, poseída, que gana fuerza, contra la que no puedo hacer contrapeso y que me arrastra hacia el mal. Necesito ayuda. Necesito un exorcista profesional que haga un ritual para que esa locura salga de mí. Basta con un crucifijo, un poquito de agua bendita y una oración en latín preconciliar.

Asunto: Horario
Soy Marina, estuve en Pamplona el año pasado. Quería saber las horas a las que confiesa en la parroquia, si está por aquí.

Un sacerdote numerario, que he conocido en mi último curso anual en Pamplona, ha cometido un acto de rebeldía inusitado: me ha dado su dirección de email. Me ha hecho prometer que no diré a nadie que me ha facilitado su correo, ya que desde la dirección han intentado apartarle varias veces por sus ideas revolucionarias y su comportamiento excéntrico. Por ejemplo, insiste en que si nos han adoctrinado desde pequeñas, no podemos elegir porque nuestra psicología está deformada, como si hubiéramos desarrollado una miopía y, por tanto, no podemos ni ser virtuosas ni pecar porque no vemos la realidad tal cual es. Asegura que la institución necesita una reforma profunda y que los directores «no se enteran de nada» pero que algún día todo volverá al buen camino. Echa espuma por la boca y en las meditaciones, en lugar de susurrar, grita y exclama improperios contra los directores y sus técnicas de control. Ahora se ve obligado a actuar por detrás, a escondidas, para evitar represalias. Le prometo confidencialidad.

—Este es mi email. Si algún día necesitas ayuda, escríbeme.

El episodio de Lotso secuestrado ya da muestras de lo que supone una violación de las estrictas normas de separación entre las mujeres y los sacerdotes, ¡qué decir, entonces, del intercambio de datos personales! Transgresión, y de las gordas. Sin embargo, por alguna razón que no acabo de entender, este sacerdote insiste en que no me encuentro bien y está dispuesto a arriesgarse con tal de echarme una mano. Lo primero que afirma cuando voy a confesarme con él es que no me puede dar la absolución porque lo que estoy diciendo, de acuerdo con la Iglesia, no es pecado.

¿Cómo? Es la primera vez en diez años que un sacerdote hace una afirmación tan severa. Yo estoy convencida de que peco muchísimo. Por ejemplo, hace solo unos días insulté al compañero que me gusta y le tiré un objeto a la cabeza, en un ataque de posesión iracunda, para que se fuera de mi vista y así evitar la tentación. *Dies irae.*

—Necesito que me dé la absolución. Por favor.

La culpa me asfixia, debo ser juzgada, cumplir mi castigo. Si me dan la absolución, sentiré alivio. Esa es la única dinámica que conozco: culpa, alivio, culpa, alivio, en un baile infinito de amor entre Dios y yo. Se me da genial encontrar la culpa y el pecado en mi personalidad, soy adicta al sufrimiento. Podría sacarme dos másters en autodestrucción sin necesidad de becas. Es uno de mis dones más preciados, siempre ensalzados por mis directores como parte de mi lucha espiritual. Resulta que ahora este sacerdote extraño, como un rebelde dentro de la organización, insiste, diez años después de que yo empezara mi camino de santificación, en que lo que yo siempre he llamado «pecado» puede ser un posible inicio de depresión. Al fin, tras mucho suplicar, me absuelve.

—*Ego te absolvo*…

Inclino la cabeza.

—Marina, tendrías que hablar con una psicóloga. El poder de Cristo te obliga.

El demonio dentro de mí suelta una risotada. ¡Un psicólogo! ¡Ja! ¡Eso es de lesbianas! Yo estoy genial. Soy libre y soy feliz. Vuelvo a casa tranquila después de confesarme, suave como la seda. Me enchufo otro episodio de *Freaks & Geeks*, me tomo una pastilla de hierro y me abrazo a mi sudadera negra de Quiksilver falsa.

QUE VIVA SANTA MARINA, ¡QUE VIVA!

Sé que está prohibido ir a conciertos, y ya me he saltado varias normas en lo que va de año, con la consiguiente culpa y confesión, así que debo empezar a medir mis pasos si no quiero causar escándalo. No me hacen muchas correcciones fraternas porque creo que a mis compañeras agregadas les han dado indicaciones de que me dejen tranquila. Notan que estoy rara y desquiciada. Sé que aparentar normalidad es una práctica habitual, otras veces he oído en los pasillos ese tipo de consignas y me han dado pistas similares con frases en clave: «Fulanita necesita cariño», «Menganita se ha ido unos meses a una casa para descansar», «Zutanita está un poco enferma, ha ido con un médico de confianza». Hacen la vista gorda y se tragan mis excusas mientras me observan con el rabillo del ojo y toman notas.

Me entero de que Kraftwerk actúa en el Liceu de Barcelona y no me lo quiero perder. Mis amigas no me acompañan porque no les interesa la música electrónica alemana de los setenta, así que, de cara al Opus Dei no puedo disfrazar el evento como «plan apostólico». Me quedo sin excusas. Quiero ir, y punto. ¿Eso no vale como argumento para las directoras? No. ¿Pondré en la cuenta de gastos la compra de la entrada del concierto? Menudo dilema. Me da rabia tener que ir sola. El único que querría acompañarme es mi amigo Henry, pero él vive en Venezuela.

—¡Kraftwerk! Marina, de pana, tienes que ir.

Henry y yo somos amigos desde tercero de universidad y siempre compartimos música. En cuarto de carrera, sometida a la presión de las constantes correcciones fraternas y forzada por mi directora espiritual, rompí con Henry. Según mi directora, en algún momento yo podría confundir nuestra relación de amistad con el romanticismo. Para evitar esas situaciones lo mejor era terminar con el vínculo afectivo. La amistad es un arma de doble filo, los hombres y mujeres no pueden ser amigos y mi relación con Henry era demasiado estrecha. Un pequeño resbalón podría llevarme directa a la impureza, la fornicación y el fuego eterno. Yo insistía a mi directora en que Henry no me gustaba, porque me gustaban los chicos melancólicos y misteriosos y Henry es más bien alegre y festivo. Cuando estamos a solas, lo único que hacemos es estudiar, ver *Muchachada Nui* y tomar cerveza. Además, no es mi tipo. Aun así, obedecí a la directora.

—No deberíamos hablar más —disparé después de la ceremonia de graduación.

Henry me miró desolado y se le humedecieron los ojos.

—Eres mi amiga. Sé que tienes tu compromiso religioso, pero eres mi amiga. Siempre he respetado eso. Yo no busco otra cosa.

Se me rompió el corazón, pero no podía llorar. Estaba rígida. El tubo que conectaba mis emociones con mis expresiones faciales y la empatía necesitaba varias reparaciones. Sí fui consciente en aquel momento de que nunca antes había hecho algo tan cruel, tan violento, a una persona. Me sentí fatal y apenas dormí. Al día siguiente, llamé a Henry y le pedí perdón, le dije que olvidara mis palabras del día anterior.

Cuando mi directora me preguntó si ya había cortado con él, asentí. Ella se quedó tranquila y yo aprendí a mentir para proteger mis vínculos y no transformarme en una psicópata. La mentira y el silencio me protegen. Desde entonces, mi amistad con Henry ha trascendido la distancia y el tiempo.

—De pana, Marina, qué bolas. Kraftwerk en directo. Tienes que ir.

Henry suele tener razón. Decido ir sola al concierto y no decirlo. Un secreto más, qué importa. No estoy haciendo nada malo, el cura exorcista me insiste en que ir a un concierto no es un pecado,

aunque yo lo sienta así. Compro una entrada para el palco, me pongo las gafas de visión 3D y bailo al ritmo de *We are the robots*. La vida es mucho mejor en 3D y con banda sonora electrónica. La vida es mucho mejor con amigos. Me alegro de no ser un robot.

La lucha entre mi demonio iracundo y frustrado lleno de emociones incontrolables y mi raciocinio obsesivo es cada vez más intensa. He pasado de enviar emails y confesarme durante horas con el sacerdote a hablar con él por teléfono. Cada vez me cuesta más ir a trabajar. A veces necesito esconderme en el baño a llorar. No entiendo qué me pasa y no entender me vuelve loca. Cuando intento sentarme para escribir mi trabajo final de máster, no me salen las palabras. No puedo pensar, no puedo leer, no puedo hilar dos frases lógicas juntas. Mis amigas me convencen: necesito ayuda psicológica.

Después de hacer un Excel con todas las opciones terapéuticas de Barcelona, sigo el consejo del cura exorcista y voy a una psicóloga independiente del Opus Dei que no había oído hablar de esta organización. A pesar de mi autodiagnosticada posesión diabólica, sigo siendo fiel a mis compromisos opusinos. Informo a mi directora de que voy a acudir a una especialista. Este es el tipo de cosas que hay que consultar a la directora y al sacerdote. Oculto el tema del concierto, pero en las cuestiones de salud mental aún confío en la organización. La directora levanta una ceja. No es habitual que los miembros busquen sus propios recursos de salud. Lo lógico es que lo hagan las directoras, que son quienes más te quieren y mejor te van a guiar. Asiento mientras escucho la charla motivacional de la directora, que me recuerda a la explicación que me dieron sobre la universidad pública, antes de endeudarme hasta las cejas.

—Y por eso, para ayudarte, te hemos buscado una psicóloga buenísima. Aquí tienes sus datos.

Hago una búsqueda rápida en internet.

—Perdona, pero esta psicóloga es experta en trastornos de la alimentación. No es mi problema.

—Bueno, pero es una psicóloga de confianza.

—¿Quieres decir que es del Opus Dei?

No, no diría «Opus Dei» en este contexto. He traducido, he cambiado el código para que el lector siga la conversación. En realidad, diría «Casa». Los miembros son «de Casa», así, en mayúscula. Los demás son extraños, no son de los nuestros, no viven bajo nuestras normas, no nos entienden.

La posesión diabólica va a más, mi cabeza empieza a dar vueltas sobre sí misma y cuestiono a la directora por primera vez. Ella no me contesta, así que sospecho que toma mi pregunta como retórica e interpreto su silencio como un sí. El demonio dentro de mí se envalentona.

—Si te dijera que me duele la rodilla, ¿me llevarías a un dermatólogo solo porque es de Casa?

Ahora la pregunta sí es retórica. Me alegro de que la directora no conteste en este caso. Belcebú ha tomado posesión de mi lengua y estoy disfrutando la sensación.

—Pues bien, yo no voy a pedir ayuda a una experta en anorexia solo porque sea una psicóloga de Casa. ¿Cuál es el objetivo aquí: que yo esté bien, sana y feliz, o que siga siendo agregada?

Le miro a los ojos. Ahora sí espero respuesta.

—Los psicólogos no entienden nuestra vocación…

Resoplo al escuchar el argumento de siempre y ella se queda en silencio. Ya está bien de excusas: los psicólogos no nos entienden; los medios de comunicación, tampoco; los creyentes, tampoco, y los no creyentes, nos odian. Es la primera vez en diez años que me enfrento a una directora, y yo soy la primera sorprendida. Necesito poner límites cuanto antes o tanta hipocresía acabará conmigo.

Me repantigo en el sofá de la temida psicóloga. No me fío del todo.

«Estoy bien. Solo es una mala racha».

Sonrío muchísimo para que la terapeuta vea lo bien que estoy. Ella, en cambio, abre su cuaderno y toma notas. Le digo que no soy capaz de presentar el trabajo de fin de máster en la convocatoria correspondiente y lo tengo que posponer. Me encanta estudiar, pero

estoy agotada, triste y quiero irme de Barcelona. Cada vez que abro el folio en blanco me hundo en arenas movedizas.

Cuando acaba el curso, decido no renovar mi ansiado contrato laboral fijo con la universidad privada, aunque eso suponga no saber cómo voy a pagar el préstamo y volver a la casilla de salida. Por lo menos tengo paro. Es una decisión difícil, porque los intereses siguen subiendo, pero prefiero invertir mi dinero en la psicóloga. Temo que, si no, acabaré en un pozo profundo. No me veo capaz de volver a trabajar ni de levantarme por la mañana. Dejo de funcionar: no puedo cumplir un horario, solo lloro y duermo. Parezco un bebé. El sacerdote-exorcista me dice que es cuestión de tiempo, que cada vez iré estando mejor. Hago un acto de fe y pido a Dios que me saque de ese sinsentido.

La psicóloga me pone algunas tareas como, por ejemplo, tumbarme en el sofá un sábado por la tarde y ver qué sensaciones aparecen. Lo hago. Apunto lo que siento, inspecciono mi estado emocional y descubro una diversidad de sentimientos complejos que desconocía, entre los que se incluyen sin quedar limitados a:

1. culpa por tumbarme, incumpliendo la norma del saber estar («mantener el tono humano») y dar ejemplo;
2. ansiedad por no estar siendo productiva, incumpliendo la norma de «descansar es cambiar de ocupación»;
3. deseo de cerrar los ojos y echarme una siesta como cuando era pequeña, incumpliendo la norma que prohíbe echarse siestas;
4. nostalgia recordando el sofá de mi casa, en la que no estoy hace meses porque tengo retiros espirituales mensuales, bendición cada sábado, charlas cada jueves y fechas de entrega del máster;
5. agobio por no haber limpiado el salón en la última semana. Puedo ver el polvo que se acumula en las estanterías;
6. deseo de cerrar aún más fuerte los ojos y, otra vez, echarme una siesta que dure años. Deseo no despertarme;

7. tristeza por no estar agradecida por tener un techo, un trabajo y un sofá. No debería quejarme y estoy cayendo en el victimismo, debería levantarme y ponerme a hacer cualquier cosa, en lugar de comportarme como un *chicazo;*
8. alivio al saber que algún día —quizá más pronto que tarde— moriré y podré descansar en la Eternidad, en un sofá mullidito en forma de nube mientras un querubín me abanica con una hoja de palmera y de fondo suena *Cheek to Cheek* de Fred Astaire. Mientras yo duermo, Dios sigue lanzando rayos con un báculo, concediendo vocaciones a niñas de trece y catorce años. El cielo es maravilloso.

Explico esto a la psicóloga, que asiente con una sonrisa cálida y agradable, muy distinta a la de las numerarias. Parece preocupada. Me recomienda que vaya unos días a casa con mi familia. Abono el coste de la sesión, que no viene del sobrecito del centro ni me lo da la secretaria, por supuesto. La que tiene un problema soy yo.

Envío una foto a mis amigas desde Ahedo. Ellas están achicharradas bajo el sol de agosto en Barcelona, mientras yo poso con la sudadera de Quiksilver de imitación, disfrutando de un pincho de tortilla en la fiesta de Santa Marina, patrona de mi pueblo. Me reencuentro con Juan y con mis amigos de la infancia, con los que solía hacer obras de teatro en verano.

«Madre mía, Marina, ¡cuánto tiempo! Casi no te reconozco».

Mis amigos siguen estando ahí. Duermo como solo se duerme en Ahedo: sin ruido de coches, con el fresquito burgalés de las noches veraniegas, arropada por el canto de los grillos. Descanso de verdad, por fin, y saboreo la miel mordiendo directamente del panal. Ya no hago el examen de conciencia por las noches, así que no tomo nota de mi gula. Fuera, oigo la comparsa animada por el sonido de la dulzaina, mientras los vecinos del pueblo se paran en cada casa habitada, lanzan un petardo y gritan: «¡Que viva Santa Marina, que viva!», a lo cual se debe responder: «¡Y se portará!». «Portarse», en

este contexto, significa dar un aguinaldo, poner de comer o agasajar a los vecinos con alguna bebida. Papá regala diez euros a la comparsa y mamá saca mosto para beber.

En la ermita de Santa Marina, durante la misa, el sacerdote recuerda la historia de esta santa, que ya es una leyenda conocida. Por lo visto, Marina nació en el siglo II en un parto múltiple, junto con otras ocho niñas, siendo hija de un gobernador romano que perseguía a los cristianos. Marina y sus octillizas, sin embargo, abrazaron la fe cristiana, oponiéndose a su progenitor, que intentó hacerlas renegar de sus creencias. Como era de esperar, Marina, virgen y mártir, fue decapitada y arrojada a un horno. Dicen que al cortar su cabeza, esta dio tres botes, de los que manaron tres manantiales. Desde pequeña, entendí que mi santa, mi patrona, vivió de manera heroica las virtudes del no follar y el ser cabezota. Gracias a su tenacidad logró llegar al cielo, enfrentándose a su propio padre y al gobierno de la época. También logró construir tres manantiales, con tres botes craneales, pensando siempre en los demás hasta en el momento mismo de su muerte. Un ejemplo a seguir. Me pregunto si hay algún hombre en el santoral con virtudes semejantes. Me doy cuenta de que ser virgen y mártir es lo que hoy llamaríamos «cosas de chicas».

Gracias a la psicóloga voy flexibilizando mi forma de pensar, dejo de ser tan cabezota, algo que yo siempre había interpretado como una virtud. El tema de la castidad lo cumplo a rajatabla y prefiero que la psicóloga no sepa que tengo un compromiso de celibato de por vida. A pesar de mi discusión con la directora, sigo temiendo que los mundanos no entiendan mi vocación al Opus Dei y estén llenos de prejuicios. La gente cree que los de Casa somos muy raros o no existimos, y seguro que en la facultad de Psicología no les han explicado los misteriosos mecanismos de la llamada divina. No, no, mejor no sacar ese tema del celibato con la terapeuta. Basta con que ella me dé unas pautas sobre cómo extirpar el demonio de mí. Un par de chasquidos con los dedos y mi vida volverá a ser la de antes.

Sin embargo, en la terapia semanal descubro que lo que siempre ha entorpecido mi vida es, en realidad, mi personalidad. La psicóloga

considera que la culpa y la exigencia pueden ser agravantes de mi ansiedad, y sostiene que no son innatas. No menciona al Opus Dei en ningún momento, pero empiezo a ver el origen de mi miedo y necesidad de control acechando en los medios de formación: en la prédica del sacerdote, en la charla con la directora espiritual, en el círculo, en los textos de Escrivá, en las charlas del retiro espiritual. ¿Puede ser que una gran parte de mi problema provenga de causas externas? Pienso en mis hermanos, algunos de los cuales han dejado el grupo, y empiezo a dibujar patrones.

—¿Estás pensando en dejar el Opus? —me pregunta Maitane, amiga actriz con la que actué en *La cuestión es pasar el rato* y que me conoce desde hace años.

—¿Vas a dejar la Obra? —me pregunta una amiga, recién conversa, que acaba de recibir el sacramento de la confirmación gracias a mi apostolado.

Irse me parece tirar la toalla, decepcionar a mi entorno y a mi familia. Dejar mi vocación supone retractarme de lo que pensaba que era mi vida, dar explicaciones, contestar preguntas. Renunciar ahora, después de la fidelidad, es un gran fracaso, como un divorcio celestial. Seguir dentro supone vivir con una constante violencia interna. Quiero creer que, aunque me salga del grupo, puedo seguir siendo cabezota y virgen si me lo propongo. No son virtudes exclusivas de la organización, ya santa Marina lo hizo en el siglo II, mucho antes que Escrivá. Es cuestión de actitud. Mi vinculación a la organización no me define, ¿verdad? Yo soy yo, una sola persona, no hay un yo-yo y un yo-Opus…, ¿o sí? Igual ha llegado el momento de encontrar mi yo, un ser único y exclusivo, ver qué pasa si me quito la capa de *superwoman* agregada. Parece necesario que todo cambie para que, de verdad, algo cambie.

Como siempre, hago la charla espiritual con mi directora y paso por el confesionario con el sacerdote del centro cada semana. Sigo en contacto a escondidas con el sacerdote-exorcista-clandestino que recalca: «No hagas nada que no quieras hacer. Si dices que no y te insisten, diles que estás actuando en conciencia, que lo has visto en la oración. No dejes opciones abiertas. Repite conmigo: lo he visto en la oración». Voy identificando las técnicas de manipulación que

utilizan y aprendo a contrarrestarlas, como el niño de *Karate Kid* que se adelanta a los golpes de su contrincante, guiado por el profesor Miyagi. Me mandan a hablar con la directora de la delegación, la responsable de todos los centros de Cataluña, para ver si ella puede ayudarme con esa crisis tan extraña, tan excepcional, que estoy viviendo.

A la vez, la directora y el sacerdote me animan a rezar más, a ilusionarme y recuperar la alegría de la vocación. Las otras agregadas, mindundis como yo, han pasado de hacer la vista gorda ante mis ausencias a planificar mil actividades. Me llevan a pasar el día al Tibidabo, para «animarme» pero ni siquiera nos montamos en la noria. A nadie le apetece, creo. Sospecho que siguen indicaciones. Funcionan como un novio tóxico que, cuanto más te alejas, más te agasaja, y siento que a mi alrededor empieza una actuación, un baile, una ronda de la tuna o los mariachis que tiene como objetivo reconquistarme, no perderme. Pido espacio y no lo respetan, en nombre del cariño y el cuidado, rodeándome de sonrisas y palabras amables. Rezo y rezo, pero sigo sin noticias de Dios, que me ha dejado sola con mi libre albedrío al mando de una nave a la deriva.

En un giro inesperado de la estrategia, me cambian a la directora espiritual y ahí sí que exploto: es una numeraria sosa que no soporto, una personalidad gris con un pensamiento blanco y negro. No es que sea mala persona, es que no entiende lo que le cuento, vive inmersa en los mundos de Oz y yo ya estoy a punto de llegar a Ciudad Esmeralda. ¿No se dan cuenta de que necesito hablar con alguien que de verdad me ayude a decidir, que pueda llamar a las cosas por su nombre y que esté dispuesta a aceptar mi deserción? Veo en la numeraria que me asignan una máscara con patas, una alienación total, una cáscara vacía. Me confieso de soberbia, en el fondo la numeraria me da pena, pero también me da rabia. El demonio se está apoderando de mí. Voy perdiendo el miedo: ahora escucho a esa voz crítica, que siempre estuvo ahí, agazapada y silenciosa. Las emociones me arrastran, a mi pesar, por el camino de baldosas amarillas hasta llegar a un lugar seguro.

En la Navidad de 2013, manifiesto a la directora que quiero dejar la Obra para siempre, sin vuelta de hoja. Me niego a hablar con

ninguna autoridad más, ni directora, ni cura simpático, ni numeraria *cool*, ni el sursuncorda. He aprendido a poner límites, gracias a la terapia y a mi amigo sacerdote-salvoconducto. La directora de agregadas, la misma que me envió la plantilla del testamento, me mete en una salita de la delegación en Pamplona. Charlamos y me pregunta tres veces si estoy segura de que me quiero ir. Tres veces contesto que sí. Una parte de mí aún se siente como Pedro negando a Cristo, pero también estoy empezando a sentir el gustillo de la fortaleza y la libertad. Ahora sé que es posible llevar la contraria a las directoras y decir «no» resistiendo la presión y el chantaje. Cuando la directora de la delegación me pregunta, por cuarta vez, si estoy segura de estar segura, si mi seguridad no será en realidad inseguridad y si mi «no» puede que signifique «todavía no» o incluso «sí», le contesto implacable y con una sonrisa, como aprendí en mis años del Opus Dei: «Estoy tan segura como el día que entré. Tenía catorce años. No me hiciste tantas preguntas. Entrar fue muy fácil». Se queda callada y me tiende un papel y un bolígrafo. No derrama una lágrima. Por fin, escribo la carta para salir de la Obra, cumpliendo con lo estipulado hasta el último día y sintiendo que el laberinto de puertas cerradas con llave, pasillos tortuosos, despachos de dirección y rejillas de confesionario quedan por fin atrás.

Fuera, me espera mi amiga, la que acaba de convertirse y recibir la confirmación. Hace solo unos meses ella ha decidido pedir la admisión como supernumeraria, en un giro de los acontecimientos. Yo salgo de la organización y ella entra. Es raro, pero no sé qué decir: soy su madrina de confirmación. Comemos juntas. Somos amigas, tenemos claro que la vinculación al grupo no define nuestra amistad. Estoy convencida de que puedo llevarme bien con los miembros aunque ya no pertenezca a la institución. De eso estoy segura: la institución, mi decisión y mis cambios vitales no se interpondrán entre nosotras. Nuestra amistad seguirá igual.

Cojo el tren y vuelvo a la estación de Miranda, donde me esperan mis padres.

LA OBRA

Es el año 2022 y quedan unos días para el estreno de la obra de teatro. Estoy nerviosa, pero confío en el trabajo de la compañía Malos Hijos. Los integrantes, con mi amiga Maitane a la cabeza, han construido una obra propia a partir de un manuscrito inicial que les pasé. Sé que han conservado varias partes de mi texto, pero han adaptado otras. Casi diez años después de mi salida de la organización he decidido contar mi experiencia en una obra de teatro. Me encanta escribir y me encanta trabajar en un proyecto teatral con Maitane. Cada día doy gracias por haber dejado la universidad, el Opus Dei y mi vida anterior. Soy feliz como nunca imaginé. Aún arrastro la deuda con el banco y la vida es complicada, pero con una complicación que no implica cumplir normas, lidiar con un amante-Dios que me vigila, acarrear culpas extraterrenales y dedicar mi vida a una misión trascendental. Soy libre, como suele pasar cuando uno deja de fingir y pedir permiso.

Por ironías del destino, el día de mi cumpleaños, aniversario de la canonización de Escrivá, fiesta A, se celebra el estreno de *La Obra* en una pequeña sala de Madrid. Aviso a dos amigas, Rocío y Clara. Ellas aún pertenecen a la Obra y les tengo mucho cariño. Quiero que estén informadas, quiero ser transparente y resolver sus dudas sobre el proyecto. Sé que es un tema sensible así que les invito a la función y les paso mi manuscrito para que lo lean con antelación, pero aclaro: «Si no quieres venir, lo entiendo».

Acudo a cada representación. Los asistentes destacan que *La Obra* es respetuosa, emotiva y profunda (al menos eso señalan los que hablan conmigo). Coinciden en que no se ataca a la institución, sino que describe una experiencia de fe, de crisis y recuperación en clave de *performance*. A la salida del teatro, suele quedar una nube de gente charlando y me gusta compartir impresiones con el público. Ya no tengo problemas en hablar sobre el tema y veo que incluso me ayuda hacerlo para dar sentido a lo que viví. Acuden algunos exmiembros que han conocido *La Obra* gracias a la pequeñísima promoción que hemos podido hacer. Varios me dicen que se han sentido identificados con la protagonista o, al menos, con ciertos elementos. No espero que mi voz sea la de los exmiembros, sino la mía, única e irremplazable, pero me alegra ver que ayuda a otros. Caigo en la cuenta de que jamás se ha hecho una obra, una serie, una película, sobre los exmiembros del Opus Dei. No he hablado con otros exmiembros y me pregunto dónde han estado durante estos años, cómo habrán sido sus historias y qué habrá pasado con las numerarias auxiliares con las que viví.

Rocío entra en la sala con la obra ya empezada. La veo moviéndose entre las sombras, cuando Maitane, mi amiga actriz, lleva ya un rato en escena. A pesar de que el acceso a la sala está cerrado, el acomodador me cuenta después que Rocío insistió en entrar, con la típica actitud de la que se merece estar en primera fila. Toma asiento, con seguridad. Observo a Rocío en algunos momentos durante la representación en la sala a oscuras. La veo tensa. Ha ido sola y a veces mira hacia los lados, parece buscar reacciones, intentando leer los pensamientos de la audiencia.

Salimos del teatro y me dirijo a ella. Está alterada, habla con nerviosismo. Me mira extrañada: «La obra es muy dura, ¿no?», como si no le acabara de encajar, como si hubiera ido a ver una película futurista de espías rusos y se hubiera encontrado con un drama decimonónico. Me encojo de hombros y musito: «Bueno, la experiencia fue dura». Noto una distancia que no había percibido antes. Creo que no le ha gustado la obra de teatro o, al menos, le deja sentimientos encontrados. Me sorprende su reacción, porque le envié el manuscrito para que pudiera hacerse a la idea, pero quiero

darle tiempo. Sigo a su lado. Algunas personas me saludan, pero yo no me aparto de Rocío, esperando a que digiera lo que acaba de ver. Seguro que, sea cual sea su impresión, podemos hablarlo como buenas amigas. Puedo ser amiga de personas del grupo, claro que sí. Nada se interpondrá en nuestra amistad, me repito.

Rocío trata de controlar su nerviosismo, que no disminuye, a pesar de mi presencia silenciosa a su lado. Sonríe mucho con una sonrisa que conozco bien. Yo misma la he usado muchas veces. Mira a su alrededor. Parece estar buscando apoyo, el refuerzo de otro espectador que, como ella, se sienta desconcertado, ¿hay caras conocidas?, ¿unos pendientes con perlas, un sacerdote con alzacuellos, una mano amiga que le tienda un rosario? Estamos en un teatro *off* de Madrid y la audiencia de esa noche está compuesta por veinteañeros, algunos exmiembros y varios gays, así que es posible que un porcentaje alto del público no comparta sus impresiones. Rocío se sabe en territorio enemigo. Su única aliada soy yo, pero por desgracia soy la coautora y la protagonista real en la que se inspira mi *alter ego* en *La Obra.* Ella esperaba otra obra, eso está claro. Ahora no sabe bien dónde está la trinchera, qué obra ha visto ella, qué obra he escrito yo, en qué obra estamos, si es un teatro absurdo y cómo salir de esta situación tensa.

Algunos espectadores se despiden, después de charlar un rato. Creo que a Rocío le empieza a irritar ser la única que se siente incómoda. La gente está tan pichi, yo incluida. Hablamos poco entre nosotras dos pero seguimos ahí, una al lado de la otra, intentando comunicarnos con torpeza. Entonces se acerca María, una mujer que había conocido unos meses antes en una convocatoria de apoyo a artistas emergentes.

María ha ido a ver la obra de teatro con su marido. Está emocionada con lo que acaba de ver. «Enhorabuena, ¡es increíble! Me ha encantado». María me da un abrazo y su marido asiente. Los dos me felicitan. Rocío, sin despegarse de mi lado, observa la escena y noto cómo aumenta su tensión. Yo mantengo un perfil bajo, les agradezco sus palabras con cortesía y profesionalidad. Miro de reojo a Rocío, la veo a punto de saltar en cualquier momento. Entonces

María me mira a los ojos y dice: «Sigue adelante con cualquier proyecto que quieras hacer. Tienes mi apoyo».

En ese instante, al escuchar esas palabras, Rocío amplía su sonrisa, dulcifica sus gestos, modula su voz para sonar más amable sin resultar combativa y saca la artillería que yo tantas veces he visto antes, desde mi infancia: un miembro listo para defender a la organización, una mujer dispuesta a ganarse la confianza de una desconocida y cambiar la narrativa sobre lo que acaba de suceder sin perder la sonrisa. Como un comercial que encuentra a su público objetivo, es su momento estelar, el momento de brillar, el momento de… hacer apostolado.

—¿Ah, sí?, ¿qué proyectos? —Rocío me mira pero no contesto, así que vuelve su mirada a María, sin desviar el foco del objetivo—. ¿Qué es lo que te ha gustado tanto?, ¿por qué te ha impactado así esta obra?, ¿conoces a más personas de la Obra?

El marido sale al rescate ante la avalancha.

—Yo conozco algún exmiembro que acabó bastante mal. Marina está genial, en comparación.

Sonrío. Rocío se desconcierta, pero se recupera en un microsegundo y vuelve al ring con una sonrisa brillante.

—Sí. Es que necesitan mucho amor. Yo quiero mucho a Marina. —Me agarra del brazo—. Marina necesita mucho amor.

La miro, inexpresiva, con esa maldita rigidez de bicho palo que me ataca cuando menos lo espero. Me invade una ola de culpa, rabia, impotencia y «tierra trágame», pero ya he aprendido a dominar mis demonios. María me lanza una mirada comprensiva: se da cuenta. Mi amiga está intentando manipularla, pero no cuela. Respiro.

—Bueno, María, gracias por venir, ya vamos hablando…

—¿Te llamas María? Yo, Rocío. Encantada. ¿No queréis ir a tomar una cerveza y comentamos la obra de teatro?

—Muchas gracias, pero nos tenemos que ir. Nos esperan los niños en casa.

Sonrisa aún más amplia de Rocío, que no me suelta el brazo.

—Yo también soy madre, pero ¡un día es un día! Vamos a por una birra, venga.

María y su marido se miran de reojo, y repiten por segunda o tercera vez que no. Intervengo, no lo soporto más.

—Rocío, se tienen que ir. —Consigo zafarme de su brazo, y doy un abrazo a María—. Gracias por venir. Hasta la próxima.

Mientras María se aleja con su marido, Rocío y yo nos despedimos. No quiero comentar el incidente. Me esperan dos chicas exmiembros de la organización que han venido ya un par de veces a ver la obra. Aunque me hubiera encantado, es un mal momento para presentarles a Rocío. Mientras veo a mi amiga alejarse, no puedo evitar sentir lástima.

Recuerdo las consignas que tantas veces escuché en la organización: «hacer apostolado», «hacer del limón, limonada», «ahogar el mal en abundancia de bien». He visto la transformación de Rocío en tiempo real, ante mis ojos, y soy consciente de que tanto la empatía como el fanatismo no surgen de un día para otro. «Ya hablaremos otro día con calma», pienso, pero no es así. Rocío llega a casa y escribe una reseña en la página web del teatro.

La otra "Obra"
(Valoración representada con estrellas: ★★☆☆☆)

Los actores y el juego de luces para recrear la atmósfera asfixiante que vive alguien con depresión dentro del Opus Dei magníficos. Pero la historia pierde toda la fuerza en el momento en el que se ridiculiza a Dios y los Sacramentos (momento de la actriz subida al «altar» consagrando una oblea y el zumo, Comuniones «bulímicas» o pantomimas de la Virgen sobre su peso…). Lo teníais TODO para contar una historia llena de superación y libertad interior. El final triste y solitario donde se ve una persona «laica» que se va por la puerta de atrás de un convento, solo puede representar una cosa: a la historia le faltaron todos esos personajes que rodeamos con MUCHO AMOR a Marina. :) Porque haberlos, haylos y también en el Opus Dei.

Y estampa su firma con apellido compuesto. Escribo a mi amiga. No comparto su opinión, pero, ante todo, le pregunto por qué no me ha dicho esto en persona y por qué echa por tierra el trabajo de la compañía de teatro, y el mío. Dos estrellas. ¿Se ridiculiza a Dios? Estoy enfadada. Dejo que mi demonio salga, porque gracias a la terapia ahora sé cuándo lo quiero sacar a pasear y cuándo encerrarlo en casa. La ira me protege, la rabia marca mis límites. Me

siento traicionada, como si hubiera expresado su opinión sobre mi obra a los demás, a la masa informe y anónima de internet, en lugar de hablar conmigo tomando un café. Además, la gente no lee esas reseñas, nuestra obra ni siquiera es tan importante. No sé a quién pretende evangelizar o alertar desde las redes.

Cuando le pregunto sin rodeos, reconoce que no ha leído mi manuscrito, argumentando que era innecesario porque ella ya me conoce. La tensión sube. Rocío se ampara en la libertad de expresión para justificar su reseña en la web, como si estuviéramos en el Congreso de los Diputados. No está dispuesta a que le cuenten mi historia, ni siquiera yo misma. Ella la contaría mucho mejor, ella me conoce mejor que yo a mí misma. Ella es mi amiga de verdad, y tiene la obligación de ser sincera conmigo: la historia que vio en *La Obra* no es mi historia. Ahora me doy cuenta de que esa no es la obra que le gustaría ver y la obra que se ha contado a sí misma. Sin embargo, tanto aquella obra como esta son mi obra.

—Estoy enfadada, Rocío.

—No. Estás confundida, Marina.

Clara, mi otra amiga del Opus Dei, fue a ver la obra de teatro. Ella sí leyó el texto con antelación. Unos días después de la actuación nos fuimos a tomar un café para comentar la representación, me dijo que le parecía dura, pero era consciente de que muchos miembros han pasado por lo mismo. Le gustó que al final de *La Obra* diéramos un mensaje de esperanza y mostráramos una imagen bonita de Dios. Agradecí su honestidad. Yo le pregunté si ella estaba bien con su vocación y me dijo que sí. Es lo que hubiera dicho yo misma años atrás. Nos dimos un abrazo. Haberlos, haylos.

A veces lamento que Clara no dejara una reseña en internet, como hizo Rocío, pero es lógico. Aún no he visto, ni en internet, ni en los medios, ni en el periódico, ni en ningún lugar público que un miembro en activo salga a defender a los exmiembros críticos o alce la voz por ellos. Yo tampoco lo hice mientras estaba en la organización.

LA EX

Ayer volví a ver a mi ex. Fue culpa mía, en realidad. Creo que, en el fondo, estaba buscando encontrarme con él. Intento encontrar una excusa, un motivo por peregrino que sea para pasar cerca de su trabajo o de su casa. Le espío. Pienso qué estará haciendo ahora sin mí. No me lo puedo sacar de la cabeza.

Estuvimos juntos diez años, en unión divina, y no tenía duda de que habíamos nacido el uno para el otro. Desde que me levantaba por la mañana, pensaba en él, hasta que me acostaba. Hablábamos sin parar, le contaba mis cosas: siempre estaba ahí para mí. Bastaba con cerrar los ojos, suspirar y rezar para conseguir la comprensión perfecta. Nadie me puede escuchar y entender como él, y por eso ahora la vida se vuelve insípida, sin sentido. Quizá ahí estaba el problema: era demasiado. Nuestro amor era asfixiante y, cuando iba mal, la culpa siempre era mía. Sé que he hecho bien en dejar aquella relación tóxica, pero aún se me hace raro no tenerle aquí al lado, no contarle mis cosas.

—Algún día podréis llevaros bien —me dice Maitane—, es cuestión de tiempo.

Aunque mi amiga pronuncia esta frase esperanzada, percibo un gesto de compasión unido a una pequeña sonrisa de satisfacción que en realidad parece decir: «Por fin te has librado de ese capullo, ya eres libre. Se te ve más feliz que antes». Mi amiga se alegra, en el fondo, de que lo haya dejado. Sé que no volveré con mi ex y sé

que ella lo sabe. La relación ha terminado y guardo todo en cajas: los diarios, la ropa y el anillo que llevo en el dedo anular que me recuerda que, una vez, viví una vida en la que ya no me reconozco. Quiero lanzar el pasado por la ventana.

—Necesitas tiempo. —Esta vez lo dice la psicóloga sin dejar de garabatear en su cuaderno.

Otra vez el maldito tiempo. ¡Oh, Cronos! El tiempo no está en mi mano, el tiempo pasa por encima de mí, me arrastra, es lo único que no puedo controlar. La aguja del reloj se mueve, lo quiera o no lo quiera. Aunque le quite la pila, el tiempo seguirá corriendo sin mi voluntad, el tiempo está en manos de los dioses. Quiero estar bien ya, hoy, en este preciso instante. Quiero saber qué apunta la psicóloga, cuál es el diagnóstico, cuál es la receta para superarlo de una vez, cuanto antes. Leo libros sobre estrés postraumático.

—Marina, deja el tema de una vez. Sí, el Opus Dei comete errores, como todo el mundo. No hace falta estar siempre con lo mismo. Los trapos sucios se lavan en casa.

—Vale, papá. ¿Qué errores comete el Opus?

Papá tiene las manos embutidas en guantes de fregar y se encoge de hombros. Mamá guarda silencio.

—Supéralo —sentencia papá mientras remoja un plato en la pila del fregadero. Ahora lava los cacharros antes de meterlos en el lavavajillas.

Han pasado diez años desde mi salida. He estado haciendo malabares para llegar a fin de mes y, cuando termina el confinamiento, consigo un trabajo en remoto para una empresa internacional. El trabajo online llega como un rayo de esperanza. La empresa exige que me dé de alta como autónoma para poder pagarme, y me especializo en posicionamiento web. La palabra que inunda los periódicos digitales y artículos de blog es *digital nomad*. Vuelvo a vivir con mis padres, que se han jubilado en Burgos. Tengo más de treinta años, pero esta es la única solución que se me ocurre para terminar de pagar el préstamo. Desde un punto de vista económico, es la mejor idea y me aferro a mi ordenador como tabla de salvación.

En el aspecto personal, es difícil vivir con mis padres porque

discutimos mucho, siguen defendiendo al Opus Dei y yo llevo desde los quince años fuera de casa. A veces pienso que son ellos quienes no tienen fe y que no han vivido un compromiso religioso al mismo nivel que yo. Si creyeran de verdad, no necesitarían pertenecer a la Obra. Si tuvieran fe, se plantearían dudas de verdad. Otras veces, en cambio, pienso que Dios me ha abandonado y se pone de su parte. Me sigo sintiendo traidora entre los míos.

Necesito saber si Dios me ha olvidado, si ha renegado de mí o si él piensa que algún día podremos ser amigos, como dice Maitane. Me gustaría ver cómo le va, si sigue siendo el mismo, si en realidad yo era tan importante para su plan como aseguraban en el club, o si soy un cero a la izquierda, una excusa para que él —Dios— vuelva a estar de moda y siga enamorando a las niñas. Me pregunto si, en el fondo, él tuvo razón desde el principio. Puede que tenga un proyecto para mí que se cumplirá, tanto si yo quiero como si no. ¿Estoy predestinada a la soltería? ¿Por eso fracasan mis intentos de tener pareja?

En mi búsqueda de respuestas existenciales, me obsesiono con el horóscopo. Rastreo señales del oráculo que me marquen el camino, una carta del tarot que me diga quién soy. Miro las estrellas usando el telescopio del rey Basilio. Si Dios ha fracasado manejando mi vida, igual los astros consiguen reconducirla. Si solo dispongo de mi cerebro, mi corazón y mis manos para reconstruir mi historia y superar mis traumas, enfrentándome a la existencia yo sola, estoy perdida. Necesito encontrar un Mago de Oz, un guía, una voz clara y firme que indique el camino.

Tecleo <horoscoponegro.com> y escucho los pódcast de Mia Astral. Mi signo zodiacal es Libra. Comienzo a leer la descripción: una persona equilibrada y… paro ahí. Empezamos mal. Nada. El horóscopo, a todas luces, tampoco me conoce. En realidad, solo tengo una pregunta que me ronda el corazón, que determinará el resto de mi vida: ¿volveré a enamorarme de un humano igual que me enamoré de Dios?, ¿debería casarme con un niño bien del mundo Opus, un cantante de Hakuna, y seguir el plan B, como sugería mi amiga numeraria de la adolescencia, eligiendo a *alguien-que-nos-entienda*? No. No puedo caer en la trampa de la

complacencia. Quiero enamorarme de verdad, sin hacer un cálculo frío supeditado a la salvación eterna.

A pesar de mis esfuerzos por ser adulta, después de la enésima discusión con mis padres, me encierro en mi cuarto y escucho Onda Vaselina a todo volumen. «Qué va a pasar, se terminó, qué triste es el primer adiós». ¿Habrá algún ser humano sobre la faz de la tierra que entienda mi pasado sin juzgarme?, ¿podré ser yo la protagonista de mi historia, o quedaré siempre como la dama de honor, recogiendo el ramo de la novia camino al altar?, ¿soy acaso la hermana fea de las novelas de Jane Austen, que en un arranque de practicidad acaba casándose con el fiel y aburrido reverendo?

Me trago la serie de *The Young Pope*, pensando que Jude Law, un papa sexy, moderno y ultracatólico es el único que me entiende ahora mismo. Me atrae y me aterra por igual. Por suerte, ahora puedo pagarme la suscripción a HBO. De forma inevitable, vuelvo a él una y otra vez como la polilla a la luz. A mi ex, Dios: fuente y solución de mis problemas. No vivo en una película de Sorrentino ni paseo por los jardines vaticanos, estoy en Burgos y hace un frío que pela.

Salí de casa. Deambulé por el paseo del Espolón, bien abrigada y con bufanda, me tomé un chocolate calentito y acabé dando con mis huesos en la catedral, que vigilaba la ciudad imponente como un centinela. Allí estaba, como siempre al fondo, Dios en su cajita dorada rodeado de espectacularidad gótica, sin discusiones familiares. Hijos únicos… ¡lo tienen tan fácil! En las paredes con arcadas ojivales asomaban las fotos de toda la vida, las que he visto mil veces: con un cordero en brazos, partiendo el pan con sus amigos, la foto de cuando era pequeño y fue de excursión al templo… ahí, como siempre, como si no hubiera pasado el tiempo. Como si nuestra ruptura no le hubiera afectado en lo más mínimo. Ni siquiera se había cortado el pelo, mientras que yo me lo había teñido de rosa. Llevaba puesta mi sudadera negra de imitación, para que me reconociera. Quise colocarme más cerca de la cajita, en el primer

banco, asegurarme de que me veía bien, que no se hiciera el despistado.

Avancé por el pasillo central. Escuchaba susurros a mis espaldas: «Es ella, mira… Pablo, Pedro, mirad quién ha vuelto». Judas, mítico Judas, metiendo cizaña: «Os lo dije. O se suicidaba o volvía. *Been there, done that*». En el fondo, les tenía cariño, eran buena gente. Notaba sus miradas refugiadas en el claroscuro catedralicio, siguiéndome mientras caminaba en piloto automático hasta el altar, repitiendo aquellos pasos tan conocidos. Decidí no hacer la genuflexión, pero incliné la cabeza por respeto. Donde hubo llamas, quedan cenizas. No sentía rencor ni rabia, pero toda la situación era incómoda. Solíamos pasar juntos las navidades, hablábamos cada día —también con su madre, siempre tan sonriente— y, mira, así habíamos terminado.

Me senté en un banco, sin saber qué decir. «Hola, cuánto tiempo», sonaba tan banal. Además, ¿es el tiempo de Dios igual que el tiempo humano? Para mí habían pasado unos años desde la ruptura, pero quizá para él había pasado un siglo y ya estaba ocupado en sus cosas: planificando el apocalipsis y su posterior repoblación con niños caucásicos vestidos de Naf Naf, designando a Tamara Falcó como representante del catolicismo e insuflando su espíritu a Rosalía para que se hiciera célibe. Lo que para mí era un drama cósmico, para él podía ser otro día en la oficina. Yo siempre estuve en una relación monógama, y él en una relación abierta.

Intenté hablar, lo intenté de verdad, pero justo cuando iba a hacerlo, una bola de llanto y dolor me subió por el pecho y se me clavó en la garganta. Tenía la tráquea cerrada. Hacía tiempo que no lloraba así. Me faltaba aire, me dio hipo, estaba encorvada con la cabeza entre las piernas haciendo respiraciones profundas como me había enseñado la psicóloga.

—Toma y suénate.

Frente a mí, una mujer (en torno a los cuarenta años, de carne y hueso, no demoniaca) tendía un pañuelo de papel. Se lo agradecí y, ansiosa, me soné la nariz con todo el estruendo del que fui capaz: quería que me oyeran Pedro y Pablo. Que Judas no viniera ahora con lecciones de fidelidad. Quise que mi llanto y mi dolor llegaran hasta

el Vaticano y que ningún cuñado pudiera volver a decir: «Pues yo estuve en un cole del Opus y, chica, no es para tanto».

Justo cuando estaba acabando de limpiarme, vi a una dulce niña con pelo rubio y rizado, con mejillas sonrosadas, que se acercaba dando saltitos hacia su madre, la señora que, compasiva, me tendía un segundo pañuelo. En la mano derecha, la niña llevaba un libro de catequesis con el título «Creo en Jesús». Supuse que iba a clases de primero de comunión. No me pude resistir. Me levanté de una vez, con tal mala suerte que me di un golpe en el tobillo con el reclinatorio del banco. Cojeando, con los ojos hinchados, como una especie de jorobado de Notre Dame, como una figura goyesca que habita las catedrales y las catacumbas, con el corazón roto y abrazándome a mi nueva vida de incomprensión y soledad, me acerqué a la niña. Aún tenía la respiración entrecortada. Me puse a su altura para no asustarla. Conseguí justo lo contrario, ante la mirada atónita de su madre. Con voz ronca y firme, susurré:

—No te fíes. No te fíes de ellos. Son todos iguales.

Al día siguiente, cogí el coche del año 1998 que acababa de comprar, tiradísimo de precio, y conduje hasta Ahedo, escuchando *Believe* de Cher con el volumen a tope, estrenando mi nuevo carnet de conducir y mi vida sin deudas pendientes. Había terminado de pagar el préstamo, me fui por fin de casa de mis padres y la vida se abría ante mí. *Do you believe in life after love?*

CONTARLO BIEN

Algunos años después de salir de la organización, empecé a salir con un humano que, después de casi dos años de relación, me dejó. A veces dejas tú y a veces te dejan. Es ley de vida, a no ser que seas un miembro célibe del Opus Dei.

El humano, por lo menos, tuvo una conversación honesta de ruptura. Me dio una serie de razones, unos argumentos que por lo visto había pensado durante un tiempo y le llevaban a concluir que era mejor no estar juntos. Me revolví, como suelo hacer cuando alguien me lleva la contraria. Me rebelé ante la decisión y estaba descolocada porque no lo veía venir. Cuando el humano salió por la puerta, me invadieron el dolor y la pena. Por primera vez, llamé a mi madre para pedirle que viniera a verme. Vino y estuvo conmigo varios días, en el piso minúsculo donde yo vivía entonces.

Después empecé el análisis, un análisis profundo, detallado y obsesivo de cada gesto, de cada palabra, de cada expresión que me diera la pista de por qué, en el fondo, aquel humano no me quería y por qué yo había sido tan tonta de no haberme dado cuenta antes. «¡Haberte ido antes!». A la gente le encanta decir eso, les hace sentir que ellos lo hubieran hecho mejor: dejar un grupo coercitivo, un trabajo, una pareja. ¡La vida ajena es tan fácil de vivir!

Al recapitular lo que pasó con mi ex (el humano), nuestra última conversación, sus argumentos y todas las dificultades de la relación, mi memoria iba estableciendo los puntos y colocando las piezas,

pero siempre me tropezaba —una y otra vez— con una frase que me dejaba de cara frente al abismo, o al espejo.

Mientras limpiaba la casa, mientras regaba las plantas resecas en mi estudio de veinte metros cuadrados en un acto de esperanza, mientras doblaba la ropa y al borrar sus fotos en el móvil, esta frase volvía una y otra vez. No lograba desencriptarla. La frase me despertaba en mitad del sueño y hacía que diera vueltas a mi café con una cucharilla, absorta. La frase me perseguía: «No me has contado bien la historia».

Que te dejen es duro. Que te digan que cuentas mal las historias es el hundimiento definitivo. Especialmente si eres conocida mundialmente por tu gracia, desparpajo y lujo de detalles al relatar anécdotas. Mi orgullo de escritora se sintió herido. No pude ni contestar. ¿Que no… qué? En el pasado se me ha acusado (con distintos grados de cabreo por parte de mi interlocutor) de olvidadiza, descuidada, desordenada, egocéntrica, interrumpir a otros cuando hablan, ir a mi bola, ser ansiosa, preocuparme demasiado por el dinero, no hacer la compra, no cuidar mi salud y ponerme de muy mal humor cuando algo me hace mucha ilusión y no sucede. De acuerdo. Pero ¿no contar bien una historia? ¡Por favor! A la gente le encantan mis historias, de eso estoy segura. Tengo mil anécdotas. Siempre me pasan cosas. Mis historias son cómicas y trágicas, te emocionan y te hacen pensar, son una montaña rusa y al final mi público agradecido aplaude y sonríe diciendo: «Guau, menudo viaje. ¡Qué buena eres contando historias!».

Yo hablaba bastante sobre mi pasado con mi ex humano (casi diría que demasiado, si es que existiera un medidor objetivo y universal del *oversharing*), así que no podía dejar de preguntarme qué era en concreto lo que no había contado bien. Y empecé a atar cabos: cuando hay aspectos de tu pasado que no eres capaz de contarte a ti misma, cuando hay palabras como abuso, miedo, dolor, culpa o perdón, que no has utilizado, o que utilizabas con un significado diferente, puedes esforzarte mucho en contar tu vida, puedes dar muchas vueltas alrededor de un mismo punto, pero el mensaje no llega y se desvanece antes incluso de ser pronunciado.

Para la otra persona, contar bien las cosas puede significar que las cuente en un idioma que se entienda. Ese idioma humano que yo aún no dominaba, a pesar de las notas que iba tomando en mi agenda de alienígena recién aterrizada a las relaciones de pareja.

Puede pasar que, por mucho que te esfuerces, para la otra persona la historia no sea tan buena ni tan interesante. O que el otro no quiera escucharte o, peor aún, no comparta tus ideas. Siempre hay muchas caras, adaptaciones, versiones y acotaciones a una misma historia. Estoy segura de que sucederá con este libro: es posible que no haya contado bien la historia. Puede que no sea la historia que quieras leer, por supuesto. Puede que no sea tu historia, eso seguro. Igual necesitamos el *Diccionario Estrafalario* de Gloria Fuertes para entendernos.

Ser novia de Dios desde los catorce años a los veinticinco no es fácil. Salir con humanos tampoco, aunque es una dificultad distinta. Mucha gente piensa que, después de una década de celibato, solo quieres ligar. Y la verdad es que sí. Pero es mucho más complicado tener pareja cuando no te has preguntado cómo funciona tu clítoris, cuál es la diferencia entre un amigo y un novio y tu ideal de hombre soñado es un actor de Hollywood que acaba en un juicio mediático por violencia doméstica. Hay mucho que descubrir sobre el mundo antes de estar lista para empezar una relación en condiciones.

Como mujer, mi referente siempre fue la Virgen María. Un ideal basado en la belleza, pureza y perfección. En el diccionario estrafalario de normas y costumbres del Opus Dei, la acepción principal de la entrada «pureza» es sinónimo de aquello que los humanos denominan «sexo». La pureza incluye muchos otros aspectos, desde la forma de vestir y la forma de mirar, hasta no llevar el pelo húmedo delante de un chico o no decir palabrotas. Recuerdo una charla de los campamentos de mi infancia que me marcó por su ironía, la charla en la que entendí que los grandes ideales opusinos se concretan en cosas pequeñas, tan pequeñas como el tamaño de un bañador. La pregunta brillante de la numeraria que nos explicaba cómo vivir la pureza fue: «Cómo os

imagináis a la Virgen María en la piscina, ¿en biquini o en bañador?».

Era imposible imaginarse a la Virgen María en la piscina. Creo que ella misma, cuando lo dijo, se dio cuenta de lo imposibles que eran esas imágenes para nosotras. Salto mortal con tirabuzón, para tratar de actualizar el mito. Solo podíamos imaginar a la Virgen como esa señora inalcanzable, impenetrable, peinada con su pelo largo, su dulce rostro siempre sereno y sus tres mantos: blanco, azul y dorado, cubriéndola de pies a cabeza.

Si acaso, se le veían las manos para sostener al hijo, o un pie para aplastar a la serpiente demoniaca. Su cuerpo era totalmente funcional, mujer definida por su rol de madre. Este era el modelo. Nadie se imaginaba a María enfadada, triste, con la regla, pidiendo un taxi a la salida de un after. Solo lloraba por su hijo, no por ella. Era inmaculada, que es casi como decir sobrehumana. En mi descubrimiento de la noche madrileña, en mis fiestas en discotecas y en mis primeras citas sentía que el mito que me habían inculcado no tenía la fuerza suficiente, creaba un ideal que no representaba a una mujer completa.

Cuando, siendo niña, escuché aquella pregunta de la numeraria, la pregunta tramposa que nos hacía elegir entre el bañador o el biquini con trece años, entre la pureza y la impureza, sin medias tintas, mi respuesta interna fue clara: «Yo soy una niña gorda, iré con el bañador que más me cubra, el más grande y feo. Ni siquiera puedo permitirme la posibilidad de elección. Yo no soy una mujer como las demás, no soy como las niñas que me rodean y, desde luego, no tengo el tipín de la Virgen María». Si hay algo que siempre supe es que María nunca fue gorda.

Esta creencia me acompañó durante los años siguientes a mi salida: yo debía ser pura. Si un hombre pecaba, era por mi culpa. Por eso, lo más fácil era intentar salir con una persona que ya me conociera desde antes, y así ahorrarme toda la traducción de idioma opusino a humano. Si encontraba a un chico con el que me llevara bien y a quien el físico no le importase demasiado, podríamos ser novios. Había visto que en las películas solía funcionar, porque los amigos siempre acaban enamorándose. *Cuando Harry encontró a*

Sally. En el fondo, la amistad entre hombres y mujeres se sublima con el matrimonio, es el summum del romanticismo. Yo estaba más que dispuesta a vivir una vida de película.

Un fin de semana otoñal, en el que había pillado un catarro y sobrevivía en mi miniestudio de Madrid a base de ibuprofenos, siestas y películas de Nora Ephron, abrí mi agenda. Después de descartar un par de opciones, llamé a mi amigo Pablo, que me contestó de inmediato, cosa rara en él. Era una señal.

—¿Qué pasa, *homie*?

—Oye, Pablo, ¿por qué no salimos?

Mi voz nasal restaba romanticismo a la escena. Pablo dudaba al otro lado del teléfono.

—¿A qué te refieres con «salir»? Salir… ¿ahora? Hace frío y he quedado para ver un partidito de la NBA con mis coleguis. ¡Juegan los Grizzlies!

—No, no, me refiero a una cena romántica. Tú y yo. Yo y tú. En plan cita.

Pablo carraspea. Oigo explotar la membrana de Meg Ryan y Billy Crystal que llevo tejiendo durante semanas en mi cabeza.

—Eh… no. No me gustas.

Es verdad que a mí Pablo tampoco me gustaba, pero era mejor un chico conocido que cualquier extraño, ¿no? Me negaba a usar Tinder, eso lo tenía clarísimo. Las apps me parecían un invento de mal gusto y poca clase. Lo de gustarnos o no gustarnos, en aquel momento, me parecía una nimiedad y no entendía por qué Pablo le daba tanta importancia. Mi objetivo era estar con alguien de fiar, no con cualquier imbécil como los que me había cruzado hasta entonces. Con el esfuerzo suficiente, podríamos acabar enamorándonos o, por lo menos, soportándonos. Ya era mucho más de lo que veía en otras parejas a mi alrededor.

Asumí el rechazo con toda la elegancia de la que fui capaz.

—Bueno, vale. Sin problema. ¿Nos vemos otro día, entonces?

—Eh, sí, claro. Otro día.

Pasaron varios meses antes de volver a ver a Pablo. Cuando nos encontramos, en la entrada de una sala donde un amigo común estrenaba una obra de microteatro, Pablo se acercó a mí con

cautela, como si cualquier mínima interacción entre nosotros le obligara por ley a hacerse cargo de la custodia de mis futuros hijos, como si un leve roce fuera a hacer que me abalanzara sobre él. Los dos intentamos aparentar normalidad.

—¿Qué pasa, Marina?, ¿cómo va la vida?, ¿sigues escribiendo?, ¿cuándo veremos una obra tuya?

Era la época previa a *La Obra*. Me encogí de hombros.

—Creo que no soy buena contando historias.

Pablo hizo un gesto de incredulidad.

—Lo que pasa es que igual tienes miedo. Igual eres una gallina.

Agachándose, Pablo sacó el culo hacia fuera, ahuecó los brazos y se alejó en la noche, imitando el suave cacareo de una gallinita ciega por la Corredera Baja de San Pablo. Mi amigo, como en ocasiones anteriores, tenía razón. Había llegado el momento de hacer un acto de valentía, sin intentar malabarismos extraños. No podía planificar tanto, necesitaba abrirme y dejarme llevar. «Libra: es hora de que fluyas, sal de tu mente por un rato, conecta con tu cuerpo y relájate», diría Mia Astral, y también mi psicóloga.

Tiempo después, conocí a un chico guapete, amigo de unos amigos, buena gente. Me invitó a su casa a tomar algo y subí las escaleras sin pretensiones. Nos fumamos un porrito a medias y, tumbados en un colchón, escuchamos R&B. Nos relajamos. Sobre todo yo. Dejé que me quitara la sudadera negra de Quiksilver. No me confesé después ni vi *Freaks and Geeks* cuando llegué a casa, tampoco me enamoré. Me di una ducha bien calentita y llamé a Maitane.

Definitivamente, no soy la Virgen María. Soy humana.

PERORATIO

[Marina arranca con su alegato. Habla con convicción, buscando la compasión de la audiencia. Intenta no dar la perorata, como le han advertido tantas veces. Sus últimas palabras en este largo monólogo toman la forma de un ruego desesperado, de una oración íntima pronunciada en voz alta].

Durante los meses que duró mi crisis vocacional —la traca final de ese estado de ansiedad inducida por la supuesta llamada divina—, leía con avidez el evangelio. No podía soportar a los intermediarios, a las secretarias de Dios que hablaban en su nombre, a los sacerdotes con buena intención y poca profundidad que repetían mantras, y despreciaba ya los libros de Escrivá con su estilo literario de capitán de milicia falangista. Era el año 2012 y yo, sentada frente al sagrario, en uno de los bancos del centro de la Obra en Barcelona, abrí el evangelio en una página al azar buscando respuestas, sedienta de amor.

La escena en la que aterricé describía un milagro: Jesús se topa con una pobre viuda, que está llorando porque acaba de fallecer su hijo. La pompa fúnebre recorre las calles y la mujer, desconsolada, no entiende por qué Jehová le envía tanto sufrimiento a ella, que es una fiel devota. Ante la tristeza de la viuda, Jesucristo se enternece. Demuestra su poder y resucita al hijo de la pobre mujer frente a la mirada de los presentes. En aquel segundo, contemplando el

misterio de la misericordia divina, pensé: «Menos mal que esta señora se encontró con Jesús. Si llega a toparse con una numeraria, está jodida». Cuando ven el dolor ajeno, algunas personas se conmueven y hacen lo que está en su mano para cambiar la situación. Otras dicen «te encomiendo», que es la manera opusina de decir «rezo por ti, estás fatal, deja de incordiar».

Diez años después de mi salida, en 2022, mientras la compañía Malos Hijos representaba *La Obra* en Madrid, 43 exnumerarias auxiliares en Argentina denunciaban al Opus Dei por explotación laboral y trata de personas. La contradicción que yo arrastraba en el fondo de mi conciencia desde los quince años al pensar en mis compañeras de trabajo numerarias auxiliares cobraba sentido. Cuando leí la noticia, me conmovió escuchar lo que esas mujeres habían sufrido, situaciones muy similares a lo que yo había visto con mis propios ojos. Me irritó ver que la institución, desde sus redes de comunicación pública, negaba su sufrimiento y lo tachaba de casos aislados para evitar consecuencias legales, en un frío cálculo de daños. Para entonces, yo ya no esperaba que Dios resucitara a los cadáveres, pero había reforzado mi capacidad de amar y seguía teniendo fe en el ser humano, algo que la doctrina del grupo no había conseguido arrebatarme.

En 2023, cuando el papa Francisco ya había degradado a la Prelatura y solicitó que iniciaran la reforma de sus estatutos, empecé a colaborar como voluntaria en un canal público de YouTube creado por varios exmiembros pertenecientes a generaciones anteriores a la mía. Nos juntábamos cada semana para charlar sobre nuestras experiencias e hice varias entrevistas en formato de pódcast. Entonces, pude conocer a personas de todas las edades y de diversas latitudes que habían pasado por la institución. La diferencia de edad quedaba difuminada al ver que nuestras vivencias eran calcadas. Constaté que las críticas no eran novedosas ni recientes, sino que se remontaban a los inicios de la institución: los supuestos cambios que defendía la organización eran lentos y superficiales. Ningún portavoz de la organización quiso nunca participar en nuestro canal de YouTube ni contestar a las denuncias que hicimos.

El Opus Dei continúa sin nuevos estatutos aprobados por el Vaticano y desde 2023 es una Asociación Clerical.

La participación en ese canal de YouTube me dio la oportunidad única de charlar con miembros actuales de la organización que no se atrevían a expresar sus críticas en público o que incluso recibieron amonestaciones por parte de sus superiores las pocas veces que se atrevieron a hacerlo. Escuchando sus voces, me convencí de que lo que yo había contado en *La Obra* interpretada por mi amiga Maitane no era una ficción, ni una exageración, ni un sueño. Cada uno rehace su vida y la reinterpreta como quiere, pero hay un sustrato común en todo lo que vivimos. El tabú y el miedo siguen presentes.

El Opus Dei, a raíz de la denuncia en Argentina, abrió un buzón de correo electrónico bajo el nombre de «Oficina de Escucha» para recopilar las denuncias y lo que denominan «malas experiencias» de exmiembros, pero no reconocen ningún abuso. Quise solicitar que revisaran mi vida laboral, ya que el tiempo que pasé en el Centro de Estudio y Trabajo no constaba en mi historial, y nunca firmé un contrato ni vi una nómina, siendo menor. Después de que la antigua directora del CET nos enviara mensajes y llamadas no autorizadas tanto a mí como a mi madre —al margen de la comunicación con la Oficina de Escucha—, una representante de la institución me informó de que aquel asunto no les concernía. Me derivaron a la directora actual de la residencia, con quien hice una videollamada. Ella me aseguró que, aunque yo hubiera vivido en aquel alojamiento, jamás había trabajado en la residencia. Negó que hubiera relación laboral y desvinculaba al CET del Opus Dei. En su versión, lo único que yo había hecho, cuando picaba cebollas para la cena de los numerarios, cuando pasaba el aspirador por sus habitaciones y cuando ahuecaba los cojines del salón en silencio para que los chicos no me oyeran respirar, era colaborar en tareas del hogar como cualquier grupo de amigas que viven juntas y se reparten los quehaceres. La directora, por supuesto, había recibido asesoramiento legal y me reenvió varios correos de sus abogados.

En 2025, tuve la oportunidad de participar en *El Minuto Heroico*, una serie documental que describe las técnicas de abuso psicológico y económico institucionalizadas en la organización, apoyándose en

sus documentos internos, con entrevistas a expertos en grupos coercitivos y haciéndose eco de las investigaciones periodísticas que en los últimos años han sacado a la luz las prácticas abusivas de la organización. Además, junto a otras doce mujeres conté mi experiencia durante los diez años que estuve vinculada al grupo. Cuando se estrenó el documental, igual que mis compañeras, recibí cientos de mensajes de personas alrededor del mundo mostrando su apoyo y asegurando que habían vivido lo mismo. Los mensajes y las llamadas siguen llegando hoy, en un goteo incesante.

Además del apoyo de muchos exmiembros, algunos miembros actuales y simpatizantes del Opus Dei y de personas anónimas sin vínculo con el grupo, hubo otras reacciones. La Universidad de Navarra difundió un comunicado interno entre sus empleados. En él, señalan a una «antigua alumna» (espóiler: yo) que apunta a los vínculos entre la Universidad y la Obra. No me contradicen, no niegan mis acusaciones, solo me señalan.

Solicité de nuevo una investigación en 2025 a la misma Oficina de Escucha, que, después del lanzamiento del documental, llevó a cabo un ligero *rebranding* para denominarse «Oficina de Reparación», manteniendo, sin embargo, la misma dirección de email, aunque asegurando a la vez que trabajaba de manera independiente. No consiguieron explicarme en qué consistía esa independencia, ya que los datos compartidos con ellos iban directamente a la oficina del Opus Dei en Roma. El abogado Benigno Blanco, miembro reconocido de la organización, elaboró dos informes en los que afirmó actuar con imparcialidad, insistiendo en lo mismo: no hubo relación laboral con el CET porque no había contrato, y no había contrato porque yo era colaboradora o voluntaria. No trabajaba a cambio de un pago en especie, sino que el CET me permitía residir allí de manera gratuita mientras yo, movida por mi altruismo, pudiera ser que colaborara con algunas tareas domésticas. Mi relato, concluía el abogado, no era creíble y no había indicios para investigar si había más menores de edad trabajando en el Centro de Estudio y Trabajo. El abogado no consideró necesario reunirse conmigo ni hacerme preguntas, pero sí se reunió con la antigua directora del CET.

Alrededor de esa misma época, me despedí de aquel sacerdote que denomino irónicamente «exorcista» y que, desde la penumbra del confesionario, se negó a darme la absolución. Él nunca dejó la organización, pero se marchó de este mundo con su paraguas, como Mary Poppins, hacia las nubes, y deseé que pudiera descansar en paz. No olvidaré que este sacerdote fue el único miembro del Opus Dei que en mis diez años de pertenencia se atrevió a decirme que algo no iba bien y puso mi bienestar por encima de los intereses del grupo y de los suyos propios. Con el paso de los años, ambos logramos romper con las máscaras y los roles impuestos y desterramos el angustioso y protocolario «don» al que obliga la organización en la relación entre laicos y sacerdotes. Hablé con él de tú a tú, de igual a igual. Recuperamos nuestro cerebro y nuestro corazón. Pude despedirme con un abrazo.

Igual que Dorothy hizo con el espantapájaros, los exmiembros, los psicólogos, algunos familiares, parejas y amigos me han ayudado a ir descubriendo —capa tras capa— la verdadera cara del Mago de Oz que había dirigido mi vida desde la infancia. A ellos les doy las gracias. No estaría aquí si no fuera por tantas personas y conversaciones que me han acompañado. Soy consciente de que la historia podría haber tomado otro rumbo. Quizá hoy no estaría viva y, desde luego, no hubiera sido capaz de dejar la organización ni identificar la manipulación que perdura incluso tras la salida, a través de los mecanismos de comunicación de la Obra, sus abogados y la intervención de la institución en las familias y las relaciones personales.

El supuesto sabio de Oz no era más que otro farsante, un ilusionista tramposo que usaba el miedo, la sugestión y la buena imagen pública para convencer al mundo entero de que, en realidad, tenía un poder sobrenatural. El cerebro, la valentía y el amor siempre estuvieron ahí, dentro de nosotros. Bastaba con tomar las riendas y ser protagonistas de nuestra propia obra. Pero esto es lo que suelen decir los libros y las películas, ¿verdad? Vivir es otra cosa. Vivir es actuar.

[No se cierra el telón. La Obra sigue].

AGRADECIMIENTOS

Soy consciente de que publicar un libro sobre el Opus Dei después de haber pasado por esta experiencia no es algo que pueda hacer la mayoría. Muchos de los exmiembros se ven obligados al silencio por presiones familiares, laborales, o por miedos arraigados desde la infancia. Otros deciden guardar su historia para sí mismos, y algunos intentan publicar sus libros pero no encuentran editor. En mi caso, aunque soy consciente de los riesgos que conlleva la exposición pública y las limitaciones de una autobiografía, me considero una privilegiada por haber encontrado siempre un refugio en la escritura y haber podido poner palabras a lo sucedido. No exagero si digo que escribir me ha salvado la vida.

A esa gran suerte se suma la fortuna de que una editorial ha querido escuchar y publicar esta historia, dándome libertad en todo momento con una guía respetuosa y profesional. Por eso estaré siempre agradecida a Mónica Adán y a David Trías por su confianza y generosidad conmigo. Sin su compromiso no existiría este libro. Gracias a Natalia Junquera por pensar en mí antes de que esta historia fuera una posibilidad.

Nadie crea en soledad, y menos un libro que aspira a ser un fragmento de vida. Hay muchas personas a las que debo un agradecimiento de corazón y sin las que este libro no estaría aquí.

Gracias a mi familia, especialmente a mis padres, hermanas y hermanos. A lo largo de los años hemos podido ir rompiendo

silencios, construyendo vínculos más honestos y compartiendo impresiones. Lejos de dar una imagen familiar idílica y perfecta, espero haber sido capaz de dibujar un retrato con matices. En este libro solo se muestran unas pinceladas de una relación más amplia, profunda y compleja que, por supuesto, excede cualquier obra literaria y se resiste a los estereotipos y juicios ajenos.

Agradezco profundamente a todos mis tíos y primos que, por ambos lados de la familia, me han demostrado siempre su cariño, apoyo y respeto. Sería imposible nombrar a todos e incluirlos aquí, pero estáis presentes en mi vida, que es mucho más importante.

Gracias a mis amigas, a las que estuvieron antes, durante y después. Gracias por escucharme, perdonarme, acogerme y no dejarme caer. Habéis sido un ejemplo de cariño auténtico. Muchas no aparecéis en estas líneas o lo hacéis de manera sutil, pero sois la red que me sostiene.

Gracias a mis amigos hombres por romper todos los esquemas, por ser un ejemplo de cariño, cuidados y vulnerabilidad. Gracias infinitas a Edu por ayudarme en todo el proceso de escritura y por su inteligencia. Este libro es también fruto de nuestras conversaciones y espero que lo sientas un poco tuyo, porque lo es.

Gracias a mi psicóloga por ayudarme a recuperar mi voz y mi vida. Gracias por tu sentido del humor y tu compromiso. Gracias a todos los profesionales de la salud mental que tratan a personas vinculadas al Opus Dei, además de investigar y avanzar en los tratamientos para el abuso psicológico y el trauma religioso.

Agradezco especialmente a mis compañeros de AFISE y a todas las personas que confían en nosotros su labor desinteresada. Gracias a todas las asociaciones y voluntarios que dedican su tiempo a prevenir, alertar y denunciar prácticas abusivas mientras acompañan a cientos de personas que siguen sufriendo.

Gracias a Mònica Terribas por ser un referente, por su ética profesional y su compromiso periodístico. Gracias por su cariño y confianza y por darme la oportunidad de aprender cada día. Gracias a mis doce compañeras que se plantaron frente a la cámara y se expusieron con valentía. Vuestra fuerza me sigue impulsando y vuestras historias me acompañan. Gracias al fantástico equipo de

Mediapro y HBO que creyó en *El minuto heroico* e hizo posible lo que creíamos imposible.

Gracias a todos los periodistas con quienes he podido hablar en los últimos años y han investigado este tema de manera independiente, escuchando con respeto e informando con rigor sorteando las estrategias de propaganda y sutil manipulación.

Gracias a todos los exmiembros, miembros actuales del Opus Dei, miembros de la Iglesia, simpatizantes y afectados por el Opus Dei que denuncian los abusos desde hace años, que piden cambios, que ven sufrir a los que quieren y que han querido compartir sus experiencias conmigo. Sé que la confianza es frágil y reparar lo que otros han roto no es sencillo ni justo, pero hablar con cada uno de vosotros da sentido a lo vivido y me anima a seguir. Espero que este libro pueda aliviar en algo el sufrimiento, ofrecer acompañamiento o, al menos, un nuevo punto de vista.

Gracias de corazón al canal de Ágora Coloquios, que me brindó un espacio para poder conversar con cientos de personas alrededor del mundo, de diversas creencias y situaciones vitales. Gracias a la comunidad que nos escucha y que colabora con este canal de manera voluntaria.

Gracias a Agustina López de los Mozos por su implicación, valentía y fuerza incansable. Gracias a Maria Angustias Moreno, Ramón Rosal, Jacinto Choza, Antonio Moya, Flavia Dezzuto, Carmen Charo Pérez y a todas las personas que han dado su cara, su nombre y su voz, yendo siempre de frente, a pesar de que la institución haya tratado de amedrentarlos, minimizar su denuncia o ignorar su sufrimiento. Gracias a todos los que contribuyen a la web OpusLibros facilitando información a la sociedad.

Gracias en especial a las 43 denunciantes de Argentina, por no sucumbir al miedo ni a las presiones, y por promover con su denuncia una investigación urgente y necesaria. Sois un ejemplo de valentía y fortaleza.

Gracias, Bryan. La vida crea sus propios caminos y me siento afortunada por recorrerlos a tu lado, gracias por acompañarme. Te quiero.



Marina tiene un papel asignado desde la Eternidad: hacerse santa según las directrices del Opus Dei y entregarse totalmente a la institución. Sin embargo, no es fácil compatibilizar el celibato y las estrictas exigencias de su vocación divina con los problemas de una milenial: la crisis de la adolescencia, la precariedad laboral y una necesidad imperiosa de conseguir el corte de pelo exacto de Meg Ryan.

Nacida en una familia vinculada a la organización, la protagonista de *La Obra* descubre el mundo que la rodea desde una mirada inocente. Pero a medida que crece y se intensifican los choques entre el mundo exterior y sus creencias, su personalidad va disociándose entre su yo real y su yo Opus, obligándola a vivir entre dos mundos irreconciliables.

En este relato iniciático de no ficción narrativa, la autora retrata en primera persona cómo funciona el Opus Dei desde dentro mediante episodios cotidianos al tiempo que nos muestra con ironía la manipulación, el abuso psicológico y las consecuencias de su experiencia de veinticinco años inmersa en el ecosistema de este grupo ultracatólico.

Marina Pereda (1989, Miranda de Ebro, Burgos) es licenciada en Comunicación audiovisual por la Universidad de Navarra y máster en Estudios comparativos de literatura, arte y pensamiento por la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona. Ha desarrollado su carrera en comunicación y marketing sin dejar de lado la escritura. En 2018 obtuvo apoyo del programa CREA de la Fundación Caja de Burgos para la autoedición de su primer libro de fotografías y entrevistas *(Manos)*, y en 2022 participó en los laboratorios de guion para series de CIMA IMPULSA y la SGAE.

En 2021, Marina trasladó su experiencia en el Opus Dei a una obra teatral y, desde entonces, ha tratado de dar voz a cientos de personas con historias similares. En 2025 participó en el documental *El minuto heroico* que, por primera vez, muestra el funcionamiento interno de la institución en todo el mundo. Desde hace varios años es voluntaria en AFISE, una asociación de apoyo a afectados e información sobre sectas, y colabora activamente con psicólogos especializados en grupos coercitivos ayudando a familiares y exmiembros.



Primera edición: abril de 2026

© 2026, Marina Pereda
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.,
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Albert Pedrero

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-03-52646-4

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @aguilarlibros
Instagram: @aguilarlibros_
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

1. La Obra
2. Entre bambalinas
3. Acto I
    1. Zapatos relucientes
    2. El club
    3. There is no place like home
    4. Los otros padres
    5. El espantapájaros
4. Acto II
    1. Sangre de Cristo, embriágame
    2. Una señorita
    3. Colegio de monjas
    4. Dios me llama por mi nombre
    5. El último verano
5. Acto III
    1. We are not in Kansas anymore
    2. Estudio y Trabajo
    3. Mi papá lo arregla todo, todo y todo
    4. El colegio de chicas
    5. Mi obra
6. Acto IV
    1. Economía
    2. Los chicos están bien
    3. Perfect day
    4. La cuestión es pasar el rato
7. Acto V
    1. Verdes praderas
    2. El Exorcista
    3. Que viva Santa Marina, ¡que viva!
    4. La Obra
    5. La ex
    6. Contarlo bien
    7. Peroratio

8. Agradecimientos
9. Sobre este libro
10. Sobre Marina Pereda
11. Créditos